

# CORAZÓN DE ESCAMAS

RAFAEL CLAVIJO



LOS LATIDOS DE UNA BESTIA



ABRIL ENTERTAINMENT

# **CORAZÓN DE ESCAMAS:**

**LOS LATIDOS DE UNA BESTIA**

Rafael Clavijo

**ABRIL**  
ENTERTAINMENT

Copyright © Rafael Clavijo, 2017

Copyright © Abril Entertainment, 2017

Portada: Copyright © Tomás Prieto, 2017

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

ABRIL ENTERTAINMENT, S.L.

administracion@abrilentertainment.com

[www.abrilentertainment.com](http://www.abrilentertainment.com)

## **SOBRE EL AUTOR:**

**Rafael Clavijo** es un escritor y periodista español, nacido en Santa Cruz de Tenerife en 1993, graduado en Periodismo y Comunicación Audiovisual por la Universidad Europea de Madrid. También ha estudiado en Estados Unidos, en la Santa Fe University of Art and Design, donde cursó estudios de Interpretación y de Cine.

Ha publicado numerosas críticas de cine en diferentes medios de comunicación y actualmente escribe en el diario digital *AtlánticoHoy*, en la columna *Toma 23*, donde habla sobre películas y series de televisión ([www.atlanticohoy.com](http://www.atlanticohoy.com)).

Sus grandes pasiones son la escritura, el cine y el deporte. Está cursando estudios de Actuación ante la Cámara en Madrid.

Instagram de **Rafael Clavijo**: @rafaelclavijootazo

[www.instagram.com/rafaelclavijootazo/?hl=es](https://www.instagram.com/rafaelclavijootazo/?hl=es)



**Enlace al tráiler de CORAZÓN DE ESCAMAS**

**y entrevistas al autor en radio y televisión:**

[abrilentertainment.com/promociones](http://abrilentertainment.com/promociones)

# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN: "La Bestia"

1. Nacido para ganar
2. Su mayor error
3. Una vida sin branquias
4. El plan perfecto
5. Pinchazos en el corazón
6. Un pez malo
7. La Tierra Prometida
8. "La gente normal no va regalando su dinero por ahí"
9. Lo que se merece el mundo
10. Un baño de agua fría
11. Cuatro pasos de gigante
12. Nadar como el primer día
13. Disfrutar del dolor
14. La decisión de Jennifer y la confesión de Alonzo
15. Una nube de medusas
16. El sueño que se repite

## NOTA DEL AUTOR

## AGRADECIMIENTOS

## COMENTARIOS

Para mi familia, por ser los creadores de todo aquello en lo que tengo fe. Gracias por enseñarme a soñar, pero, sobre todo, gracias por enseñarme a luchar por mis sueños.

Para mis amigos, que son los hermanos que he elegido. Ellos saben quiénes son.

Para todas las personas que luchan por un sueño y para los que quieren enmendar sus errores. Que sepan que nunca es tarde.

“En lo profundo del invierno, finalmente aprendí  
que dentro de mí existe un verano invencible”.

ALBERT CAMUS

# INTRODUCCIÓN: "La Bestia"

Bestias, monstruos, alimañas... A lo largo de los tiempos, han recibido muchos nombres. Pero los monstruos no solo se esconden en lugares malditos o lúgubres. No solo caminan en los cementerios a media noche, esperando a alguna persona despistada para lanzarse a su cuello y morderle. Viven entre nosotros. Algunos son esperpentos despreciables, no solo por su aspecto sino por su crueldad; otros tienen sentimientos y se miran al espejo avergonzados, deseando poder cambiar quiénes son o lo que han hecho; pero todos, absolutamente todos, tienen un pasado.

Allí estaba nuestro monstruo, nadando perdido y desconcertado en el océano. Estaba arrepentido de todo lo que había hecho. Su castigo solamente acababa de comenzar e iba a ser muy largo.

El eco de su arrepentimiento provocaba el oleaje y arrastraba con él un murmullo aterrador que hubiera puesto la piel de gallina al pirata más despiadado:

**LA BESTIA:** Soy una leyenda, un susurro entre marineros. Soy un secreto escondido en lo más profundo del corazón. Desde que el mar es mar, yo siempre he estado ahí, vigilante. Muchos han jurado haberme visto desde hace siglos. Miles han intentado cazarme. Otros se han vuelto locos al verme. El mar ha sido y será siempre mi hogar.

Su forma humana con escamas brillantes repartidas por el cuerpo había protagonizado las principales pesadillas de los marineros a lo largo de milenios. Pero esta historia no habla de una bestia, sino de la penitencia de una bestia, y para entenderla es necesario entender a Carlos, que también se encontraba en el fondo del mar, en algún punto del océano Atlántico, agotado y perdido:

• • • •

“Cuando gritas debajo del agua, nadie puede oírte. A veces, cuando gritas fuera del agua, tampoco pueden”, volvió a pensar por enésima vez. Sencillamente, no podía evitarlo. Ese era el principal pensamiento que perseguía a Carlos desde hacía ya mucho tiempo.

Carlos era un joven nadador de veintiún años, nacido en España, pero criado en Estados Unidos durante la mayor parte de su vida. Era moreno y con una forma de ser que generaba simpatía en la gente. Era la clase de persona en la que cualquiera confiaría, por su transparencia y por su carácter. Llevaba un bañador azul apretado. Su cuerpo reflejaba las horas de entrenamiento por las que tiene que pasar un nadador profesional. Estaba totalmente depilado para evitar la fricción con el agua.

Llevaba cargando a sus espaldas con este tormentoso pensamiento desde los catorce años de edad, cuando era, según algunos, el sucesor de Michael Phelps o, mejor dicho, la sombra de un nadador que nunca llegaría a ser. Vivir a la sombra de las expectativas de los demás, incluso de las suyas propias, lo había conducido al abismo, a un límite desmesurado al que nunca había pensado llegar. Pero, a pesar de todo, llegó a ese límite y lo sobrepasó.

Cuando una persona piensa repetidamente “no puedo, no puedo, no puedo”, a veces la vida conduce a esa persona a descubrir que sí puede. Así fue como Carlos vivió la experiencia más drástica de su vida y, paradójicamente, empezó a vivir por primera vez.

Ahí estaba una vez más, en el agua, el lugar donde había crecido. Para ser exactos, se encontraba en su última travesía en las aguas del Atlántico, en las islas Canarias, de donde procedía parte de su sangre y toda su infancia, pensando nuevamente “no puedo, no puedo, no puedo”.

Poco a poco, se dejó hundir en el agua para que nadie lo escuchara gritar. Las burbujas salían a una velocidad desproporcionada de su boca y su rostro agotado estaba rodeado del color del océano más precioso del mundo. Por supuesto, él no era capaz de apreciar la belleza de lo que le rodeaba, porque ya estaba acostumbrado a vivir en ese hábitat.

Se sintió agobiado por las gafas de natación y los dos gorros de silicona que llevaba puestos, así que se los quitó. Prácticamente, se los arrancó de la cabeza. Cerró fuertemente los ojos bajo el agua, como si deseara desaparecer.

Ya eran pocas las burbujas que salían de su nariz y su boca, pues había ahogado casi toda la desesperación interna que lo atormentaba, pero era consciente de que ese no iba a ser su último grito en el fondo del mar.

El sonido del canto de una manada de delfines hizo que abriera los ojos inmediatamente. Giró la cabeza para verlos. Lo empezaron a rodear muy despacio. Uno de ellos se le acercó, lo miró a los ojos y le dijo con una voz familiar: “Sí puedes”. Carlos lo acarició suavemente y el animal se dejó querer, pero solo durante unos segundos. Luego desapareció junto a su manada en las profundidades del océano.

Los pulmones del nadador no pedían oxígeno, sino agua, mucha agua; probablemente, para poder ahogarse y así escabullirse de lo que le quedaba por delante. Parecía que seguía siendo aquel niño de diecisiete años que empezó a ver cómo el castillo de sus sueños se derrumbaba hasta quedar hecho polvo en el suelo y aplastado por sus rivales y sus expectativas. De hecho, en gran medida, seguía siendo ese niño, solo que ahora sentía la obligación de hacerle frente por primera vez a su mayor miedo: mirarse en el espejo y enfrentar en un duelo a muerte al niño y al hombre con escamas en el corazón.

Pero todo empezó mucho antes. Para comprender a Carlos y a “La Bestia” hay que viajar a las entrañas del mayor error del pasado de Carlos, cuando todavía seguía engañándose a sí mismo al pensar que podía conseguir ser el nadador que todos creyeron que llegaría a ser, pero que nunca fue.

# 1. Nacido para ganar

Carlos estaba sentado en el sofá de su casa. Era un pequeño apartamento situado en el centro de Miami. No era demasiado lujoso, pero tenía suficiente espacio como para que una persona pudiera vivir allí sin llegar a agobiarse.

Era por la mañana, muy temprano. Demasiado temprano, concretamente las seis y diez. La luz del amanecer ya comenzaba a entrar por la ventana a través de las cortinas. No obstante, él ya estaba habituado a empezar el día tan pronto. De hecho, no recordaba cuándo fue la última vez que pudo dormir hasta la una de la tarde sin que sonara el desagradable sonido del despertador o, en su ausencia, el desagradable grito de su padre.

A su lado, en el sofá, se encontraba un hombre de unos cuarenta años con un bigote prominente, de gesto seco e impasible. Era un inspector de la Agencia Mundial Antidopaje. El señor con bigote rodeó el brazo derecho de Carlos con una goma verde que, por medio de la presión, sacó a relucir las venas de su antebrazo. Sin embargo, a pesar de la relevancia de lo que estaba ocurriendo en esa habitación en aquel momento, la expresión del joven era muy similar a la del inspector: fría como el hielo. Tenía la mirada perdida y estaba muy metido en sus pensamientos.

—Abra y cierre la mano —dijo el responsable de la agencia contra el dopaje, de una forma casi tan inexpresiva como su rostro.

Carlos hizo lo que le mandó el agente. Abrió y cerró la mano para facilitar la circulación de la sangre que se acumulaba en las enormes venas de su antebrazo. Su mano se abría y se cerraba, pero su mirada no cambiaba, pues seguía perdida en el pasado; para ser exactos, en el momento en el que su vida cambió para siempre.

Al lado de ambos, cerca del sofá, estaba Antonio, el padre y entrenador de Carlos. Era un hombre moreno, como su hijo, pero con una expresión de severidad absoluta. Tenía cincuenta años y observaba la escena muy serio. Dejaba entrever un poco de preocupación ante la inspección a la que se estaba sometiendo a su hijo.

El inspector finalmente clavó la aguja de la jeringuilla en la vena que más sobresalía del brazo del nadador. Ese pinchazo catapultó a Carlos a aquel terrible momento:

• • • •

Carlos nadaba a mariposa con fuerza y agresividad dentro del agua de la piscina. Avanzaba por su calle con un bañador negro ajustado, que le llegaba por las rodillas. Acabó uno de los largos, realizó el viraje sobre el muro de la piscina con destreza y se deslizó con el movimiento ondulante de un delfín para seguir avanzando debajo del agua. Volvió a salir a la superficie y siguió luchando por el primer puesto. Sus contrincantes no se lo estaban poniendo fácil.

El rugido del agua se entremezclaba con su respiración, que, junto con las burbujas que se formaban a su paso, generaban un sonido fuerte y agresivo, al tiempo que describían a la perfección la sensación interna que experimentaba en ese momento.

• • • •

Carlos pestañeó y su mente volvió al momento exacto que le tocaba vivir. Tomó conciencia de que volvía a estar en su piso, junto a un inspector antidopaje y bajo la intensa mirada de su padre, que examinaba cada uno de los movimientos de su hijo.

El agente sacó la aguja del cuerpo del deportista cuando terminó de extraer la muestra de sangre, que guardó con cuidado en su mochila, donde también introdujo un bote que contenía una muestra de orina del nadador.

La expresión de Antonio no cambiaba. Seguía profundamente serio. A pesar de sus increíbles esfuerzos por ocultar sus emociones, era mucho más transparente de lo que le hubiera gustado reconocer. Por eso, su preocupación no pasó desapercibida.

Carlos se dirigió a la cocina. Abrió uno de los cajones y sacó un vaso, que llenó con una jarra de agua. Luego se sentó en la mesa. Su impulso más instintivo le decía que huyera desesperadamente, pero no del inspector, ni siquiera de su padre, sino de todo en general, del mundo, de su vida y de la jaula en la que estaba atrapado.

Pero, evidentemente, no iba a huir. Hubiera sido estúpido. Así que se tuvo que conformar con el tormento continuo que suponían esos pensamientos recurrentes que lo acosaban sin descanso una y otra vez. Habría dado lo que fuera por borrar cualquiera de esos recuerdos:

• • • •

Carlos subió al puesto más alto del podio. Había ganado. Los aplausos y los gritos del público eran como fuertes martillazos en sus oídos. Recogió la medalla de oro que le entregó el organizador del torneo. Al lado suyo estaban sus dos rivales, un mexicano llamado Andrés Montero y el americano Matt Gordon, que miraban al campeón de formas muy diferentes. El mexicano miraba con desconsuelo la medalla dorada y el americano lo miraba con recelo e, incluso, con rabia.

Miles de espectadores clavaron sus ojos en Carlos, que quería salir corriendo a algún lugar alejado del ruido de los aplausos. Recordó aquellas ocasiones en las que todavía era pequeño y le decía a su padre que no le apetecía entrenar, y este le daba una nalgada y lo lanzaba al agua fría de la piscina. Esa era su mayor fantasía: correr hasta el muelle, zambullirse en el mar y nadar. Nadar, nadar y luego nadar, hasta conseguir estar tan lejos que ni siquiera el dolor pudiera encontrarlo. Ese era su mundo ideal, pero no vivía en ese mundo. Nadie vivía en ese mundo.

A pesar de que todos lo observaban con admiración por haber ganado una medalla de oro, no estaba contento, sino todo lo contrario. Se sentía desconcertado, permanecía serio y le agobiaba profundamente pensar en el futuro. Conseguir esa medalla no había sido gratis, pues había pagado un precio muy alto para conseguirla.

• • • •

Antonio acompañó al inspector de la Agencia Mundial Antidopaje a la puerta del piso de Carlos, mientras este seguía en la cocina bebiendo su quinto vaso de agua.

—En cuanto tengamos los resultados, se lo haremos saber —dijo el agente, de la forma más neutra que cualquier persona pudiera llegar a entonar.

—Muchas gracias —respondió Antonio hablando en inglés, con un ligero acento latino. Su respuesta fue amable, aunque con tono de resignación.

Le abrió la puerta para que el otro pudiera salir, y cuando este se fue, Antonio la volvió a cerrar lentamente, con mucho cuidado, como si intentara que un castillo de naipes no se derrumbara, casi tratando de evitar lo inevitable.

Se dio la vuelta y miró a su hijo, que se encontraba de espaldas a él, todavía con la mirada perdida en dirección hacia la ventana de la cocina. Se terminó de beber su séptimo vaso de agua. Antonio se acercó a él y le dijo:

—Prepárate, ya deberías estar entrenando.

—Ya voy —respondió sin ganas—. ¿No te parece raro que insistan tanto con los controles? Ya es el segundo que me hacen en esta semana.

Antonio miró a su pupilo durante unos segundos, pensativo, mientras este esperaba su respuesta sin atreverse a darse la vuelta.

—¿Tienes algo que contarme? —preguntó Antonio con un poco de miedo en su voz, esperando no oír algo que le partiera el corazón.

Carlos se dio la vuelta, alarmado, y miró a su padre a los ojos.

—No, no tengo nada que contar —respondió con seguridad, manteniendo en todo momento el contacto visual.

—Está bien —dijo su padre quitándole la mirada y dirigiéndose a la salida—. En una hora te veo en la piscina. Si te retrasas como ayer, lo tendrás que compensar con una hora más en el agua.

Su hijo lo miró, mientras su padre cerraba la puerta. Su gesto era de cansancio, un eterno agotamiento que parecía no tener fin. Cerró los ojos y volvió a oír en su mente el discurso más emotivo que jamás le había dado su padre.

• • • •

Meses atrás, en el pabellón olímpico del Campeonato Mundial de Natación celebrado en Roma, la relación de padre e hijo era muy diferente. Todo daba la impresión de ir cada vez a mejor.

Carlos se encontraba en el vestuario de la piscina, preparándose para la competición. Estaba rodeado de rivales, de oponentes que hubieran hecho cualquier cosa por arrebatarse sus sueños. Y no se iba a engañar, ya que él también estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para dejar claro a todo el mundo que Roma era su territorio.

Antonio estaba a su lado en el vestuario. Permanecía de pie, mientras Carlos lo escuchaba atentamente, sentado en uno de los bancos y sin levantar mucho la vista hacia su padre. Quería evitar que este reconociera en su mirada el terror que sentía y que se le estaba yendo de las manos. Los dos vestían el mismo chándal blanco y azul, que llevaba una frase inscrita en la parte trasera de la chaqueta: “Nacido para ganar”.

Aunque Antonio percibió perfectamente el pánico en la actitud de su hijo, le hablaba con mucho ímpetu, porque sabía lo importante que era ese día para los dos.

—Sé que últimamente lo hemos pasado mal. Tanto tú como yo —dijo su padre con tanto sentimiento y fuerza que a Carlos le dio un vuelco el corazón—. Pero esta es nuestra oportunidad de recuperarnos. Hoy les vamos a demostrar a todos que se equivocan, que sí vamos a conseguir ser los campeones que un día dijeron que seríamos. —El nadador español intentó mirar a su padre, pero volvió a bajar la cabeza, simulando que estaba tratando de concentrarse sin perder de vista el suelo—. Nada fuerte, Carlos. Nada con rabia. Te quiero ver agresivo. Hoy todo cambia para nosotros. ¡Fuerte! Ellos se cansan rápido. Van a salir del agua lo antes que puedan, pero tú no. Si ellos salen a los cinco metros después del viraje, tú sales a los diez metros. La única forma de ganar es llevando tu cuerpo y tu corazón al límite. ¡Hoy es el día! Has nacido para ganar...

Antonio le dio una palmada en la espalda. Carlos asintió tímidamente ante el sermón de su progenitor. El terror se adueñó de todo su cuerpo. Ya no tenía el control. Ya no pilotaba la nave. El barco viajaba a la deriva.

Percibió que alguien lo miraba, hacia su izquierda. Giró la cabeza y no pudo

evitar encontrarse con la mirada de su enemigo: el nadador americano Matt Gordon, su gran rival desde la infancia. Era un chico de veintidós años, rubio, más alto y delgado que Carlos y con un cuerpo diseñado al milímetro para nadar. De hecho, el cuerpo de Carlos se parecía más al de un nadador de larga distancia, capaz de nadar hasta cincuenta kilómetros en mar abierto, en lugar de competir en los cien metros mariposa. Cuanto más larga fuera la envergadura de un nadador, más posibilidades tenía de superar a sus rivales, y ese no era su caso.

Matt sabía que, a pesar de su superioridad física, el español había ganado los campeonatos de los últimos dos meses y eso enfurecía al “niño rubio malcriado”, tal y como lo llamaba Antonio. Carlos le devolvió una mirada no exenta de rabia y ambos mantuvieron este duelo cruzado hasta que un hombre regordete entró en el vestuario.

—Los nadadores, a la zona de competición, por favor —dijo el responsable de que todos los deportistas se dirigieran a las escaleras, las cuales conducían al campo de batalla, a la arena de los gladiadores.

Es posible que para un nadador normal fuese solamente una piscina con agua, y no hubiera sido descabellado que pensaran que únicamente había que nadar lo mejor y lo más rápido que pudieran; pero ese no era el caso de Carlos ni de Matt. Para ellos, los demás nadadores no existían. Era un duelo a muerte, en la arena, blandiendo espadas ensangrentadas. El que antes muriera, perdía. Así lo entendían ellos. Tenían un instinto asesino con el que pocos deportistas nacían y es algo que no se puede enseñar; sencillamente, o tienes esa cualidad competitiva o no la tienes.

Los nadadores se dirigieron poco a poco al escenario principal de aquel gran pabellón, a través de un túnel oscuro, desde el que ya se podía oír el estruendoso sonido de los aplausos del público.

Una vez fuera del túnel, la expresión de Carlos ya no era de pánico, sino de determinación. Su duelo de miradas con Matt le había hecho recordar por qué estaba allí: quería ganar.

Todos los nadadores vestían un chándal, cada uno de una marca o patrocinador diferente. La gente aplaudía a rabiar, mientras los competidores se acomodaban y se preparaban en los bancos situados justo detrás de los trampolines de salida.

Había muchas pancartas. Algunas ponían “ÁNIMO, CARLOS” y otras rezaban “MATT, ERES MI ÍDOLO”. Las bocinas sonaban entre los espectadores, pero, sobre todo, se percibía que había mucho entusiasmo y afición. Nombres

como el de Michael Phelps habían convertido la natación en un deporte más mediático. Matt Gordon y Carlos González aspiraban a ser los siguientes grandes nombres de la natación a nivel internacional.

Los golpes en las vallas del recinto, efectuados por parte de algunos aficionados, fueron seguidos de la voz más reconocible del mundo del deporte: Oliver Smith, un auténtico showman, que no se contentaba solo con retransmitir las competiciones del deporte acuático por excelencia, sino que también era un experto comentarista en golf y, aunque resultara sorprendente, era el narrador de los principales encuentros de lucha libre en Estados Unidos. Su nombre había aportado muchos beneficios a la natación, que hasta ese momento se había considerado un deporte minoritario, incapaz de arrastrar a las masas como lo hacían el rugby, el fútbol o el tenis. Así que, sin más dilación, la grave y profunda voz de Oliver Smith resonó en todo el pabellón y en las radios y televisiones de quienes seguían el Campeonato del Mundo de Natación de Roma.

—Parece que el público tiene tantas ganas como yo de que esto empiece ya — dijo Oliver, sintiendo el poder que le proporcionaba el micrófono, mientras se ajustaba la corbata de su delicado y carísimo traje—. Ahí vemos a Matt Gordon, el gran favorito. Todo el mundo pensaba que Carlos González, el nadador americano de origen español, iba a ser el siguiente gran campeón de este deporte, pero parece que no ha sido así. Ha pasado una mala racha en los últimos años y las lesiones no lo han tratado demasiado bien. En cambio, es Gordon el que le ha robado el privilegio de ser el favorito. Incluso podríamos decir que González siempre mantuvo a Matt en un segundo plano en el pasado, cuando competían en categorías inferiores. Ahora, las cosas han cambiado claramente, pero Matt Gordon no debe confiarse, porque Carlos ha sido capaz de ganar varias competiciones en los últimos meses y también se ha proclamado campeón en Montreal.

Carlos, situado al lado de su trampolín de salida, se quitó la chaqueta del chándal y empezó a mover los brazos con nervio, en círculos y en diferentes direcciones, para prepararse para la batalla. Se colocó primero un gorro de color negro, luego sus gafas de natación blancas y, encima de estas, otro gorro, pero este de color blanco. Se golpeó el pecho con fuerza, para activar todos sus sentidos, y se acercó lentamente al trampolín.

A pesar de tener un cuerpo de deportista, al lado de los otros nadadores Carlos resultaba más bajito y enclenque. A lo largo de los últimos años de su carrera deportiva, las dudas no habían parado de repetirle la misma idea:

“Nunca vas a llegar a ser un campeón”. Pero esta vez era diferente. Era su día, su oportunidad para volver a tocar con sus propias manos la añorada gloria.

Todos los competidores apoyaron sus manos en el borde del trampolín, cerca de sus pies, y cuando sonó la señal de salida se impulsaron con todo su cuerpo para efectuar el salto. Esos escasos segundos que tardaba un nadador en entrar en contacto con el agua se hicieron eternos para Carlos. Los vivió prácticamente a cámara lenta.

Finalmente, entró en la piscina y las burbujas y el sonido atronador del agua lo empezaron a invadir, hasta que todo desapareció y una imagen aterradora acaparó su subconsciente: la imagen de un monstruo, un híbrido entre pez y hombre, sin pelo, con branquias a ambos lados de su cuello y con escamas azules repartidas por un cuerpo gris pálido. Fue entonces cuando sonó el despertador.

Carlos se despertó de un sobresalto. Estaba sudando. Todo había sido un mal sueño. No era la primera vez que volvía a revivir en sus pesadillas la final de Roma, que había ganado el mes anterior. Tampoco era la primera ocasión en la que veía ese rostro aterrador en sus sueños más profundos.

Miró el despertador y eran las cinco de la mañana. De vuelta a la rutina: desayuno, sesión de estiramientos, una hora corriendo, cuatro horas en la piscina, ducha, almuerzo, una hora de descanso, sesión de estiramientos, una hora en el gimnasio, dos horas en la piscina, ducha, volver a casa, cenar, quedarse dormido viendo la tele, tener otra pesadilla (pues eran pocas las veces que tenía el bonito sueño de estar nadando entre delfines), despertarse sudando de un sobresalto y volver a empezar. Y así una y otra vez, persiguiendo una perfección que no existía o, mejor dicho, persiguiendo una obsesión que solo existía en la mente de su padre, el artífice del único mundo que Carlos conocía.

Le dolían ambos lados del cuello, no sabía por qué. Se levantó de la cama rápidamente, intentando apartar de su mente el rostro del hombre-pez, y se dirigió al baño. Cuando se miró en el espejo buscando qué era aquello que le dolía tanto, vio que, tanto a la izquierda como a la derecha del cuello, había unos leves arañazos rojos que le irritaban la piel y estos seguían la forma de unas branquias de pez, las mismas que vio en su pesadilla.

Miró estas marcas de su piel con gran curiosidad. Era la primera vez que algo así le pasaba. “¿Es posible que me lo haya hecho durmiendo?”, pensó. “No, es imposible que me haya hecho seis arañazos perfectos, tres a cada lado, sin darme cuenta”, y tenía razón. Aquello no era una casualidad, pero no se

atrevió a pensar en el significado de lo que estaba viendo.

Se puso agua sobre las marcas para intentar aliviar el escozor, pero no sirvió de mucho, y ya llegaba tarde para empezar su rutina. Antes de salir del baño, se volvió a observar en el espejo y miró a los ojos de su propio reflejo. Este le devolvió la mirada y mantuvieron durante unos segundos una batalla intensa, como el duelo de miradas que tuvo con Matt. Carlos fue el primero en apartar la mirada a su otro yo, casi con vergüenza. Por algún motivo, no podía mirarse a sí mismo a los ojos.

Empezó a correr por el barrio en el que vivía, en Little Havana, en el centro de Miami, un lugar habitado fundamentalmente por cubanos que emigraron a Estados Unidos después de la revolución de Castro. Esto significaba que había mucha comida cubana en aquel sitio y gente hablando español por todas partes.

Carlos no soportaba oír a la gente hablando español y, todavía menos, practicarlo. Y no porque fuera racista, pues él mismo era español. Nació y vivió los años más importantes de su infancia en Tenerife, una de las siete islas Canarias (España), y precisamente por eso, por el hecho de que su infancia le fue arrancada de entre sus manos para mudarse a los Estados Unidos y convertirse en un campeón de natación, odiaba el español. Le dolía recordar los recuerdos más felices de su vida, que tuvieron lugar en aquel archipiélago. Hacía años que no practicaba el idioma en el que dijo sus primeras palabras.

Siguió corriendo por la calle. Normalmente empezaba trotando a un ritmo más ligero, para ir calentando, pero ese día no quiso ir de menos a más. Necesitaba ahuyentar de su mente el rostro del monstruo que había visto en sus sueños y creyó que la mejor forma de conseguirlo era descargando adrenalina.

Aumentó todavía más el ritmo hasta encontrarse con el repartidor, que lo saludó efusivamente:

—Eres un ejemplo. Sigue así —le dijo el repartidor abriendo la puerta de su furgoneta.

—Muchas gracias —dijo Carlos en un tono menos efusivo que el del repartidor, de cuyo nombre no se acordaba, y eso que lo había saludado en infinitas ocasiones—. ¿Qué tal la familia?

Carlos hablaba un inglés americano perfecto, sin acento latino, a pesar de que su padre era español y a pesar de haberse criado en España.

—Todos muy bien, aunque mi mujer está acatarrada —contestó el repartidor “sin nombre”, cargando una caja y poniéndola encima de otro grupo de cajas.

—¡Dile que se mejore!

—¡Gracias! Se lo diré —repuso mientras seguía cargando paquetes.

Siguió corriendo y, mientras pasaba al lado de la gente, todo el mundo se quedaba mirando. Era como ser una estrella de rock o, por lo menos, él se sentía así.

El basurero, cuyo nombre tampoco sabía, se dirigió a él.

—¡Felicidades! —gritó con una amplia sonrisa.

Segunda persona del día a la que llevaba saludando durante años y cuyo nombre tampoco recordaba. Pero Carlos sacó sus mejores dotes de actor y le devolvió la sonrisa como si fuera su amigo de toda la vida.

Siguió con la rutina. Una hora corriendo, realizando cambios de ritmo. Cada cinco minutos aumentaba la velocidad y los siguientes cinco minutos de la carrera se los tomaba con más calma, y así sucesivamente. Siempre se preguntó para qué le iba a servir correr tanto si lo que él tenía que hacer era nadar, pero cuando le planteaba esa duda a su padre, este respondía con su famoso “tú hazlo y punto”. Así que desde una temprana edad, Carlos aprendió a cumplir con sus obligaciones sin hacer demasiadas preguntas al respecto.

En la misma acera por donde corría, a las ocho y media de la mañana (ya iba una hora retrasado en su rutina), un grupo de chicas hacía novillos mientras fumaban un cigarro que se iban pasando entre ellas. El deportista pasó corriendo al lado del grupo y, mientras una de las jóvenes hablaba de que no quería ir a clase porque ya era casi seguro que iba a suspender, su amiga se quedó mirando a Carlos como si hubiera visto un fantasma.

—¡Ese es Carlos! —dijo la adolescente.

Este pasó de largo y otra de las chicas (la que seguramente iba a suspender) le gritó con todas sus ganas:

—¡Carlos, te queremos!

—¡Yo también os quiero, chicas! —dijo dándose la vuelta y sonriendo, mientras corría varios metros de espaldas mirando hacia ellas.

Volvió a retomar su rumbo con una sonrisa, que era más bien una sonrisa interna, casi imperceptible a la vista, pero radiante al mismo tiempo. Después de todo, tenía lo que quería. ¿Por qué se sentía mal? ¿Había algún motivo para no celebrar el éxito? No, no lo había. Así que sacó pecho y esprintó hasta llegar a un local llamado “CARNE Y PESCADO”, donde vendían carne y pescado y donde él compraba carne y pescado.

La primera vez que Carlos vio esta tienda, pensó: “No se curraron demasiado el nombre”, pero cuando probó esa carne y ese pescado, todo cobró sentido.

La mejor carne que había probado y el mejor pescado que había saboreado. Por eso, mientras corría, terminó llegando a la conclusión de que las cosas son lo que son, y tal y como son, y si una tienda vende buena carne y buen pescado, ¿por qué diablos iba a llamarse “El local de Paco”?

Este pensamiento absurdo se apoderó de su cerebro antes de entrar a la tienda y llegó a otra magnífica conclusión: “Si soy un campeón, ¿por qué me voy a sentir mal por ser un campeón? Es lo que soy”.

Así que allí estaba él, un campeón que sabía que era un campeón y que estaba orgulloso de serlo, yendo a comprar carne y pescado a un local que se llamaba “CARNE Y PESCADO”.

Entró en el establecimiento con más seguridad de lo que era habitual en él y allí estaba el dependiente de la tienda, Félix, un joven americano de padres cubanos, que era el fan número uno de Carlos, pues lo idolatraba como si fuera un dios de porcelana.

—Hola, Félix. Lo de siempre, por favor.

Cuando el encargado vio a su ídolo, esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Carlos! —dijo con gran sorpresa y pasándose la mano por el pelo con nerviosismo—. Ya me preguntaba cuándo iba a verte otra vez por aquí. Como estás tan ocupado ganando medallas...

Félix empezó a reírse. A Carlos no le quedó otra alternativa y tuvo que soltar una risita forzada para no dejar en evidencia al vendedor, que lo idealizaba de aquella forma tan incómoda.

—Bueno, la verdad es que sí he estado un poco ocupado últimamente —contestó el español, sacando una vez más sus dotes interpretativas y quitándole importancia al asunto.

—Asombroso, realmente asombroso —repetía el otro con los ojos muy abiertos.

—Gracias, Félix.

Una señora mayor, de unos ochenta años, y su hija también miraban al popular nadador con curiosidad y expectación, como si estuviera a punto de hacer un truco de magia.

Durante unos segundos de silencio incómodo, el vendedor se quedó contemplando al nadador con absoluta admiración. Carlos seguía esperando por su pedido, así que interrumpió el dulce momento de idilio que estaba viviendo el dueño de “CARNE Y PESCADO”.

—Mmmm... ¿La carne y el pescado? —preguntó con reparo.

Félix aterrizó de inmediato, un tanto aturdido, como quien vuelve de Marte en

cuestión de media hora.

—¿Qué? ¡Ah, sí! Perdóname. El pedido...

El encargado fue a buscar inmediatamente la famosa carne y el famoso pescado. La señora se acercó a Carlos, apoyándose en su bastón y en el brazo de su hija, que debía tener alrededor de cincuenta años. La hija fue la primera en hablar:

—Perdón —dijo llamando su atención—. Mi madre es una gran admiradora tuya. Le gustaría sacarse una foto contigo, si es posible. Estamos muy orgullosas de ti.

—Muchas gracias, por supuesto que podemos sacarnos una foto —respondió Carlos con amabilidad—. ¿Cómo se llama usted? —le preguntó a la anciana.

—Catherine —respondió ella.

—Es un placer, Catherine.

—El placer es mío —dijo como si volviera a tener quince años—. Usted es la viva imagen de la excelencia. Cada vez que uno de mis hijos, todos ya mayores, me dice que tiene un problema, yo les digo: “¿Qué haría Carlos? ¿Qué haría un campeón?”. Lo que está claro es que usted ha nacido para ser un ganador.

Carlos no pareció complacido al oír el que era, posiblemente, el mayor halago que le habían hecho en mucho tiempo. Todo lo contrario, pareció entristecerle de repente, pero intentó ocultarlo.

—¿Entonces se saca una foto conmigo? —dijo cambiando de tema rápidamente.

—No, hijo, usted conmigo —dijo Catherine riéndose.

Félix llegó de pronto con el pedido de su ídolo. Vio lo que estaba pasando con desconsuelo y dejó el pedido en el mostrador.

—¿Yo también puedo? —preguntó el dependiente.

—Félix, únete, hijo. Ven aquí —le dijo Catherine con cariño.

A Carlos no le quedó otra elección que dejar que el vendedor se uniera a la instantánea.

—Claro, Félix —añadió para no quedar mal.

Félix y Catherine, con Carlos en medio, posaron para la foto que sacó la hija de la octogenaria. El flash de la cámara dejó como resultado una foto con dos personas que sonreían de forma radiante. La tercera de ellas no sonreía tanto.

## 2. Su mayor error

El agua tranquila de la piscina del club de natación, del que Antonio era dueño, contrastaba con la tormenta y el oleaje que inundaban la mente de Carlos aquellos días.

Saltó de cabeza al agua, dejando a su paso una estela de pequeñas y grandes burbujas, que lo siguieron como si fueran polvo de hadas. Sus movimientos bajo el agua eran ondulantes y la fuerza de todo su cuerpo resultaba incluso sutil. La cosa cambiaba cuando emergía del agua para iniciar la secuencia de brazadas, tanto si nadaba a crol como a mariposa, a braza o a espalda, ya que era en ese instante cuando la brutalidad de su cuerpo comenzaba un baile apasionado con la piscina.

Había pasado esas últimas semanas experimentando muchos altibajos emocionales, como si hubiera estado en una montaña rusa permanente. Unos días tenía insomnio, y otros soñaba con aquel híbrido entre un hombre y un pez; había mañanas que se levantaba con un ánimo increíble al recordar todo el apoyo que recibía por parte de sus seguidores; pero otras mañanas era prácticamente incapaz de moverse, como si estuviera atado a la cama, y tenía que realizar un esfuerzo sobrehumano para comenzar otra dura jornada de trabajo.

Llevó a cabo la rutina de siempre. Durante esa mañana de entrenamiento en el agua, no estaba de muy buen humor. Lo primero que pensó al despertarse fue: “Un día más entre las llamas del infierno”. No era precisamente la mejor forma de empezar un día. Esas llamas se apagaron cuando se metió en el agua, pero eso no impidió que su cerebro ardiera con cada brazada que daba.

Llegó al muro después de cuarenta y nueve largos seguidos y realizó el viraje, para luego seguir con el largo número cincuenta. Primera serie del día completada. Ya solamente le quedaban cinco series más de cincuenta largos esa mañana.

Nadaba como si fuera una cuestión de vida o muerte. Llegó al muro y miró el cronómetro del reloj que tenía en la muñeca izquierda. Al ver el tiempo que marcaba, su expresión adoptó una mueca de rabia y dio un golpe seco en el agua con la palma de la mano abierta, lo que generó una gran salpicadura. Nadie lo vio enfurecerse, pero lo cierto es que le hubiera dado igual que lo hubieran visto.

A pesar de todo, se sentía más relajado que en otras ocasiones, ya que su padre no pudo asistir ese día al entrenamiento. El hecho de no tener encima su intensa mirada buscando cualquier fallo en sus movimientos hacía que se sintiera mucho más libre. Según le había dicho Antonio, tenía que trabajar en el despacho y revisar algunos papeles, ya que no solo era el entrenador de Carlos, sino el director del club de natación.

Antonio había invertido todos sus ahorros en ese club, hacía ya mucho tiempo, justo cuando acabó su corta carrera como nadador profesional. Puesto que no tuvo mucho éxito en el deporte, se decidió a emprender su propio negocio en Miami. No quería volver a España, su país natal, sobre todo después de haber conocido al amor de su vida, a Julia. Así que invirtió mucho dinero en adquirir una parte de las acciones del club, junto con su antiguo entrenador, Paul, un hombre adinerado gracias a sus hazañas como nadador en el pasado. Desgraciadamente, Paul tuvo un infarto con cincuenta años y Antonio heredó el resto de las acciones del pabellón deportivo, convirtiéndose así en el propietario único de la empresa. ¿Un golpe de suerte? Al final, resultó ser un golpe de mala suerte, porque sin la ayuda de Paul, Antonio había vivido “con el agua al cuello” (nunca mejor dicho) desde su muerte, para poder sacar adelante la delicada situación económica que sufría el pabellón.

Cuando nació su hijo Carlos, en un viaje a España, el matrimonio tomó la decisión de criar al niño en el país de origen de Antonio. Así que durante diez años, este se vio obligado a viajar continuamente para poder gestionar el club de natación en Miami, una ocupación que lo mantenía demasiado tiempo alejado de su hijo y de su mujer. Después de veinte años, las deudas todavía no estaban saldadas.

Carlos volvió a ondear su cuerpo debajo del agua, esta vez con más fuerza. Diez piscinas, veinte, treinta, cuarenta y, finalmente, cincuenta largos. Segunda serie completada. Volvió a mirar su cronómetro y dio un golpe seco en el agua. Se decidió a ir a por la tercera serie, sin mejor resultado. Dio otro golpe agresivo al agua, la cual no tenía ninguna culpa de sus malos tiempos. Luchó con uñas y dientes durante la cuarta serie e incluso más durante la quinta. Un nuevo golpe sacudió la superficie tranquila de la piscina. La sexta y definitiva era la prueba de fuego. Necesitaba alcanzar los resultados que había conseguido en Roma si quería empezar a dormir tranquilo de una vez por todas. Acabó el largo número cincuenta de la última serie de esa mañana. Miró el cronómetro otra vez: había hecho el peor tiempo de todas las series. Ya no le quedaban fuerzas para dar otro golpe a la superficie de la piscina. Su

expresión era de decepción e impotencia, pues ya no había espacio para el enfado.

Buceó con las pocas fuerzas que le quedaban hacia la escalera para salir del agua. Agarró los barrotes y, antes de impulsarse para subir, suspiró profundamente. Cuando ya estaba fuera de la piscina, se quitó el primer gorro, luego las gafas y luego el segundo gorro. Tenía la manía de nadar siempre con dos gorros en la cabeza. No era necesario, pero era una especie de ritual que lo ayudaba a concentrarse, como quien viste doble calcetín para jugar a cualquier otro deporte. No ayuda a ganar, pero te aporta la comodidad de una rutina que se repite en un bucle eterno, y esa comodidad contrarresta el sufrimiento por el que todo deportista tiene que pasar si quiere alzarse con la victoria.

Permaneció debajo del agua de una de las duchas de la piscina, pero no cualquier ducha. Concretamente, la que estaba en el centro. Esa era otra pequeña parte de su bucle rutinario infinito. Se quedó debajo del agua caliente durante un rato con los ojos cerrados. Se tocó el cuello, donde antes tenía los arañazos con forma de branquias. Ya no estaban. No sabía por qué, pero los echaba de menos.

Carlos era de esas personas que sabían apreciar el placer de una buena ducha, pero tenía un problema muy serio con ello y es que era adicto al agua caliente. Si hubiera dependido de él, se hubiera quedado media hora o, incluso, una hora entera debajo del agua. Pero como no dependía de él, sino de su padre, lo único que podía hacer era disfrutar al máximo de esos tres minutos de placer.

Marcus, el fisioterapeuta del nadador, un hombre robusto con cara de pocos amigos, de unos treinta y ocho años, bajó los escalones de la grada que daba a la piscina. Vio al deportista, que estaba sumido en una especie de trance debajo del agua de la ducha, como tantas otras veces que lo había pillado en esa situación.

—¡Carlos! —dijo en un tono antipático, sacando al joven de su pequeño momento de placer—. Tu padre quiere hablar contigo.

—Vale —dijo desanimado—, ya voy.

—¡Vete ya! Que siempre te quedas media hora debajo de la ducha. Y la economía de este club no está como para gastar agua. Antonio dice que es urgente.

—Que sí, que ya te he dicho que voy —replicó molesto.

Su gesto de enfado (era un joven que se enojaba fácilmente) se transformó inmediatamente en curiosidad. De pronto, se puso alerta y volvió a mirar a la

grada, pero Marcus ya se había ido. Se preguntaba qué era eso tan importante que Antonio tenía que decirle...

Carlos, ya duchado y vestido, entró en el despacho de su padre de forma enérgica, como si tuviera prisa. Cerró la puerta tras él y, sin mirar a su progenitor, se dirigió a la silla que estaba enfrente del escritorio de trabajo de Antonio, que lo fulminaba con la mirada.

—Tengo un poco de prisa —dijo Carlos, una vez sentado y todavía sin mirarlo—, pero si quieres podemos...

Su rostro se congeló al ver lo que había encima de la mesa. Sobre el escritorio de Antonio estaban colocadas las pruebas de algo que nunca debería haberse sabido: transfusiones de sangre, ubicadas dentro de unas bolsas de plástico especiales; esteroides en forma de pastillas alargadas (blancas y rojas); y una jeringuilla.

Estaba pálido, pero no miró a su padre.

Durante unos segundos, la tensión que había en la habitación se hizo insoportable. Carlos, por fin, levantó la mirada y se encontró con el gesto imponente de Antonio.

—¿Qué es esto? —le preguntó a su padre, intentando mantener el tipo.

—Tú me dirás lo que es —respondió el otro en un tono sumamente seco—. Hace una semana me comunicaron que diste positivo en el control antidopaje. Siguen estudiando tu caso. Todavía no han golpeado, pero cuando lo hagan, lo harán muy fuerte.

—¿Y me lo dices ahora? —El enfado de Carlos era descomunal, pero, al igual que le había ocurrido antes, de la furia pasó a la curiosidad—. Espera... ¿Me estás acusando de algo? —quiso saber, poniéndose nervioso y removiéndose en la silla.

—Yo te defendí hasta la muerte, por supuesto —continuó su padre—. Pero había algo raro en todo lo que hemos vivido en los últimos meses. Así que averigüé cuál era la pieza que faltaba. Esto estaba en el doble fondo de la nevera de tu piso, escondido dentro de unas bolsas. ¿Me lo explicas?

—¿Y qué hacías tú registrando mi piso?

—¿Qué es esto, Carlos? —dijo levantando el tono de voz por primera vez.

Se produjo otro silencio incómodo, que pareció una eternidad. Carlos intentó por todos los medios aparentar decepción.

—¿No me crees capaz de hacer lo que he hecho en los últimos meses sin haberme dopado? —dijo metiéndose profundamente en el papel—. Tú eres mi padre, deberías estar de mi lado.

La expresión de Antonio ahora era de tristeza.

—Tenía tantas ganas de volver a verte en un podio —dijo con una decepción absolutamente sincera— que he estado ciego. Has mandado todo el trabajo de una vida a la mierda en dos meses.

Carlos ya no miraba a Antonio.

—¿Sabes qué coño has hecho? Esto te va a arruinar a ti, pero a mí también y a este club —dijo Antonio sin darle un segundo de tregua, ya que necesitaba oírsele decir y ver cómo lo reconocía.

El atleta seguía mirando hacia un lado y su padre se llenó de una ira que explotó como si fuera una bomba de relojería, al ver que ni siquiera estaba recibiendo una mirada por parte de su hijo.

—¡Por lo menos, ten la decencia de mirarme cuando te hablo!

En este momento, Carlos no tuvo otra opción que devolverle la mirada, pero no se sobresaltó por el grito, sino que incluso se mostró desafiante y le dijo:

—Esto no tiene sentido...

Se levantó de la silla con rapidez y salió del despacho, dando un portazo a sus espaldas. Su padre no estaba dispuesto a que la conversación se zanjara de esa forma y salió persiguiendo a su hijo, gritándole.

—¡Vuelve aquí!

Jennifer, una joven y guapa monitora del club de natación, de facciones delicadas, se estaba tomando un descanso al borde de la piscina después de nadar unos largos. Oyó unos gritos que llamaron su atención, procedentes de la zona de administración.

—¡Vuelve aquí, Carlos!

Jennifer vio desde la piscina cómo Carlos se dirigía rápidamente hacia la salida, como si lo persiguiera la policía.

—¡Di la verdad! ¡Vuelve! —El acoso de Antonio no cesaba y no iba a parar hasta que lo oyera confesar.

Carlos cruzó la puerta principal y Jennifer vio cómo Antonio también se dirigía en ese sentido. No entendía qué era lo que estaba pasando.

Una vez fuera del club, en el parking, Carlos sacó las llaves del coche del bolsillo de su chaqueta y se le cayeron al suelo, como resultado de la tensión que estaba experimentando. Las recogió lo más rápido que pudo y abrió el coche desde la distancia. Se echó a correr hasta estar dentro del vehículo.

Metió la llave y la giró para arrancar. Una vez encendido el coche, este se caló. Volvió a intentar arrancar, pero, antes de que lo hiciera, su padre ya había entrado y se había sentado en el asiento del copiloto. Ahora gritaba en

español y Carlos sintió una punzada de dolor en el corazón al oírlo:

—Di la verdad de una puta vez —chilló en un español castizo—. ¡Di la verdad!

Su hijo le contestó en inglés:

—¡Sal de mi coche! —repuso mirando a su padre con una mezcla de rabia y profundo respeto—. ¡Sal de mi coche!

La ira de Antonio volvió a estallar: agarró a su hijo del cuello fuertemente y le empujó la cara contra el volante, mientras le ponía el brazo derecho detrás de la espalda, haciéndole mucho daño. Cualquiera hubiera pensado que lo estaba arresando.

—¡Ah! ¡Suéltame! —gritó Carlos de dolor.

—¡No tengo todo el día! —dijo una vez más en español—. Di la puta verdad... ¡Confíesalo!

Su hijo estaba empezando a llorar y cada vez tenía menos fuerzas para resistirse.

—Suéltame...

Antonio le golpeó nuevamente la cara contra el volante y la pita del coche resonó en todo el parking.

—¡Confíesalo! —ahora ya hablaba en inglés.

Durante unos segundos de silencio, solo se oían los sollozos de Carlos. Antonio volvió a golpear la cara de su hijo contra el volante, ahora más fuerte. Volvió a sonar la pita. Le retorció el brazo derecho en un último intento de que dijera aquella dolorosa verdad que él ya sabía.

—Di la verdad —dijo Antonio, ya sin gritar, pero muy serio.

—Yo...

Al ver a su hijo en esa situación, mil dudas asaltaron la mente de Antonio. ¿Todo aquello era culpa suya? La debilidad se apoderó de su corazón por haber llegado a ese punto tan dramático. Aun así, no lo soltó.

—Dilo —volvió a intentarlo, ya muy cansado.

—Lo hice —confesó Carlos entre lágrimas, rompiendo a llorar sin poder controlarse—. Lo hice...

Su padre lo soltó, ya sin mirarlo, pero el joven nadador no despegaba la cara del volante. Sin decir nada, Antonio salió del coche. Había conseguido que su hijo confesara, pero era evidente que esa también era su propia derrota.

• • • •

Bestias y monstruos comunes y corrientes viviendo sus vidas a plena luz del día, entre las personas normales y buenas. ¿Quién era el monstruo y quién era la víctima? ¿Quién juzgaba ese tipo de cosas?

El hombre-pezu siguió nadando en algún punto del océano Atlántico. Se podría decir que no nadaba, sino que vagaba por su inmenso hogar totalmente solo, sin nadie que le diese una palmadita de consuelo en la espalda o, visto de otra forma, sin nadie que lo castigara a base de latigazos. Buceaba en la más absoluta soledad. Esa era su penitencia.

Respiraba a través de sus branquias, que se abrían y se cerraban cada pocos segundos. Lo único que vestía era un bañador azul, rasgado y viejo. Sus ojos, completamente negros, intentaban buscar cualquier señal de movimiento a su alrededor. Las escamas azules y brillantes se repartían por su cuerpo gris pálido. Se trataba de un color tan mustio que parecía el color de un cadáver.

Por suerte para él, las escamas brillantes le daban un toque de color. Tampoco tenía pelo y, en su lugar, las escamas azules cubrían su cabeza formando una especie de cresta, cuyos bordes se difuminaban con el color de la piel.

Tenía aletas naturales en los pies, que formaban parte de su propio cuerpo. Entre los dedos de sus manos había una especie de membranas gelatinosas como las que tienen los anfibios. Todos estos atributos lo convertían en la mezcla perfecta entre un animal marino y una persona, es decir, en un esperpento despreciable a ojos de cualquier humano.

Volvió a sonar aquel eco lleno de culpabilidad, que dio lugar al murmullo que originaba el oleaje:

**LA BESTIA:** A veces sueño que soy libre en el fondo del mar, sin que nadie me moleste. Me pregunto si una persona es capaz de predecir la caída de su propio Imperio. Por supuesto que sí. Por eso, la gente se aferra de forma desesperada al poder que tiene. Yo no soy diferente. ¿Me sentí arrepentido después de hacer lo necesario para mantener mi reinado? Supongo que ni siquiera pensé si lo que hice estuvo bien o mal. Solamente lo hice, pero ahora que nado en estas solitarias aguas con la única compañía del pasado amargo, que me recuerda sin cesar la lucha que creé, el daño que causé y la tristeza que dejé a mi paso, pienso que,

definitivamente, no mereció la pena. Cuando no ves la realidad tal y como es, te acercas cada vez más a la derrota. Ya no oigo el silencio del agua, solo la rabia y la desesperación del mar. La soledad me castiga, me consume. Menos mal que mi amiga la raya me visita de vez en cuando...

El hombre-pezu intentó acercarse a una raya, como si fuera su mascota. Sin embargo, esta huía de él y emprendió su propio camino en otra dirección. “La Bestia” dejó ir a la única compañía que había tenido en mucho tiempo. Miró hacia la superficie, donde relucía el reflejo del sol.

• • • •

Carlos y Antonio permanecían de pie detrás de un telón inmenso. Al otro lado de la cortina, se oía el murmullo intenso de la sala de prensa. Antonio daba vueltas nerviosamente y su hijo, también inquieto, manoseaba unos folios, al mismo tiempo que los leía para sí mismo. Estaba a punto de hablar en directo para los principales medios de comunicación, no solo de Estados Unidos, sino del mundo entero.

La directora del programa, de aspecto dulce, se acercó a Antonio y le dio una botella de agua, y este la aceptó de buen grado. También le ofreció una botella a Carlos, que ni siquiera levantó la vista del papel que estaba leyendo. La mujer miró a Antonio desconcertada.

—Yo la cogeré —dijo Antonio amablemente, tomando la botella en sus manos —. Muchas gracias.

—Estaremos en directo en tres minutos —repuso ella y los dejó solos.

Carlos siguió leyendo para sí mismo aquellos folios, escritos a base de duras palabras, y se le terminó de partir el alma por completo.

—No puedo hacerlo —dijo Carlos desesperado.

Su padre lo miró con su habitual severidad.

—Solo lee lo que te he escrito. Si tuviste la osadía de doparte, también vas a tener los huevos de confesarlo.

—No lo voy a hacer —contestó el nadador.

—Tú no eres mi hijo. No te reconozco. Si no lo haces tú, lo haré yo. —Esa fue la sentencia definitiva de Antonio, y su hijo pareció entenderlo a la perfección, aunque no le gustara la realidad que tenía que afrontar.

Le quitó la mirada a su padre inmediatamente. No quería volver a ver en sus ojos el desprecio que este le mostraba cuando lo miraba. La directora se acercó a ellos nuevamente.

—Es la hora —dijo con una sonrisa amable, que no eliminó el mal ambiente que se respiraba.

La directora abrió un extremo del telón y Carlos pasó a través de él. Al otro lado había una mesa alargada llena de micrófonos. Se sentó en la silla e intentó no prestar demasiada atención a los periodistas que estaban presentes en la sala, pues ya tenía bastante con leer lo que tenía entre las manos. Más allá de esa mesa había casi cien reporteros, corresponsales y comentaristas,

que lo miraban y murmuraban entre sí. Además, había un número incontable de cámaras, unas sacando fotos y otras grabando cada uno de sus movimientos.

Carlos vio cómo Antonio entró por una puerta que había detrás de todos los periodistas. Se apoyó en la pared y miró a su hijo con impaciencia. Dudaba si sería capaz de hacer lo que debía.

De pronto, los focos apuntaron directamente al deportista, cegando por completo la visión de lo que tenía delante de él. Se hizo el silencio y todos observaron con detenimiento. La mayor parte de los informadores sujetaba una libreta para tomar notas, pero otros no querían apartar la vista de lo que estaba a punto de ocurrir.

Carlos estaba paralizado. Aunque no era casi capaz de abrir los ojos debido a los focos ni de ver con claridad lo que había más allá de ellos, en el fondo agradeció no poder ver a todas las personas a las que se tenía que dirigir.

—Mmmm... Buenos días a todos —dijo con voz temblorosa y volvió a mirar el papel—. Los he convocado hoy, en este lugar, para tomar la decisión más difícil de toda mi carrera deportiva. —Se detuvo y dudó durante unos segundos, pero siguió—: Reconocer mi dopaje y renunciar a los títulos que he ganado en los últimos dos meses, los cuales he logrado estando bajo el efecto de sustancias prohibidas. Entre estas sustancias están la EPO, los esteroides y las transfusiones de sangre, empleadas con la finalidad de aumentar mi capacidad respiratoria y cardíaca, además de incrementar mi fortaleza dentro del agua. —Eran pocas las veces que miraba al frente, ya que sus nervios hacían que se aferrara al papel todo lo que podía, con la cabeza gacha—. Quiero pedir perdón a todos los aficionados a los que, sin ninguna duda, he decepcionado con mis actos, a la Federación y a los patrocinadores que hacen posible que la natación sea un deporte grande y digno de admiración. Pido perdón, de corazón, al deporte en general. Sin embargo, y a pesar de la relevancia de todos los puntos que acabo de comentar, el más importante es dejar clara la realidad, en todos sus aspectos. Por ello, me veo obligado...

Se paró de nuevo. Antonio, que lo miraba desde el fondo de la sala justo detrás de las cámaras y de los focos, contuvo la respiración durante unos segundos. Carlos volvió a mirar el papel y continuó con su intervención.

—Me veo obligado —prosiguió— a desvincular a todo mi equipo profesional: a mi entrenador, a mi fisioterapeuta, a mi preparador físico y, por supuesto, a mis patrocinadores. He traicionado la confianza de todos ellos, al engañarlos. Mi decisión de doparme también les está afectando a ellos de una forma injusta. Por esto último y por todo, pido perdón y prometo que no fue mi

intención perjudicar a nadie.

Durante unos instantes, todos los periodistas permanecieron en silencio. Prácticamente el único sonido que se oyó fue el suspiro de Antonio, en el que soltó gran parte de la tensión acumulada.

Como si de una estampida se tratara, todo el mundo estalló en forma de preguntas, flashes de cámaras y gritos. Ese era el tipo de situaciones en las que Carlos buscaba el apoyo de los suyos, ya fuera de su propio padre o de cualquier otro miembro del equipo. Pero estos no estaban allí. Su vista, ya acostumbrada a los focos, pudo alcanzar a ver que no había nadie en la puerta principal, donde hacía escasos momentos había visto a su padre.

En la misma sala de prensa donde el nadador había recitado el emotivo discurso que le escribió su padre, ahora estaba sentado el portavoz del Comité Olímpico Internacional, el holandés Andries Brouwer, vestido con traje y corbata. Estaba situado delante de los micrófonos a los que el mismo Carlos había tenido que enfrentarse. Los periodistas escuchaban atentamente y algunos de ellos acercaban sus grabadoras.

—Hemos llegado a una firme conclusión, en vista de lo recientemente acontecido en la carrera deportiva de Carlos González —dijo Brouwer en un tono muy solemne—. Con gran dolor, por lo que representa este nadador para el público y para la natación, anunciamos que González será sancionado durante cuatro años, en los que permanecerá alejado de la competición profesional, desde hoy, 10 de enero de 2017, hasta el 10 de enero de 2021, debido a su uso de EPO, esteroides y transfusiones de sangre. Muchas gracias por su atención.

Los periodistas tampoco se quedaron cortos con el holandés y prácticamente se le abalanzaron para hacer una pregunta detrás de otra.

• • • •

Marcus, el fisioterapeuta del equipo, cuya cara de pocos amigos no había cambiado lo más mínimo, y Joseph, el preparador físico, de cuarenta años y con un rostro más amable que el de Marcus, se encontraban sentados frente al escritorio de Antonio, en su despacho.

—Creemos que lo más justo es presentarte nuestra dimisión —dijo Joseph en un tono seco, pero intentando quitarle dramatismo—. No podemos permitir que esto nos salpique también a nosotros.

—Lo siento mucho, Antonio —siguió Marcus, con menos sutileza que su compañero—. Estamos fuera.

Antonio los miró a ambos con dolor, pero sabía que no podía echarles nada en cara a ninguno de ellos, así que asintió.

—Lo entiendo —dijo el director del club de natación—. Podéis seguir trabajando en el club hasta que encontréis otro trabajo.

Marcus miró a Joseph y volvió a dirigirse a Antonio.

—Creo que no nos hemos explicado bien. Estamos fuera, Antonio. No solo fuera del equipo, sino fuera de todo lo que tenga que ver con este club —dijo el fisioterapeuta poniendo mucho énfasis a la hora de decir la palabra “fuera”. El preparador físico se sintió un poco violento ante el tono que acababa de emplear su compañero e intentó rebajar la tensión de la conversación:

—Matt Gordon está buscando entrenador —añadió Joseph, pero Antonio parecía no entender.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó sorprendido.

—Creemos que lo que más necesitas en estos momentos es una buena fuente de ingresos para sacar el club adelante. Llevas mucho tiempo intentando que esto salga a flote. Te mereces un poco de tranquilidad —continuó Marcus, intentando ser más amable, pero se notaba a la legua que quería zanjar la conversación cuanto antes.

—Ese chico ha sido el principal rival de Carlos desde que tenían diez años. No puedo entrenarlo —se ofendió Antonio.

Esta era la primera vez que salía a defender a su hijo desde que se enteró de su dopaje, pero no podía ocultar el hecho de que ahora lo defendía porque Matt no solamente era rival de Carlos, sino suyo también.

Joseph se levantó de la silla.

—Adiós, Antonio —le ofreció la mano para estrechársela. Antonio y él se dieron la mano—. Cuídate.

—Sí, adiós —concluyó Antonio.

Marcus también se levantó de la silla y le dio la mano al que había sido su jefe hasta hacía escasos segundos, pero Antonio no hizo el esfuerzo de levantarse de su asiento.

Vio cómo sus dos antiguos colegas salían del despacho, al tiempo que entraba Martha, la secretaria del club, una mujer de unos cincuenta años, elegante y fina. La preocupación de la mujer al dirigirse a su jefe era evidente.

—Acaban de llamar los patrocinadores —dijo la secretaria.

—¿Qué querían? —preguntó, aunque ya sabía perfectamente cuál iba a ser la respuesta.

—Acaban de retirar todos los contratos de Carlos —le tembló la voz al decirlo—. Lo acaban de hacer público.

Antonio se dejó caer en la silla.

—Gracias, Martha.

—Lo siento mucho —dijo la secretaria en su inútil intento de animar a Antonio, cuya mirada estaba clavada en la nada. Se encontraba al borde del abismo y no tenía ni idea de qué debía hacer para no precipitarse hacia él.

• • • •

Carlos conducía su coche hacia el club de natación. Ahora el que tenía que averiguar algo era él. Los rumores corrían más rápido que la pólvora y el que había oído él era más bien dinamita pura.

Había pasado un mes desde que confesó su dopaje ante los medios de comunicación. Desde entonces, no había salido prácticamente de su casa y empezó a oír comentarios, que ya no sabía si formaban parte de las pesadillas que lo consumían cada noche, en las que el hombre-pepe siempre hacía acto de presencia, o si eran tan reales como los cuatro años de sanción que se veía obligado a afrontar.

Con un aspecto desaliñado, sin haberse duchado y sin afeitarse, puso el freno de mano y salió del coche y, cuando lo hizo, se fijó en la fachada del pabellón deportivo. Un grupo de obreros, subidos a una grúa, quitaban un enorme cartel en el que había una foto de Carlos con la famosa frase “Nacido para ganar”.

Entró en el club y cuando llegó a la piscina, lo vio. Ahora Antonio se dedicaba a entrenar a Matt, uno de sus principales rivales. “Uno de mis principales rivales, uno de mis principales rivales, uno de mis principales rivales”, repetía su mente de forma frenética. Casi no era capaz de respirar y mucho menos de pensar, pero trató de coger aire para no estallar de rabia demasiado pronto.

Matt estaba dentro del agua y apoyaba las manos en el bordillo de la piscina, mientras Antonio le daba instrucciones.

—Sales muy pronto del agua después de virar. Cuanto más tiempo avances desde el fondo, más posibilidades tendrás de sacarles ventaja a los demás — explicó Antonio a su nuevo pupilo.

—Vale —dijo Matt con cara de niño bueno, como si no hubiera roto un plato en su vida. Cualquiera que lo viera, hubiera dicho que era el alumno perfecto. Carlos bajó los escalones de las gradas y se agarró fuertemente al barrote de la valla, como si quisiera retorcerlo. Matt se dio cuenta de la presencia de su enemigo número uno y ni siquiera disimuló la sonrisita de satisfacción que se dibujó en su rostro al ver la expresión de Carlos. Antonio también miró hacia las gradas.

—Vale, Matt —dijo el entrenador con poca energía—. Veinte de cada estilo. Vamos a ir cambiando el ritmo cada dos largos. De menos a más.

El obediente pupilo siguió con sus ejercicios y Antonio se acercó a su vástago, que miraba a su padre con decepción y enfado.

—Así que los rumores son ciertos —dijo Carlos, conteniendo la rabia lo mejor que supo—. Quería pensar que era mentira...

Antonio lo miró, pero no dijo nada. Permanecía delante de él, sin moverse y sin quitarle la vista de encima al hijo que lo había traicionado.

—¿No dices nada? Me quitas de la fachada como si fueras un patrocinador avergonzado...

—No soy un patrocinador avergonzado. Soy un padre avergonzado —puntualizó su padre.

Este comentario caló profundamente en Carlos, más de lo que le hubiera gustado. Intentó recordar todo lo que le iba a decir a su padre, ya que lo tenía perfectamente ensayado. Sin embargo, siempre se quedaba en blanco a la hora de discutir con él. Así que optó por el plan alternativo: perder los nervios.

—No lo puedes entrenar —dijo al borde del llanto—. ¡A él no! ¿Ya te olvidaste de lo que nos hizo en Montreal junto a los cafres de sus amigos?

El tono de la conversación que adoptó Carlos contagió a su padre, que también perdió los estribos.

—¿Y quién va a conseguir que esto salga adelante? ¿Tú? —gritó—. ¿Quién va a solucionar mis deudas?

—¡Tus deudas! Tú lo has dicho —replicó Carlos como si hubiera descubierto la penicilina—. Eso es lo que llevo haciendo desde los trece años, salvarte el culo a ti y a mamá. ¡Con mi dinero! El dinero de mis contratos, y nunca me has dado las gracias.

Antonio le quitó la mirada. Lo que acababa de escuchar era cierto, pero no quería reconocerlo, sobre todo después del colosal engaño que Carlos maquinó durante meses para poder doparse. Sabía que su hijo tenía razón en lo que decía y le molestaba que así fuera. Le habló con más calma, sin malgastar energía:

—A partir de ahora, trabajarás como monitor de natación en el club y si no estás dispuesto a hacerlo, no vuelvas por aquí. Tus contratos ya no van a salvar a nadie. Y a ti tampoco. Tú solito te has encargado de que así sea.

La brutal sentencia que le acababa de lanzar Antonio lo desarmó por completo. Incluso parecía como si el nadador sancionado ya no sintiera nada, como si todo el sufrimiento acumulado lo hubiera inmunizado.

Antonio se dio la vuelta y se fue.

• • • •

Carlos observaba el mar desde el muelle del South Pointe Park, en Miami Beach. Solía escaparse a pensar allí de vez en cuando. Le gustaba oír el sonido de las olas. Era capaz de pasar horas mirando el océano. Cerró los ojos y lo vio.

Visualizó al hombre-pez una vez más en su mente. Esa bestia acosadora, que nadaba en el mar, como de costumbre. Esta vez, se movía de forma ondulante entre los restos de un barco hundido.

A medida que se abría paso entre los escombros de lo que parecía haber sido algún día un barco de pesca, fueron apareciendo diferentes tipos de peces a su alrededor (chabelitas tricolores, viejas lomonegro, cirujanos coronados, angelotes, peces trompeta...), que convivían con “La Bestia” como si este fuera uno más. Por fin, un poco de compañía, pero el eco de su arrepentimiento era una constante en aquellas aguas:

**LA BESTIA:** ¿En qué dirección viaja el alma del ser humano? ¿Hacia dentro o hacia fuera del cuerpo? ¿Somos egoístas por naturaleza o tenemos un mínimo margen para renunciar al instinto y hacer lo correcto? Nos dieron el don de pensar y de razonar, pero, aun así, nos dejamos llevar siempre por la corriente. La vida es más fácil en el agua. Nadando no piensas.

“La Bestia” entró por una de las ventanas del barco y exploró su interior, que se encontraba completamente oxidado y lleno de algas. Era asombroso observar cómo una estructura metálica abandonada a su suerte y poblada por diferentes animales marinos podía llegar a resultar tan hermosa. Se trataba de un caos perfecto, ubicado en el fondo del mar para alegrar la vista de las bestias que pasaran a su lado.

### 3. Una vida sin branquias

Fueron muchas las opciones que se le pasaron a Carlos por la cabeza: irse a vivir a otra ciudad y empezar de cero, volver a España y empezar de cero, dejarlo todo atrás y empezar de cero, estudiar una carrera universitaria y empezar de cero... En cualquier escenario que se imaginara, por muy diferentes que fueran entre sí, siempre se veía a sí mismo empezando algo desde el principio e intentando olvidar las heridas del pasado. Con suerte, todo habría sido un mal sueño, una simple pesadilla recurrente, y no pasaría mucho tiempo hasta que todo estuviera colocado en su sitio nuevamente; eso sí, lejos de la vida de la que quería huir. Se imaginó a sí mismo poniendo tierra de por medio entre él y aquella piscina que había sido su casa durante tantos años y, sobre todo, estando alejado de su padre.

Pero eso solo eran fantasías que tenían lugar en su mente. Su vida real era muy distinta. Era incapaz de alejarse de aquella piscina en la que había nadado durante innumerables horas, todos los días del año durante la última década. No podía irse, por mucho que quisiera. Para él hubiera sido como cortarse un brazo. Tenía que seguir allí, aunque no le gustara, trabajando en el club de natación.

Jennifer, de veintitrés años, era la guapa monitora de natación con facciones delicadas que presenció la pelea entre Carlos y Antonio. Era rubia y sus ojos eran del color del agua más cristalina del mundo. Estaba metida dentro de la piscina, agarrando a un niño pequeño, de unos cuatro años, del cuello y de la espalda, mientras este intentaba dar las primeras brazadas de su vida nadando a espalda.

Jennifer miró a Carlos, que estaba muy entretenido con su teléfono móvil, sentado en un banco fuera de la piscina.

—Tu padre me dijo que te enseñara cómo dar clases a los niños. Y no puedo enseñarte si no entras en el agua —dijo con un tono amable, pero que denotaba un poco de queja.

—No te ofendas —dijo Carlos, sin levantar la vista del móvil—, pero no creo que haya demasiada ciencia en enseñarle a un niño a dar patadas en el agua.

—A lo mejor deberías intentarlo, a ver si lo consigues a la primera... Desde luego, mirando el móvil no creo que puedas hacerlo.

Jennifer esbozó una sonrisa, no exenta de sarcasmo. El español levantó la

mirada del móvil ante la respuesta de su compañera. No le gustaba que le dieran órdenes. Con su padre ya tenía suficiente.

Jennifer era una mujer que imponía respeto y Carlos era de esa clase de personas que había estado acatando órdenes durante toda su vida. Hasta ahora. Ahora era el momento de hacer lo que le diera la gana. Aunque él no lo hubiera reconocido, Jennifer le intimidaba un poco, pero no quería dejarse doblegar tan fácilmente. Ella no necesitaba levantar el tono de voz para que los niños le hicieran caso, simplemente decía todo lo que pensaba, sin filtro, para bien o para mal, pero siempre con calma e, incluso, con una sonrisa, y eso ponía a Carlos de los nervios.

—¿Quieres que me meta en el agua? —preguntó él desafiante.

Dejó el móvil sobre la superficie del banco y se levantó. Con la ropa todavía puesta, se dirigió hacia la piscina y saltó al agua de cabeza. Empezó a nadar sin salir a la superficie para coger aire y comenzó a gritar bajo el agua.

Jennifer no sabía muy bien de qué iba su nuevo compañero de trabajo. No le gustaba su actitud. Ese último gesto que había tenido de tirarse al agua con ropa la desconcertaba, pero no se dejó sorprender y siguió enseñando al niño.

—Vale, John, tú y yo seguimos nadando. No hundas el cuello...

Al día siguiente, Carlos llegó al club de natación. Como siempre, fue el primero en llegar, incluso antes que su padre. Poco a poco, empezó a entrar gente en el club. Antonio entró poco después que su hijo y se dirigió a su despacho sin tan siquiera mirarlo.

Carlos se sentó en el mismo banco del día anterior, a mirar su móvil. Algo captó su atención y levantó la vista de la pantalla. Lo que vio fue la atenta mirada de desaprobación de un grupo de padres que iban a llevar a sus hijos a clases de natación, niños a los que se suponía que Carlos tenía que enseñar. Lo observaban con desprecio. Él les aguantó la mirada a todos y cada uno de los que se atrevieron a clavarle los ojos, que no tardaron en mirar a otro lado; otros empezaron a hablar de cosas banales para quitarle importancia a lo que verdaderamente estaba pasando: no querían que sus hijos fueran entrenados por un tramposo.

Jennifer llegó y se puso manos a la obra, como siempre. Era una persona muy eficiente y no le gustaba perder el tiempo. Miró con interés a Carlos, que jugaba a un juego de aviones en el móvil. Al contrario que aquellos padres que estaban en la grada, ella no lo miraba con desaprobación, solamente con curiosidad.

—¿Vas a meterte hoy en el agua? —preguntó Jennifer, hablando con un tono

amable.

—Sí —dijo Carlos para sorpresa de su compañera de trabajo.

—¿Y piensas hacerlo con ropa o sin ropa?

—Ya veré —respondió de forma quisquillosa.

Jennifer le lanzó una mirada de advertencia ante el tono de la respuesta de su compañero y Carlos sintió como si ella le dibujara una línea imaginaria en el suelo, que no debía volver a pasar, pues ya había cruzado esa línea varias veces.

—Tú verás lo que haces... ¿Con qué ropa volviste a casa ayer? —siguió en un tono menos amable, pero manteniendo la cordialidad (aunque ya se le estaba agotando la paciencia).

—¿Qué hacemos hoy? —preguntó él ignorando su pregunta.

—Hoy tenemos a un grupo de cinco niños un poco mayores que los del otro día.

—¡Qué bien! —respondió Carlos con sarcasmo, poniendo todavía más a prueba la buena actitud de Jennifer.

Ella lo miró desconcertada, nuevamente.

—Tú haz lo que yo te diga —le advirtió a su compañero.

Este le lanzó una mirada desafiante. Otra orden más que le daba ella y que él no supo digerir del todo bien. Aquello era una bomba de relojería a punto de explotar y no se sabía quién lo iba a hacer primero: Jennifer o Carlos.

Pocos minutos después, el nadador se encontraba en bañador mirando cómo Jennifer daba instrucciones a los niños. Los dos estaban fuera del agua. Jennifer se encontraba sentada en la orilla, con los pies metidos en la piscina, y Carlos estaba sentado en el trampolín.

Los cinco niños nadaban en fila, uno detrás de otro, por el lado derecho de la calle. Todos tenían una pequeña tabla azul agarrada con las manos, mientras pataleaban en el agua para conseguir avanzar.

—La patada más fuerte, Tom —le dijo Jennifer a uno de los niños, que era el que iba más rezagado de todo el grupo.

Tom, que tenía siete años, era un niño enclenque y nadaba de una forma descoordinada, con demasiada dificultad si se le comparaba con sus compañeros de clase. Llegó al bordillo donde se encontraba Jennifer y se paró. Los demás niños siguieron nadando.

—Solo llevas dos piscinas y son diez. ¿Por qué te paras? —preguntó Jennifer.

—Estoy cansado —contestó el niño, que, a pesar de la voz de mimoso que puso, no intentaba escaquearse, ya que era verdad que lo estaba pasando mal.

—¿No quieres seguir?

—No —respondió él.

Carlos miró a Tom durante unos instantes. Él había aprendido a nadar de la manera más ruda que se pudiera imaginar. No había lugar para excusas ni para lamentaciones y, mucho menos, para la debilidad. No pudo evitar verse a sí mismo cuando era pequeño: mimoso, quejica, débil y enclenque.

Carlos dio un pequeño salto desde el trampolín donde estaba sentado y se metió en la piscina.

—Vamos, Tom. Sigue. Igual que tus compañeros —le dijo al niño.

—No quiero —rechistó Tom.

—Sigue —le ordenó en un tono seco y severo, pues era su última advertencia.

Tom miró a Jennifer para ver qué tenía que decir ella al respecto, pero antes de que la monitora hablara, su compañero tomó la iniciativa.

—¡Sigue! —le gritó al niño.

Cogió a Tom por los brazos fuertemente y lo puso en la dirección correcta para que siguiera nadando. El niño no opuso resistencia, pero continuó nadando con dificultad.

Jennifer permaneció callada unos instantes, pero finalmente fue ella la primera que explotó.

—No hagas eso otra vez. —Ya no había amabilidad en su tono—. Con Tom, no. Tiene asma.

—Ah, ¿no? —gritó su compañero, desafiante—. ¿No puedo hacerlo? Pues lo he hecho.

Jennifer se puso a su altura y también empezó a subir el volumen a la hora de hablar.

—Poder, puedes. No debes.

—Yo tenía asma de pequeño y sigo vivo —continuó Carlos—. Si les grito y no me hacen caso, les vuelvo a gritar. Y así hasta que hagan caso. Fue como me enseñaron a mí y así van a aprender ellos. Además, ¿tú cuánto llevas trabajando aquí? ¿Un mes? Eres la nueva, así que no me digas lo que tengo que hacer.

Jennifer volvió a recuperar la compostura y no se dejó llevar por sus emociones.

—No lo vuelvas a hacer —respondió en un tono seco y directo, pero calmada.

—¿Qué? —respondió Carlos, todavía alterado.

—Que no lo vuelvas a hacer, no te lo voy a volver a repetir. Con nadie y

menos con un niño asmático.

Carlos se sorprendió ante la respuesta de su compañera. Ella sí que no aceptaba órdenes. Aunque no le gustara, le iba quedando claro: ella mandaba. A la mañana siguiente, Carlos corría por la calle de su barrio. Ese día nadie lo saludaba, no solo por el hecho de que estaba todo muy desolado, sino porque las pocas personas con las que se encontraba o no lo conocían, o lo miraban casi con tanta desaprobación como los padres de los niños del club de natación.

Había llegado a sus oídos que algunos padres habían desapuntado a sus hijos de las clases en la piscina porque no querían que “un deportista sancionado por dopaje” les diera clases. No entendía exactamente qué tendría que ver una cosa con la otra.

Lo empezó a entender esa mañana, mientras corría. No sabía por qué estaba corriendo. Ya no necesitaba estar en forma para ninguna competición. La verdad era que ya habían pasado un par de meses desde que lo sancionaron y echaba de menos su rutina de siempre. Cuando nadaba todos los días durante horas y se levantaba a las cinco de la mañana, fantaseaba con poder dormir por lo menos hasta las ocho de la mañana. Ahora que podía hacerlo, fantaseaba con volver a nadar.

Vio las miradas de desprecio en los rostros que antes lo saludaban de forma radiante. El basurero lo miró como si fuera la propia basura que tenía que recoger de las calles; el repartidor, por su parte, lo miró con profundo dolor en su mirada, como si Carlos hubiera sido un hermano para él durante toda su vida y lo hubiera traicionado, clavándole un puñal por la espalda; y luego estaba la mirada intimidante de las chicas que fumaban todas las mañanas y que no iban a clase, las mismas que chillaban su nombre pocos meses atrás.

Siguió corriendo. Se puso la capucha de la sudadera para evitar ver distracciones; solo quería estar atento a la carretera que tenía que recorrer.

Se dirigió a la charcutería, a “CARNE Y PESCADO”. Catherine, la señora que le pidió a Carlos una foto, estaba saliendo de la tienda. Él esprintó para llegar a sujetarle la puerta.

—Señora, ¿qué tal están sus hijos? —dijo aguantando la puerta amablemente.

Catherine no le contestó. Lo miró decepcionada, incluso más que el repartidor. Carlos intentó encajar como pudo ese momento desagradable, que podía incluir en la lista de “momentos incómodos de sus dos primeros meses de sanción”, porque le venían a la mente unos cuantos ejemplos dignos de un relato surrealista.

Carlos entró en la tienda y, antes de cerrar la puerta, echó un vistazo hacia atrás, mirando a la señora que caminaba con el bastón por la acera, que antes era su fan número uno.

Pensó: “Por lo menos, Félix seguro que sigue tratándome como siempre, no como los demás”. Lo siguiente con lo que se encontró fue la expresión sin vida en el rostro del vendedor. Parecía ser que los recientes acontecimientos habían succionado la energía a Félix. Estaba pálido y con cara de querer romper cosas.

—Lo mismo de siempre, Félix —dijo Carlos, algo intimidado por la expresión del que una vez fue su admirador.

Este lo miró un instante, sin apenas moverse. Después de echarle a Carlos la mirada de desaprobación número veinte del día, fue a coger su pedido. Se podría decir que los bonitos años de su reinado se habían acabado, porque el rey ya no tenía trono ni el cariño de su gente.

• • • •

Carlos estaba sentado en el balcón de su piso, sobre una silla de plástico que amenazaba con romperse en cualquier momento. Encendió un cigarro de forma torpe y se atragantó con el humo al intentar tragarlo.

Sonó el timbre de la puerta. Se sobresaltó y estuvo a punto de quemarse con el extremo prendido del cigarro. Lo apagó con rapidez en la mesa, que también era de plástico, haciendo un agujero en la superficie, ya que no tenía cenicero. Volvió a sonar el timbre. Carlos se apresuró. Le hizo ilusión tener una visita. Siempre se había sentido un poco solo, sobre todo después de la sanción. Seguía tosiendo a causa del cigarro. Cuando abrió la puerta, la ilusión interna que sentía se esfumó de inmediato, pues vio quién era la persona que con tanta insistencia llamaba a la puerta. Era su madre, Julia, una mujer de cuarenta y cinco años, guapa y elegante, originaria de Miami. Con una sonrisa de oreja a oreja y con un gritito cariñoso le dijo a su hijo:

—¡Cariño!

La mirada de Carlos no podía ser más fría. Con total inexpresividad, se dio la vuelta, completamente serio, y entró en el piso dejando la puerta abierta. Su madre, ahora tan seria como él, también entró en la sala de estar. Sabía que debía tener mucho cuidado con lo que decía y con lo que hacía, pues era evidente que su hijo no la recibía de buen grado. Tenía que medir mucho sus palabras si quería que la conversación durara más de dos minutos.

Carlos se sentó en el sofá. Su madre cogió una silla de la cocina y la acercó a la pequeña mesa situada frente al sillón. Intentó sentarse lo más cerca posible de su hijo, pero no lo suficiente como para que este le lanzara una de sus miradas fulminantes.

—Me gusta cómo lo tienes decorado —dijo Julia mirando a su alrededor.

—No lo he decorado —respondió él de forma antipática.

—¡Ah! Aun así, me gusta.

Carlos ni siquiera la miraba.

—Oí lo de tu sanción...

—Tú y medio mundo —prosiguió en el mismo tono de desagrado—. ¿No vas a preguntarme por qué lo hice?

—He venido a verte y a ayudarte, no a juzgarte —le dijo su madre con cariño.

—No sabía que tuvieras interés en verme. —Parecía haberle hecho gracia lo

que acababa de oír y soltó una risa que escondía mucho resentimiento—. Sobre todo desde que te fuiste con el anormal de tu novio. ¿De dónde era? ¡Ah!, ya me acuerdo. De Nueva York.

—Rompimos. Hace un año.

Carlos fue consciente de que se estaba pasando de la raya. Había herido los sentimientos de su madre. Procedió a examinar su rostro por primera vez. Ella también seguía mirándolo y él se dio cuenta de que la había echado mucho de menos en los últimos dos años.

—Siento decírtelo —siguió Carlos—, pero bastante duró. Un tío como ese, que le preocupaban más sus músculos y lo que vestía que...

—Lo sé, Carlos —interrumpió Julia, molesta—. ¿Por qué nunca coges mis llamadas?

—¿Por qué nunca te ha dado por visitarnos?

Si ella iba a sacar la artillería, él no se iba a quedar atrás. Julia se ofendió, otra vez, al oír el comentario de su hijo, pero entendía perfectamente que le hubiera hecho esa pregunta. Permaneció callada y fue el deportista el que continuó:

—No creía que tuviéramos nada de que hablar, sobre todo después de cómo te fuiste. ¿Por qué lo hiciste?

—Estaba cansada —dijo su madre, dejando entrever dolor en su voz—. De ver cómo te trataba tu padre, de su actitud. Ya no era el hombre con el que me casé. Pusimos en ti una presión y una carga que nunca deberías haber llevado...

Carlos se levantó del sillón. La montaña rusa de emociones por la que estaba viajando en ese momento amenazaba con derrumbarse y no lo iba a permitir sin luchar. Después de todo, era lo único para lo que lo habían educado: para ser un guerrero.

—Y pensaste que la mejor manera de arreglarlo todo era poniéndole los cuernos a papá y largándote —espetó Carlos—. ¿Esa fue tu forma de ayudar? Julia también se levantó de su silla.

—Primero tenía que ayudarme a mí misma —su montaña rusa emocional se derrumbó al pronunciar esa frase—. Lo hice pensando que era lo que me ayudaría, pero no tardé mucho tiempo en darme cuenta de que, en realidad, estaba huyendo. Luego, quise volver, pero sabía que tú y tu padre no me dejaríais.

Al parecer, de montañas rusas emocionales iba la cosa. La montaña particular por la que pasaba Carlos también se derrumbó sobre sus cimientos cuando

empezó a llorar. Con lágrimas en el rostro, le dijo a su madre, mirándola a los ojos:

—Ni siquiera lo intentaste...

—Espero que no sea tarde para hacerlo —dijo Julia con suavidad—. Nunca más me voy a ir de tu lado, te lo prometo. Lo siento...

Julia se acercó a Carlos cuidadosamente y le dio un abrazo. Él seguía llorando, pero después de unos segundos también la abrazó.

—Tú no te preocupes por nada —intentó animarlo su madre—. Vas a superar todo esto y yo te voy a ayudar.

—No hay nada que superar. Dejo la natación.

Julia creyó oportuno no contestar a la contundente decisión que Carlos le acababa de comunicar. No quería agobiarlo más de lo que ya estaba.

Olió la sudadera de su hijo:

—¿Has estado fumando? —le preguntó.

Carlos no contestó. Tardó varios días en asimilar esa conversación que tuvo con su madre. Seguía sintiendo rencor hacia ella, pero este ya no lo consumía por dentro, lo cual era un avance bastante considerable. Hubiera preferido quedarse tumbado en su cama y que el mundo permaneciera en silencio para poder dormir en paz, pero no le quedó otra alternativa que seguir con sus obligaciones como monitor de natación.

Tom estaba nadando, más o menos hacia la mitad de la piscina. Siempre que llegaba a esa altura, se le hacía un mundo mirar hacia el bordillo, porque su mente multiplicaba la distancia real de la piscina por cuatro. Estaba en una clase particular impartida por Jennifer, que miraba a su pupilo sentada en el trampolín. Observaba a Tom con mucho interés, incluso con preocupación.

Carlos se suponía que estaba allí para prestar su ayuda y apoyo moral a Jennifer, aunque, en realidad, era como si no estuviera. Miraba su móvil, sentado en el banco, como de costumbre.

Jennifer se había percatado de que la actitud de Carlos mejoraba con la misma facilidad con la que empeoraba. Algunos días, se mostraba participativo con ella y con los niños. En cambio, otros días se apartaba y se atrincheraba en su complejo mundo interior, para entretenerse con juegos de su móvil. Ella no quería ser demasiado dura con él, porque entendía por lo que tenía que estar pasando.

Tom seguía nadando con una dificultad que iba en aumento. Los demás niños mejoraban con el tiempo; él parecía que empeoraba. Tenía una tabla azul en la que apoyarse, pues ya no tenía edad de nadar con manguitos. Hundía la tabla

con los brazos, en el desesperado intento de subir la cabeza, ya que le daba pánico ahogarse.

—Tengo que hablar una cosa con tu padre —le dijo Jennifer a Carlos—. Échale un ojo a Tom.

Pero él no contestó, ni levantó la cabeza del móvil.

—¡Carlos! Deja eso ya.

—¿Qué pasa? —preguntó alterado, volviendo a la realidad.

—¿Me has oído? Vigila a Tom.

—Sí, sí. Te he oído.

Guardó el móvil en el bolsillo y miró a Tom. Cuando Jennifer vio que ya estaba haciendo el trabajo que le tocaba, se fue. Nada más ver a su compañera desaparecer al subir las escaleras de las gradas, volvió a sacar el móvil y siguió jugando a algo que se había convertido en su principal obsesión en los últimos meses: “AVIONES CONTRA MONTAÑAS”, un juego que consistía en pilotar un avión e intentar que este no se estrellase contra las escarpadas laderas de las cumbres. Los gráficos y la factura del juego no podían ser peores, pero eso y las pastillas para la ansiedad eran lo único que lo sacaba de su constante estado de agonía.

Aquel día se había despertado con mal pie. Había tenido pesadillas a lo largo de toda la noche. Soñó una vez más con el hombre-pepe. Pero era solamente eso, un sueño. Pesadillas sin importancia. “Mucha gente padece insomnio y tiene pesadillas”, se repetía a sí mismo para tranquilizarse cada vez que se despertaba sudoroso en la cama. La cuestión es que no durmió nada en toda la noche y fue a trabajar de mal humor. La verdad es que incluso los días que dormía mejor, también iba a trabajar de mal humor.

De repente, Tom empezó a respirar cada vez con más dificultad. Sus brazos le fallaron, dejó de tener fuerza para apoyarse en la tabla y no pudo evitar hundir la cabeza. Estaba teniendo un ataque asmático. Intentó agarrarse de la corchera, pero no pudo. Soltó la tabla y empezó a patallar y a golpear el agua con las manos. Dio un grito de auxilio y, finalmente, se hundió por completo.

Carlos levantó inmediatamente la cabeza de su jueguito del móvil.

—¡Mierda!

Tiró el teléfono al suelo y salió corriendo. Se tiró de cabeza al agua, con la ropa puesta, y empezó a nadar lo más rápido que pudo.

Todavía desde la distancia, con los ojos bien abiertos debajo del agua, Carlos vio a un ser familiar al lado de Tom, medio hombre y medio pepe. ¿Estaba soñando? ¿Era eso parte de una de sus pesadillas? Desde luego, la sensación

del agua en su cuerpo y el miedo que sentía eran muy reales, así que siguió nadando.

Tom estaba inconsciente. Había tragado demasiada agua y se había desmayado. “La Bestia” se dirigió a Tom y le dijo al oído:

—Aguanta... Ya llega.

El nadador miró de frente al monstruo. Le aterrorizó ver que tenía su propio rostro. Fue como mirarse a sí mismo en el espejo, solo que era algo diferente, pues carecía de pelo, tenía branquias, escamas azules, una piel gris pálida y unos terroríficos ojos negros. Carlos observó a su otro yo con pavor. No pudo evitar quedarse mirando al híbrido, olvidándose por completo de que Tom estaba a su lado, inconsciente.

—No pierdas la fe en el agua —le dijo “La Bestia”—. ¿Ya no te acuerdas del día que volviste a nacer? Fue igual que Tom —señaló al niño, y Carlos volvió a la realidad y recordó por qué estaba ahí, en medio de la piscina, nadando con ropa—, ahogado, con los pulmones encharcados. Aquel día, Carlos dejó de ser Carlos.

El nadador cogió a Tom con mucha prisa. Empezó a nadar hacia el bordillo de la piscina, pero antes miró hacia atrás una vez más y vio que el hombre-peza ya no estaba allí.

Sacó rápidamente a Tom del agua. No había gente para auxiliarlo, así que estaba completamente solo ante un niño que se estaba muriendo. Se puso de rodillas y le empezó a hacer el boca a boca. Presionó con fuerza su pecho.

Por suerte, Jennifer llegó corriendo, al borde de un ataque de pánico.

—¿Qué ha pasado? —preguntó histérica—. Te dije que lo vigilaras...

Ella también se puso de rodillas.

—Sopla tú —le dijo a su compañera con determinación.

Carlos presionó su pecho repetidas veces.

—Uno, dos, tres —dijo apretando con fuerza el pecho del niño—. Ya.

Jennifer le sopló a Tom en la boca.

—Uno, dos, tres. Ya.

Jennifer sopló una vez más. Carlos volvió a presionar el pecho. Jennifer tenía lágrimas en los ojos.

—Uno, dos, tres. Ya.

La monitora volvió a soplar.

—Uno, dos, tres. Ya.

Esta vez fue Carlos el que le sopló al niño en la boca, pues Jennifer se desplomó en el suelo, llorando.

Tom se atragantó y soltó por la boca el agua que tenía en los pulmones. Jennifer fue a abrazarlo.

—Ya pasó, ya pasó —le dijo al niño, que sollozaba sin parar.

Tom empezó a llorar y Carlos se dejó caer en el suelo, como anteriormente lo hizo su compañera. Miró a Tom con cara de pánico y luego dirigió su mirada hacia la piscina, buscando a la misteriosa figura con su propio rostro que acababa de ver en el agua, pero se había esfumado.

¿Se lo había imaginado? ¿Se estaba volviendo loco? Volvió a mirar a Tom y luego se tomó su propio pulso en el cuello. El corazón le latía más fuerte y rápido que nunca, a punto de estallar.

Carlos no pudo dormir aquella noche. Había sido un día largo y duro. Después de reanimar a Tom, lo habían llevado al hospital, donde le hicieron un gran número de pruebas. También tuvieron que lidiar con los padres del niño, que lloraban sin parar.

Carlos esperaba llevarse la mayor reprimenda de su vida, pero lo único que recibió fue un abrazo de los padres de Tom, que le dijeron entre lágrimas: “Gracias por salvar a nuestro pequeño”.

Antonio también estuvo en el hospital, y cuando se encontró de frente con su hijo fue muy incómodo. Ambos actuaron como si no se conocieran.

Por fin, estaba tumbado en su cama, mirando el techo. Deseaba desesperadamente sumergirse de nuevo en una de sus pesadillas y preguntarle al hombre-pep como diablos había salido de su mente, pero en esta ocasión no pudo.

Siguió mirando el techo, como si fuera a encontrar en él algún tipo de respuesta. Tenía la esperanza de conciliar el sueño, pero cuanto más se obsesionaba con poder dormirse, menos lo conseguía.

Durante la semana siguiente, Carlos no vio a Tom por el club de natación. Tuvo que esperar al siguiente lunes para volver a verlo por allí. Le sorprendió su cambio de actitud: parecía más fuerte y energético y se presentó allí diez minutos antes de que empezara la clase.

Tom se dirigió a Carlos y le dio un abrazo. Sorprendido por el gesto del niño, tardó unos segundos en reaccionar, pero le devolvió el abrazo.

—Ya les he contado a todos mis amigos lo que hiciste —dijo Tom eufórico.

—Ah, ¿sí? —dijo sonando un poco forzado al intentar contestarle con simpatía, pues no se le daban demasiado bien los niños—. ¿Y les dijiste que eres un campeón?

Tom se rio al oír el cumplido.

—¿Cómo estás? —le preguntó Carlos.

—Muy bien, no me he tenido que poner el inhalador en toda la semana.

—¡Eso es estupendo! —dijo empezando a sonar un poco más natural—. ¿Quieres nadar un poco?

—Sí —contestó Tom, con tanta energía como para parar un tren.

—Tom —dijo Carlos, algo dubitativo—, ¿viste algo extraño debajo del agua el otro día? ¿Viste a alguien, además de a mí?

Tom no sabía qué contestar a eso.

—Mmmm... No.

Carlos lo miró durante unos instantes, pensativo, y luego le sonrió. Jennifer llegó en ese momento y los miró a ambos. Sonrió al verlos.

—¿Quieres aprender a nadar a mariposa? —preguntó con las mismas ganas que Tom.

—¡Sí! —contestó el niño.

Algo había cambiado el día que Tom estuvo a punto de ahogarse. Hubiera pasado de verdad o no lo que vio allí, tanto si el hombre-pep era real como si no lo era, Carlos se sintió simplemente agradecido de estar vivo y de ver que Tom también lo estaba, dando patadas en el agua con más fuerza que nunca.

Aquella tarde, Carlos fue a una tienda de juguetes y se dirigió al área de colchonetas y flotadores. Los había de todas las formas y tamaños. También de todos los colores. Con forma de cocodrilo, de delfín, de barco... Cogió en sus brazos todos los que pudo cargar.

A la mañana siguiente, se retrasó por primera vez en su vida. Jennifer miraba el reloj. Su compañero llegaba quince minutos tarde. De pronto, lo vio entrar en la piscina, cargado de tantas colchonetas en sus brazos que era incapaz de ver por dónde caminaba. Se tropezó con el banco donde solía jugar sus partidas interminables de “AVIONES CONTRA MONTAÑAS”.

—¡Ah! —gritó de dolor.

Jennifer se acercó para ayudarlo.

—Deja que te ayude —le dijo amablemente.

—Gracias —suspiró Carlos de cansancio.

Dejó caer al suelo la mayor parte de las colchonetas.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Jennifer con curiosidad.

Carlos parecía más enérgico y positivo que nunca. No podía parar de sonreír. Aunque a Jennifer le gustaba esta nueva actitud, le costaba acostumbrarse al cambio. Era como si tuviera a un nuevo compañero.

—A partir de ahora, los viernes van a pasar a llamarse “los días de los

juegos”.

Jennifer se quedó sin habla.

—Si a ti te parece bien, claro —añadió Carlos.

Tardó unos segundos en responder, pero finalmente dijo:

—Sí, claro. Me parece estupendo —contestó Jennifer pasmada.

—Genial. Pues si me ayudas a llevar todo esto a la piscina...

Carlos se agachó para recoger las colchonetas. Jennifer lo seguía mirando, con desconfianza, con miedo de que todo fuera una cámara oculta o una broma de mal gusto.

Jennifer y Carlos jugaban con los niños al waterpolo en el agua, con una pelota hinchable. Cada uno estaba en un equipo diferente. Julia observaba el partido y sonreía desde la grada al ver el cambio de actitud tan grande que había experimentado su hijo. De hecho, había sido él el que le insistió para que fuera al club y luego la había invitado a ir a almorzar.

Antonio entró en el club. Vio a Julia y se detuvo al pie de las gradas, estupefacto. Hacía dos años que no se veían y la última vez que lo hicieron no se dijeron palabras demasiado amables el uno al otro, precisamente. El director del club puso cara de mal humor y siguió su camino hacia su despacho.

Carlos parecía más divertido que nunca y estaba muy metido en el partido, al igual que Jennifer. Tom metió un gol y Carlos le chocó la mano.

Al salir del club al mediodía, el español cumplió su palabra y llevó a su madre a almorzar, a uno de los restaurantes cubanos más exquisitos que se podían encontrar en Miami. Caminaban por la calle, dando un paseo.

—Me ha encantado verte hoy con los niños —le dijo Julia—. Ya eres un hombre. Me he perdido dos años muy importantes de tu vida.

—Ya, bueno. Prefiero no hablar del tema —respondió Carlos, intentando desviar la conversación.

—Pero yo sí quiero hablar de ello. Hay un momento en la vida de todo padre en el que ve que sus hijos están en problemas. Nosotros no podemos solucionar estos problemas por nuestros hijos, pero sí podemos estar a su lado, apoyándolos y guiándolos. Debemos hacerlo. Yo no lo he hecho y me voy a arrepentir de ello hasta el último día de mi vida. ¿Me perdonas?

—Claro que te perdono —le respondió él.

Carlos le dio un cariñoso abrazo a su madre.

• • • •

Antonio miraba con rencor la pared de su despacho, llena de recortes de periódicos sobre su hijo, que estaban colgados en marcos o pegados a la pared con cinta adhesiva o chinchetas.

Les echó un vistazo a los titulares que hablaban de su hijo y a las fotos en las que este levantaba sus trofeos. Antonio sintió un profundo dolor al recordar esos momentos de éxito, en los que parecía que nadie podía derrotarlos. Eran invencibles y todo el mundo se postraba ante la excelencia de Carlos.

“La nueva promesa del deporte”, rezaba uno de los titulares. “El español que triunfa en Estados Unidos”, decía otro de ellos, o “El relevo de su padre, un nadador que nunca estuvo al nivel de su talento”.

Antonio le dio un puñetazo a uno de los marcos y rompió el cristal, que cayó al suelo hecho pedazos. Se miró la mano ensangrentada y empezó a descolgar todos los recortes de la pared, uno a uno, y los guardó en el cajón de su mesa. Después cerró el cajón con llave.

## 4. El plan perfecto

Parecía que la vida le daba un respiro a Carlos. La relación con su madre mejoraba por momentos; la complicidad que había entre Jennifer y él les permitía disfrutar de las clases con los niños; y, por primera vez en su vida, sentía que no estaba en una carrera contrarreloj para conseguir sus objetivos antes que sus rivales. Lo único que fallaba en este nuevo comienzo era la difícil relación con su padre, ya que no se dirigían la palabra el uno al otro.

Carlos estaba dentro de la piscina con Jennifer y tres niños pequeños, de siete, ocho y nueve años. Mientras le enseñaba a uno de los niños la forma adecuada de ejecutar una brazada nadando a crol, Jennifer se encargaba de los más pequeños del grupo.

—No hundas el culo ni las piernas —dijo Carlos, mientras observaba los movimientos del joven aspirante a nadador—. Eso es, perfecto.

Mientras daban la clase, un chico afroamericano de veinticuatro años, vestido de una forma muy elegante, con traje y corbata, se acercó y se apoyó en la valla que separaba las gradas de la piscina, al tiempo que observaba la clase. Tenía un aspecto agradable, risueño, con un punto pícaro en la mirada. Era Steve, el mejor amigo de Carlos desde la infancia.

—Tenías razón sobre España y sobre las españolas —le dijo a Carlos alzando la voz para que pudiera oírlo.

El nadador giró la cabeza. Ni siquiera le hubiera hecho falta mirarlo, pues habría reconocido la voz de su amigo a cinco kilómetros de distancia. Mostró una amplia sonrisa al verlo.

—Jennifer, ¿te importa vigilar a George un segundo? —le preguntó Carlos, con prisa.

—Para nada —dijo ella.

—¡Steve! —exclamó con un entusiasmo que hacía tiempo que no experimentaba.

Carlos salió de la piscina y se dirigió a las gradas lo más rápido que pudo. Se acercó a su viejo amigo, al que no veía desde hacía ya más de un año, y le dio un abrazo, dejándolo completamente mojado.

—¡Oye, oye, que me mojas, tío! —dijo Steve apartándose de su amigo, al ver cómo su traje se había quedado empapado.

—Perdona —dijo el español.

Sin embargo, Steve no pudo evitar sonreír inmediatamente y le devolvió el abrazo a su viejo amigo.

—Ven aquí —le dijo rodeándolo con los brazos enérgicamente.

Después de la clase de natación, ambos se dirigieron a la cafetería del club, como en los viejos tiempos, cuando Carlos salía de los entrenamientos y se tomaba algo con Steve (Antonio solo le permitía que bebiera un vaso de agua del tiempo). Solían hablar de chicas, de deportes y del futuro. El futuro ya había llegado y parecía haber tratado mucho mejor a Steve que a Carlos.

Steve tomó un café y Carlos estaba bebiendo un delicioso batido de chocolate.

—Creía que eras alérgico al chocolate —le dijo Steve, mirándolo con curiosidad, como si quisiera detectar rápidamente todos los cambios que veía en su amigo.

—Eso se lo inventó mi padre para que no lo tomara —respondió Carlos a modo de broma, pero, en el fondo, hablaba muy en serio—. Un día estaba enfadado con él y decidí comerme una tableta de chocolate entera yo solo en menos de un minuto. ¿Sabes qué me pasó? —Steve parecía expectante ante esta pregunta—. Nada.

El mejor amigo de Carlos empezó a reírse como solamente él sabía hacerlo, con una carcajada contagiosa y sonora. Esa era una de las cosas que más había echado de menos de Steve, su capacidad para hacerlo reír incluso en los momentos más complicados.

—¿Y tú qué? —preguntó Carlos—. Ya eres un respetable graduado en Dirección y Creación de Empresas, por lo que veo...

—Bueno —repuso Steve, ajustándose la corbata con chulería—, tú sabes que yo siempre fui un hombre de negocios.

Carlos soltó una carcajada similar a las que emitía su amigo.

—Quién lo hubiera dicho... El mafioso del instituto convertido en un hombre decente.

—¡Oye! —se quejó Steve—. Siempre fui decente. Un mafioso decente...

Ahora se rieron los dos al mismo tiempo, al unísono, como si se tratara de una coreografía de natación sincronizada.

—Pero creo que nos estamos olvidando de lo más importante —se puso serio Steve, pero sin abandonar el tono de broma—. ¿Quién es esa rubia que tienes de compañera?

—Como tú mismo has dicho, es una compañera —contestó Carlos, pero él sí pareció ponerse serio de verdad.

—¿Qué quieres decir? ¿Que todavía no te has acostado con ella?

—Por supuesto que no —se puso muy tenso de repente, pues no soportaba hablar de este tipo de asuntos, ni siquiera con su mejor amigo.

—¿Y lo piensas hacer? —continuó indagando Steve—. Lo digo porque si no lo haces tú, a lo mejor lo hago yo. A las mujeres les encantan los hombres con traje y corbata.

Carlos señaló a Steve con el dedo. Lo conocía perfectamente y sabía que en ocasiones tenía que marcar bien el territorio, porque Steve era uno de esos machos alfa que no dejaban títere con cabeza.

—No quiero verte a menos de tres metros de ella —le advirtió Carlos.

—Si no quieres que me acerque a ella, invítala a salir de una vez. Tienes tres días. Si no lo haces, lo hago yo. Te lo prometo.

Ambos amigos ya habían lanzado sendas advertencias. Nunca había habido rivalidad entre ellos, en ningún aspecto, pues eran como hermanos. Muestra de ello fue que mantuvieron un intenso duelo de miradas, ambos intentando no pestañear (casi tan intenso como los que Carlos solía mantener con Matt), y al cabo de diez segundos los dos estallaron de la risa.

—Te he echado de menos —dijo Steve, todavía riéndose.

—Yo también te he echado de menos —añadió Carlos con afecto.

Una vez recuperado el aliento, Steve le dijo:

—Quiero proponerte un proyecto —le anunció sonriendo y aflojándose la corbata—. Algo que nos va a cambiar la vida.

—Ya estabas tardando. Dispara.

—Quiero empezar una empresa —dijo Steve—. Se va a llamar AquaSteve.

—Me gusta el nombre —dijo Carlos muy serio. Realmente, le pareció un nombre muy original.

—Gracias, tío. Se me ha ocurrido a mí solo —repuso Steve orgulloso—. Es una marca de material deportivo. Empezaremos solo con material acuático: bañadores, neoprenos, gafas de natación, gorros, botellas de buceo, material de submarinismo...

—¿Empezaremos? —preguntó Carlos extrañado.

—Tú vas a ser la imagen de la marca, el embajador. En España oí hablar de la natación de larga distancia, de nadadores como Thomas Lurz, David Meca, Héctor Ruiz, Miquel Suñer o Spyros Gianniotis. —El entusiasmo de Steve aumentaba por momentos.

—Sí, sé quiénes son. De pequeño quería nadar en el mar, pero mi padre no me dejaba.

—Pues estos tíos se dedican a realizar retos de hasta cien kilómetros en mar abierto. Han acabado algunos de ellos con picaduras de medusas, síntomas de congelación, lesiones... ¡Incluso han nadado entre tiburones! —dijo Steve, con los ojos bien abiertos y una amplia sonrisa todavía en su rostro—. Son leyendas. Y cuando lo oí, pensé: “Esto lo puede hacer Carlos”. Por medio de diferentes retos, daríamos a conocer la marca AquaSteve. Tengo los medios para llevarlo a cabo.

Carlos se puso muy serio de repente.

—No sé, Steve —dijo negando con la cabeza.

—Siempre me dijiste que soñabas con nadar en el mar. Puedes cumplir tu sueño y yo el mío. Podemos empezar...

—¡Escúchame! —dijo Carlos interrumpiéndolo, intentado no sonar demasiado brusco—. Lo he dejado. No quiero volver a nadar. Lo siento.

—Es una pena oír eso —comentó Steve, ya sin sonreír.

—Te lo agradezco mucho, de todas formas.

Carlos se dio cuenta de que el entusiasmo con el que su amigo había empezado a hablarle del proyecto había desaparecido. Ahora estaba un poco desanimado, aunque intentaba ocultarlo.

—Como quieras —dijo volviéndose a poner la corbata en su sitio y abrochándose el botón de la chaqueta—. Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde estoy. No me iré a ninguna parte.

Steve, de nuevo con la sonrisa en sus labios, se levantó de la mesa y le chocó la mano a su amigo, que seguía sentado. Carlos lo miró, pensativo, y le dijo:

—No me has preguntado por qué lo hice.

—Me alegro de verte, Carlos.

Esa fue la única respuesta que recibió por parte de Steve. Probablemente, la más adecuada para ese momento.

—Yo también —le dijo a su amigo.

Steve salió de la cafetería y Carlos permaneció allí, acabándose el batido de chocolate.

• • • •

Carlos estaba en los vestuarios del club. Eran las diez de la noche. Se metió en la ducha y se quedó allí un rato, sintiendo cómo el agua caliente le caía por el cuello y el resto del cuerpo.

Prefería darse las duchas a esas horas de la noche en el club de natación porque sabía que en cuanto llegara a su casa no podría evitar tumbarse en el sofá y quedarse dormido. Había abandonado por completo el orden y la disciplina de la vida de un deportista de élite. Ahora se trataba más bien de la disciplina del libre albedrío. Además, a las diez de la noche ya no estaba su padre para bajar a los vestuarios y echarle la bronca por gastar agua.

Se secó y se enrolló la toalla alrededor de la cintura. Se quedó allí un rato, sentado, sumido en sus pensamientos. El vapor del vestuario lo atontaba y lo adormilaba. Sintió la necesidad de ponerse en marcha, para no caer rendido en un profundo sueño.

Salió de los vestuarios y vio que ya no quedaba nadie. No obstante, pudo oír una música que procedía de la piscina. Se dirigió hacia allí y vio lo más parecido que había visto nunca a un ángel bailando dentro del agua. Era Jennifer, que llevaba a cabo el final de una coreografía de natación sincronizada. Daba la impresión de que se necesitaban muchas horas de entrenamiento, además de mucho esfuerzo, para realizar esos movimientos en el agua.

Carlos fue hasta la primera fila de las gradas, cerca de la piscina, y se sentó allí, mientras observaba cómo su compañera ejecutaba difíciles acrobacias artísticas. Él mismo se había pasado la mayor parte de su vida metido dentro de una piscina, pero en la competición en la que él participaba se trabajaban el desarrollo de los músculos y la velocidad del nadador, en distancias relativamente cortas. No se imaginaba lo difícil que era renunciar a esa brutalidad de la que él hacía uso dentro del agua para deslizarse con la suavidad y la determinación con las que Jennifer llevaba a cabo aquel baile acuático.

Acabó la coreografía, la música dejó de sonar y Jennifer se dirigió al bordillo de la piscina para coger su botella de agua. Respiraba profundamente para que sus pulsaciones recuperaran el ritmo habitual.

Carlos aplaudió y Jennifer lo miró, percatándose de que alguien la había

estado observando.

—Pensaba que estaba sola —le dijo al espectador.

Carlos se levantó y se acercó a la valla. Se apoyó en ella.

—¿Para qué entrenas?

—Para nada, es una vieja coreografía —dijo ella—. Solo lo hago por placer.

—¿No es un poco tarde para entrenar? —preguntó Carlos.

—Un poco, pero es la mejor hora.

Carlos dudó antes de hacer la pregunta que llevaba ensayando casi tres días:

—¿Haces algo esta noche?

—No, ¿por? —preguntó Jennifer extrañada.

—Bueno —dijo él, intentando quitarle importancia—, porque pensaba ir a tomar algo. Es viernes y no me apetece irme ya a casa. ¿Quieres venir?

—Si te digo que no, ¿me vas a gritar hasta que diga que sí? —repuso su compañera en un tono sarcástico.

Ese comentario pareció calar en Carlos. Sabía que lo decía de broma, pero no le hizo demasiada gracia de todas formas.

—Si no quieres, lo entiendo —dijo aceptando su fracaso.

Empezó a subir las escaleras, pero se detuvo cuando ella le habló:

—Sí quiero —dijo Jennifer—. Era solo una broma. Espérame aquí, voy a ducharme.

—Vale —dijo, intentando aparentar que esa era la respuesta que esperaba oír.

Cuando Jennifer se duchó y se puso el chándal, ambos se dirigieron a algún lugar donde poder cenar. Ella conducía su propio coche y hubo un silencio incómodo de unos cinco minutos de duración, que Jennifer se decidió a romper:

—Si hubiera sabido que me ibas a llevar a algún sitio, me hubiera traído algo más arreglado.

—Estás bien así —dijo Carlos mirándola.

—¿Dónde tienes pensado ir?

—Es una sorpresa. ¿Tienes hambre? —preguntó Carlos.

—Sí, no como nada desde hace horas —contestó ella.

—Bien, coge a la derecha.

Jennifer tomó el siguiente desvío.

• • • •

El hombre-pezu miraba a su alrededor, desafiante y sumido en una profunda tensión. Estaba rodeado de tiburones, que lo miraban con cara de no haber comido en mucho tiempo. Se encontraban al acecho del más mínimo movimiento o error por parte de “La Bestia” para poder atacar.

Cinco tiburones blancos contra uno. ¿Quién ganaría? ¿Tenía “La Bestia” algún recurso guardado bajo la manga o sencillamente era su final? La versión híbrida de Carlos sacó los dientes para conseguir intimidar a sus oponentes, sin demasiado éxito. A pesar de que sus dientes eran pequeños, comparados con los de sus rivales, no dejaban de estar bien afilados, eran finos y estaban separados los unos de los otros, como si fueran pequeñas cuchillas diseñadas para herir a sus presas.

**LA BESTIA:** ¿Qué tiene que hacer un hombre para llevarse a la chica? ¿Luchar contra tiburones o invitarla a cenar? Todavía no lo tengo claro. El mundo real es una distorsión de todo lo que sé y de todo lo que siento. El único consuelo es que, pase lo que pase, siempre me quedarán las escamas.

Uno de los tiburones, el que parecía el cabecilla, se lanzó hacia el hombre-pezu con intención de atacarlo. “La Bestia” lo esquivó y los demás imitaron al líder del grupo.

• • • •

Se dirigieron al muelle del South Pointe Park, el lugar de pensar de Carlos. Cuando llegaron, Jennifer se sentó en uno de los bancos del muelle, mientras él fue a buscar la comida. Durante el tiempo que estuvo esperando a que su compañero llegara, Jennifer pudo oír el sonido del mar y de las olas. Sintió que había algo que atrapaba su atención y sus sentimientos en aquel momento, aunque no hubiera sabido decir de qué se trataba.

Carlos llegó con la cena: una bolsa llena de hamburguesas y batidos de chocolate. La puso encima del banco y se sentó a comer su hamburguesa. Ella sonrió.

—¿Así que esta es tu idea para un viernes por la noche? —preguntó Jennifer.

—Siempre ha sido mi plan perfecto —dijo Carlos con la boca medio llena—. Lo que pasa es que es la primera vez que lo pongo en práctica. Come, se te va a enfriar.

Jennifer lo miraba con la habitual curiosidad que le generaba su compañero. Cogió una de las hamburguesas, la desenvolvió y le dio un mordisco. Carlos le dio otra mordida a la suya.

—Mmmmm... Hacía cuatro años que no comía una hamburguesa —dijo Carlos, que parecía que estaba en el cielo en ese momento.

—¿En serio? Tampoco pasa nada por comerse una de vez en cuando...

—Ya... La próxima vez que veas a mi padre, se lo dices, por favor —dijo él con un tono lleno de resentimiento contenido.

—¿De qué era esa hamburguesa que te comiste hace cuatro años? —preguntó Jennifer.

—De carne, beicon, huevo, mayonesa, ketchup y muchísimo queso. Fue un sábado, 14 de junio.

Jennifer se rio.

—¿Te acuerdas de la fecha?

—Esa hamburguesa no se olvida fácilmente —continuó Carlos, con una intensidad propia de alguien que habla de política—. Todos los días después de entrenar, mi cerebro no podía parar de pensar en esa hamburguesa. El lado bueno de estar sancionado cuatro años es que ya no tengo que fantasear con comer hamburguesas o batidos de chocolate. Ahora como lo que yo quiero.

—Me encantan los batidos de chocolate —dijo Jennifer, gesticulando mucho

con la mirada y abriendo bien los ojos.

Carlos sacó un batido de chocolate de la bolsa y se lo dio a su acompañante. Ambos se miraron y se rieron. Ella no dudó ni un segundo en coger el batido y darle un trago. Estaba frío, como a ella le gustaba.

—¿Tienes familia? —quiso saber Carlos.

—Sí, viven en Los Ángeles. Yo soy de allí, pero me mudé aquí hace un año. Necesitaba empezar de cero...

—¿Por qué lo necesitabas?

Hubo un breve silencio. Jennifer lo miró fijamente y esquivó su pregunta con habilidad:

—¿Y por qué no?

Ambos siguieron comiendo.

—¿Tienes novio? —le preguntó Carlos, como quien pregunta la hora.

Jennifer se atragantó al oír esa pregunta y empezó a toser.

—¿Qué? —intentó articular Jennifer lo mejor que pudo.

—Que si tienes novio...

—Te he entendido —dijo sorprendida—, pero no pensaba que fueras a preguntarlo tan directo.

—Ya, bueno... ¿Pero tienes o no?

—No, no tengo novio —respondió Jennifer con paciencia, como si le hablara a un niño—. ¿Tú tienes novia?

—No.

—¿Qué pasa?, ¿que tu padre tampoco te dejaba tener novia? —preguntó ella en un tono pícaro, intentando buscarle las cosquillas.

Y se las encontró:

—“Las novias son distracciones innecesarias —dijo Carlos imitando la voz de su padre—. Cuando menos te lo esperes, te partirán el corazón y no conozco a ningún nadador que pueda estar al cien por cien de sus facultades con el corazón roto”. Eso era lo que solía decirme mi padre sobre las mujeres.

Hubo un silencio, pero esta vez no fue incómodo, sino más bien como una especie de tiempo muerto que ambos se tomaron para comer y asimilar la información que estaban obteniendo el uno del otro. Una vez más, fue Jennifer la encargada de romper el silencio:

—¿Por qué lo hiciste?

Ahora fue él quien se atragantó y empezó a toser. Ella se rio.

—¿Y soy yo al que le gustan las preguntas directas? —dijo Carlos en tono de

queja.

—En serio, quiero saberlo.

Jennifer seguía riéndose, y con esos labios carnosos y ese pelo rubio y esos ojos azules y esa sonrisa de musa idílica, era imposible que Carlos se negara a contestar a su pregunta, pero se tomó su tiempo para articular la primera frase: —¿Sabes lo que se siente al convertirte de un día para otro en una decepción? —empezó a decir—. Una decepción para mi padre, para mi madre, para mis amigos, para mí mismo... Ningún niño debería llevar sobre sus espaldas la presión de solucionar las deudas económicas de su familia —dijo con la mirada perdida, rebuscando en esos dolorosos recuerdos del pasado—. No sé si lo sabes, pero hasta los diez años vivía con mi familia en España, en Tenerife, pero nos mudamos aquí para que yo fuera un campeón y para que mi padre pudiera dirigir el club de natación. Yo nunca quise venir, me gustaba aquello. ¿Qué pasa?, ¿que no se puede ser un campeón en España? Pues esa era la opinión de mi padre. Otra de sus brillantes ideas. Así que nos mudamos y seguí compitiendo aquí en Miami, y lo cierto es que hasta los quince años era invencible. Nadie podía conmigo. No quiero sonar engreído, pero es la verdad. Era bueno porque era más alto, más fuerte y más rápido que los demás. Desarrollé mi cuerpo por lo menos dos años antes que el resto. Y cuando eres más rápido, más fuerte y te mueves mejor en el agua que todos, también eres más arrogante. Llegó un momento en el que pensaba que no tenía límites y, sinceramente, me aburría ganar. Todo cambió cuando mis principales rivales me empezaron a sacar una cabeza de altura. Ya no era el más rápido ni el más alto ni el más fuerte. Era uno más, simplemente. Y cuando llevas desde los nueve años ganándolo todo, no te conformas con ser uno más de la noche a la mañana. La situación familiar empezó a empeorar, mis padres se separaron, los patrocinadores nos avisaron de que si no llegaban los resultados nos quitarían los contratos y, con todo eso, llegaron más y más deudas. Sé que le doy asco a mucha gente por haberme dopado. Me llaman tramposo y tienen toda la razón. Estuvo mal lo que hice, pero volvería a hacerlo cien veces más con tal de que todo volviera a ser como antes y de ver a mi familia unida una vez más.

La mirada de Carlos se mostraba sombría cuando terminó de contar su historia. Jennifer tardó unos segundos en reaccionar.

—No sé qué decir —dijo ella, que no sabía muy bien si se arrepentía de haber formulado aquella pregunta.

—No hace falta que digas nada, porque lo dejo.

—¿El qué dejas?

—La natación.

—¡No puedes dejarlo! —dijo mirándolo de frente, con la firme intención de hacerlo entrar en razón—. Tienes veintiún años. En cuatro años tendrás veinticinco y ya podrás volver a competir. Tampoco es tan dramático.

—La decisión está tomada, pero te agradezco el interés —contestó Carlos.

—Vale, te entiendo perfectamente —dijo Jennifer en su segundo intento de convencerlo—. Todo por lo que has pasado, por qué tomaste esas decisiones, lo entiendo. Pero sigues teniendo una segunda oportunidad. Yo mataría por una segunda oportunidad y no la tengo. Tú ibas a ganar medallas olímpicas y todavía no has podido, pero yo también iba a ser una campeona de natación sincronizada y mira...

Jennifer se levantó la manga de su sudadera y le enseñó una cicatriz que ocupaba todo su antebrazo.

—¿Qué te pasó? —preguntó Carlos.

—Estaba con la selección de natación sincronizada en una competición en París, a punto de clasificarnos para el campeonato del mundo. —Ahora era el turno de Jennifer de sincerarse, y no le estaba resultando fácil—. El día antes de la prueba, algunas de nosotras nos escapamos a tomar algo a un bar que estaba cerca del hotel. La idea era ver qué tal estaba el ambiente y volver temprano, pero allí conocí al chico más guapo que había visto en mi vida. ¿Y sabes qué hice? Me subí con él en su moto. No conducía rápido y cuando me estaba enseñando la ciudad, una camioneta se saltó un stop en un cruce. Un mes ingresada. Me rompí el brazo y dos costillas. Me tuvieron que operar. Ese fue el final de mi carrera deportiva... Tenía dieciséis años y era una estúpida. Y con lo grave que fue el accidente, tuve suerte de salir con vida.

—¿Qué le pasó a tu novio? —preguntó Carlos, intentando digerir la historia que le acababa de contar su acompañante.

—¡No era mi novio!

—Ya, bueno... Al chico guapo...

Jennifer miró al horizonte durante escasos segundos antes de contestar:

—Él se partió bastantes más huesos que yo, pero está bien. —Hizo una pausa y Carlos la miró, pero ella siguió inmediatamente con su historia—. Creo que ahora está casado. La pesada de su madre envía una postal todas las Navidades.

—Lo siento —dijo Carlos con tristeza.

—¿Que me manden postales? —preguntó Jennifer, con la intención de quitarle

hierro a la conversación.

—No —dijo el deportista—. Lo que te pasó.

—No lo sientas. Solo te digo que yo daría lo que fuera por poder intentarlo de nuevo.

Ambos permanecieron mirando el océano. Las luces de las farolas dibujaban figuras en la superficie del mar, mientras ellos se acababan la cena.

• • • •

Antonio estaba leyendo algunos de los papeles que tenía amontonados en su escritorio. Eran cuentas y facturas pendientes del club de natación. Se estrujaba el cerebro durante muchas horas todos los días para intentar averiguar cómo iba a solucionar las deudas que había contraído con el banco. Tenía las gafas puestas, pero se las quitó durante un momento para descansar la vista después de tanto leer. Se presionó los ojos con los dedos para aliviar el cansancio. Estaba agotado de tanto mirar el ordenador.

Desde la sanción de Carlos, en eso había consistido su vida: en idear una fórmula milagrosa para estabilizar la economía del club, además de entrenar a Matt.

Alguien llamó a la puerta y Antonio abrió los ojos. Su expresión cambió completamente y pasó de estar cansado a estar muy alerta. Era su exmujer, Julia.

—Hola, Antonio.

—Hola —contestó él en un tono seco y cortante.

—¿Cómo estás? —preguntó ella con amabilidad.

—¿Qué haces aquí, Julia?

Antonio no era de los que se andaban con rodeos. Si quería algo, lo decía. Si necesitaba saber algo, lo preguntaba. Si había algo que no le gustaba, no tenía ningún problema en expresarlo.

—Quería pasar a decirte hola —contestó ella manteniendo un tono cordial.

—No, me refiero a qué haces en Miami —dijo yendo directamente al grano, a punto de perder la paciencia—. Después de que te fueras con tu novio “el musculitos”, no pensaba que fuera a verte otra vez por aquí.

—He venido a apoyar a Carlos —contestó Julia con seguridad, sin dejarse intimidar por la actitud combativa de su exmarido—. Y ya no estoy saliendo con “el musculitos”.

—Entonces di la verdad —dijo él disfrutando del giro que estaba tomando la conversación—. No estás aquí por Carlos. Estás aquí porque ya no tienes a nadie más.

—Creo que no es justo que seas tú el que diga eso.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué? —se puso muy serio al hacer esa pregunta.

—Porque no le hablas a tu propio hijo. —El tono amable de Julia había

quedado en el olvido; ahora era la guerra, tal y como solía ser antes de que se separaran.

—Tú no has visto las noticias últimamente, ¿verdad?

—Sí las he visto —respondió su exmujer—. Por eso, precisamente, te digo que no creo que sea justo que abandones a Carlos en el momento que más nos necesita.

Antonio explotó de rabia:

—¡No digas eso! ¡Fui yo el que lo cuidó cuando tú te dedicabas a follarte a otro hombre! Tú te fuiste, yo me quedé... Fin de la historia.

El comentario de Antonio hizo dudar a Julia, pero decidió no dar un paso atrás. No estaba dispuesta a volver a ceder, como siempre había hecho en el pasado cuando discutía con su marido.

—¿Sabes? —siguió Julia—, durante mucho tiempo no supe si llevabas a Carlos al límite para que fuera el nadador que tú nunca llegaste a ser o para que nos hiciéramos ricos con su dinero. ¿Me lo aclaras?

Antonio se levantó bruscamente de su silla y se acercó a Julia, como quien se enfrenta a un enemigo, desafiante y sacando pecho. Esto no hizo que Julia se callara; todo lo contrario, siguió sacando la artillería pesada:

—Dinero que, por cierto, nunca le has devuelto. Un dinero que te gastaste en un club en el que solamente tú confiabas, el mismo club que hizo que nos tuviéramos que ir de España.

La rabia contenida de Antonio era evidente, pero habló de la forma más calmada que pudo, dada la intensidad que había adoptado la discusión.

—Vete. No te quiero volver a ver en mi despacho.

Julia miró a los ojos del hombre al que un día llegó a amar con todo su corazón. Todavía tenía muchas cosas que decirle, pero creyó que lo mejor era dejar la discusión en el punto en el que estaba, así que se fue. Antes de salir por la puerta, se giró y se dirigió por última vez a Antonio, que ya estaba sentado en la silla de su escritorio.

—Perdona a Carlos. Nos necesita a todos. El pobre lo está pasando francamente mal...

• • • •

La primera cita de Jennifer y Carlos los acabó llevando a la cama de Jennifer, en su piso. Se estaban besando. Él permanecía tumbado boca arriba y ella estaba encima de él, con las piernas a ambos lados de la cintura de este.

Él le agarró el culo de la mejor forma que supo. No sabía si Jennifer era del tipo de mujeres a la que le gustaba un hombre que tomara la iniciativa y que le agarrara el culo con seguridad y fuerza o si era de las que preferían una caricia en “el culito”. Ya que no sabía cómo hacerlo exactamente, optó por un término medio. “Ni para ti ni para mí”, pensó.

Jennifer fue la que tomó la iniciativa y el encuentro amoroso dio un giro inesperado. Ella le quitó la camiseta y le empezó a besar el pecho, luego la barriga y después le comenzó a desabrochar el pantalón. Carlos no pudo evitarlo y la detuvo.

—Para, para —dijo él recuperando el aliento.

—¿Qué pasa? —preguntó Jennifer.

Carlos se pensó muy bien la respuesta. Aquella actitud debía tener una explicación convincente. Se imaginó miles de excusas en cuestión de segundos y, al final, optó por lo peor que podía decir en aquel momento: la verdad.

—Esa es una buena pregunta —dijo Carlos para ganar tiempo.

—¿Qué te pasa?

—Tengo que contarte una cosa importante.

—Tienes novia, ¿verdad? —preguntó Jennifer, casi dándolo por sentado.

—¡No! —respondió Carlos, nervioso—. Ya te dije antes que no tenía novia.

—¿Entonces? —indagó ella impaciente.

—Te vas a reír —dijo—. Vale... Soy virgen.

—¿Qué?

—Que soy... No me hagas repetirlo, por favor —así sentenció Carlos la dura y triste verdad que intentaba afrontar.

Jennifer se tumbó en la cama y le empezó a entrar un ataque de risa.

—Sabía que te ibas a reír —se quejó él, ofendido.

Ella se incorporó cuando por fin pudo contener la carcajada.

—Es broma, ¿verdad? —le preguntó, mirando a Carlos con sus penetrantes ojos azules y conteniendo la risa.

—¿Te parece a ti que tengo cara de bromear?

—Eres virgen... ¡Qué mono! —dijo Jennifer acariciándole la cara.

Carlos le apartó la cabeza, molesto. Jennifer intentó tener cuidado con su siguiente frase, pues sabía que había herido su orgullo.

—No digo que seas mono como si fueras un niño o un peluche —dijo cariñosamente—. Creo que eres muy mono de verdad.

Carlos parecía confuso.

—¿Y eso es... bueno? —preguntó con serias dudas al respecto.

—¡Sí! —respondió Jennifer sin pensárselo dos veces—. ¿Ya no quieres hacerlo?

—¿Tú quieres? —preguntó él.

—¿Tú quieres? —repuso ella. Estaba claro quién mandaba.

Carlos la besó. Se volvieron a enroscar en la cama; pero, antes de seguir, ahora fue Jennifer la que paró.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le dijo.

—Sí.

—¿Qué has estado haciendo los últimos años?

—Nadar —dijo él.

—Ya, pero hay tiempo para todo.

—Para mí no —contestó Carlos.

Jennifer lo miró con ternura y lo besó con mucha delicadeza, como si estuviera teniendo cuidado de que no se rompiera una figura de porcelana. Aquel día por fin entendió una pequeña parte del misterio que envolvía a Carlos.

## 5. Pinchazos en el corazón

Carlos no podía dormir. Seguía en el piso de Jennifer, que estaba a su lado sumergida en un sueño muy profundo. Algo hacía que estuviera intranquilo. ¿No era eso lo que quería? ¿Acaso no estaba durmiendo al lado de una princesa de cuento? ¿No había recuperado el tiempo perdido ese día? Efectivamente, lo había hecho. Entonces, ¿qué era esa desagradable sensación que le recorría el cuerpo?

Se movió en la cama repetidas veces, intentando buscar una posición cómoda, pero no la encontró. Miró al techo, ansioso. No podía evitar revivir en su mente recuerdos que lo atormentaban.

Como el día que se fue con sus padres de España, o el penoso sentimiento de ya no ser el mejor y saber lo que eso suponía para su familia. O como el día que se metió en el baño de su casa, después de haber visitado a aquel doctor tan misterioso (que aparecía y desaparecía del mapa cuando le daba la gana), especializado en mejorar milagrosamente el rendimiento de los deportistas a los que trataba. Había cerrado con llave la puerta del baño, y eso que estaba solo en su piso de Miami. Cogió aquella jeringuilla y se inyectó aquel líquido transparente que contenía un frasquito pequeño. A la semana siguiente, con las extracciones de sangre que le había hecho aquel doctor, le inyectaron su propia sangre, solo que ya no era su sangre. Estaba mejorada de una forma artificial, para conseguir ser más rápido y más fuerte.

Echado sobre la cama de Jennifer, una lágrima cayó por la mejilla de Carlos. De repente, sintió un pinchazo en el lado izquierdo del pecho, justo donde estaba su corazón. Se llevó la mano para agarrarse el pectoral y contuvo un grito de dolor. Intentaba respirar lentamente. Mantuvo la calma y el dolor remitió.

Cuando por fin consiguió dormirse, volvió a tener aquel sueño recurrente, en el que el hombre-pez nadaba bajo el mar, respirando con facilidad a través de sus branquias. Y sonó el despertador.

Miró la hora y paró la alarma del reloj que tenía en su muñeca izquierda. Eran las cinco menos veinte de la mañana. Se levantó de la cama sin hacer ruido, cogió su bolsa de deporte y se fue del piso de su compañera de trabajo, que ya era algo más que una compañera y, posiblemente, algo más que una amiga.

El sonido de la puerta cerrándose con suavidad despertó a Jennifer, que miró

el lado de la cama de Carlos, todavía caliente, y se percató de que ya no estaba allí.

Carlos caminó por las oscuras calles de Miami. Ya no caminaba con los hombros caídos, sino que los mantuvo hacia atrás, con su cuerpo recto y dispuesto a cambiar aquello que tenía que cambiar; pero la realidad es que no sabía exactamente de qué se trataba aquel cambio que buscaba. Lo único que sabía era que tenía que ir a la piscina del club de su padre. Necesitaba nadar.

Evidentemente, fue el primero en llegar al club, después de una larga caminata en la que tuvo tiempo de pensar y de reafirmarse en lo que quería hacer con su vida y la clase de hombre en el que quería convertirse.

Abrió el candado de la valla exterior del club con sus llaves (le sorprendía que su padre no se las hubiera quitado como parte del castigo). Abrió la puerta principal y allí estaba aquel precioso rectángulo azul, todo para él solo.

Ya estaba casi preparado para zambullirse en la piscina. Solo le quedaba ponerse su primer gorro (de color negro), las gafas de natación y el segundo gorro (de color blanco) encima de los anteriores accesorios.

Se posicionó en el trampolín de salida y miró el agua mientras sonreía. Se sentía como en casa. Movié los brazos para calentar, flexionó las piernas y se impulsó para dar el salto que lo introdujo en el agua.

Ahogó en la piscina la frustración que sentía, ya que tenía muchas cosas por las que estar frustrado, mucho peso sobre sus espaldas y demasiada presión para una sola persona. Decidió dejar todos esos sentimientos negativos atrás y concentrarse únicamente en cada brazada de crol, de mariposa, de espalda y de braza.

Antonio entró en el club a las siete de la mañana. Se sorprendió al ver que no había candado y que la valla estaba abierta. Cuando llegó a la altura de la piscina, vio cómo su hijo entrenaba sin descanso. Lo observó unos instantes y sonrió. Fue una sonrisa ligera, como una especie de tregua no pactada entre padre e hijo. De alguna forma, sintió orgullo al ver que había criado a un luchador. Carlos estaba sancionado durante cuatro años por dopaje, pero era un guerrero, al fin y al cabo. Luego se dirigió a su despacho a seguir revisando cuentas y papeles y a continuar estrujándose el cerebro para descubrir cuál era la salvación de ese club que tanto esfuerzo le había costado mantener. Él también era un luchador que no se rendía fácilmente.

Carlos siguió nadando con fuerza y determinación. El agua era el lugar adecuado para no pensar, para desconectar de todo lo demás, de los problemas terrenales y de las complicadas criaturas que vivían fuera del

agua.

Otra de las cosas que lo hacían evadirse de su rutina diaria era pasar tiempo con Steve. Cuando estaba con él, las bromas que este hacía apaciguaban la furia interna del nadador y las risas apartaban todos los malos recuerdos que lo pudieran atormentar.

Steve y Carlos estaban sentados en un restaurante, uno frente al otro. Carlos comía una ensalada, arroz y pollo. Había vuelto a su dieta de siempre, pero algo más flexible que cuando entrenaba con su padre. Steve, en cambio, disfrutaba de un costillar inmenso, pero no lo suficientemente grande para el apetito con el que devoraba su plato.

—Carlos —dijo Steve con la boca llena—, deberías probar esto.

—Estoy bien, gracias.

Aun así, miró el plato de Steve con desconsuelo.

—He reconsiderado tu oferta —dijo Carlos captando la atención de Steve—.

¿Cuándo empezamos?

A Steve se le iluminó la mirada y explotó de alegría, cerrando el puño del brazo derecho.

—¡Sí! Sabía que era cuestión de tiempo que entraras en razón.

—¿Qué es lo que vamos a hacer?

—Historia —dijo Steve, transmitiendo total convicción a través de su mirada—. Vamos a hacer historia.

Carlos se rio. A veces no sabía distinguir hasta qué punto las bromas de Steve eran solamente bromas o, en su defecto, auténticas verdades.

—¿Y cómo hacemos historia?

—El concepto es simple —dijo Steve, mordiendo un pedazo de costilla—. Haremos ocho travesías de larga distancia para promocionar la marca AquaSteve, que, por cierto, también incluye una bebida energética —dijo esto último sonriendo al mismo tiempo que asentía—. Llevamos a cabo estos ocho retos; cada uno tendrá una donación económica de diferentes empresas externas para una causa benéfica.

—¿Qué empresas? —preguntó Carlos.

—Gente que quiere colaborar con nosotros —dijo, queriendo cambiar rápidamente de tema—. Tú de eso no te preocupes, que ya me encargo yo. Tú nadas, yo llevo los números, nos hacemos ricos y todos felices —dijo abriendo los brazos de par en par—. Podemos intentar superar los récords de los mejores nadadores de larga distancia del mundo. Tengo unos cuantos nombres.

Carlos meditó sobre esa última idea de Steve.

—No quiero que sea una competición. Quiero que promocionemos el deporte como una especie de viaje espiritual, con la única finalidad de reafirmarte en la persona que quieres ser —concluyó Carlos.

—¡Estupendo! Pero si en ese viaje espiritual puedes superar algún récord mundial, pues mejor.

Carlos sonrió.

—Ya he hecho todos los preparativos —siguió explicando Steve—. Vamos a empezar por la travesía de Hawái. Nadarás desde Honolulu hasta Kepuhi Beach. Sabía que cambiarías de opinión.

Steve miró a su amigo con orgullo.

—Oye, Steve, no me queda mucho dinero. ¿Cómo vamos a financiar todo esto? Después de mi sanción, nadie va a querer invertir un solo céntimo en mí.

—Despreocúpate del dinero. Tú solo haz lo que sabes, que es nadar. Yo me encargo de la parte empresarial.

—Aun así —insistió Carlos—, quiero saberlo. ¿Qué dinero vamos a usar?

Steve se pensó muy bien lo que iba a decir. Finalmente, dijo con total seguridad:

—La empresa de mi padre va viento en popa...

—¿Sí? —preguntó Carlos con una mezcla de alegría y sorpresa—. Pensaba que tenía problemas económicos.

—Pues... ya no —contestó Steve—. Se ha recuperado. Él nos va a prestar el dinero que necesitamos para empezar. A partir de ahí, seguimos tú y yo solos. ¿Cómo lo ves?

—Lo veo. Siempre que estés cómodo pidiéndole dinero a tu padre, claro.

—Por supuesto que sí —dijo Steve quitándole importancia—. Vamos a llevar tu cuerpo al límite como nunca nadie lo ha hecho antes —se removió en la mesa, pensativo—. Vamos a necesitar un barco.

• • • •

Carlos y Steve estaban mirando, de forma dubitativa y con mucho detenimiento, un pequeño bote de remos en una tienda de barcos que había en el centro de Miami. Lo primero que pensó Carlos fue que aquello era una broma. Aquel bote tenía la pintura completamente desgastada y las tablas de madera no parecían estar en muy buen estado. Dudaba seriamente que fuera seguro navegar en un barco en esas condiciones.

—Esto no es un barco, Steve, es un bote —apuntó el nadador decepcionado.

—Ya... Yo también lo veo.

Steve parecía frustrado. Para nada era lo que había esperado poder comprar.

—¿Vamos a empezar con esto? —preguntó Carlos empezando a ponerse nervioso.

—Escucha, todavía no tengo el dinero —dijo Steve bajando la voz y agarrando del brazo a Carlos, como si no quisiera que nadie más lo oyera—. Lo tendré en un mes, aproximadamente. Estas cosas llevan su tiempo. Yo pago este bote, hasta que mi padre nos haga el ingreso definitivo que nos permita empezar.

—Lo pagamos entre los dos —dijo Carlos decidido.

—Tranquilo. Recuerda: tú solo nada. Voy a buscar al dependiente.

Más tarde, todavía en la tienda, ambos se metieron dentro del bote de remos para probar lo que se sentía a bordo de su nueva embarcación.

Steve empezó a mover los remos, simulando mucho esfuerzo, como si de verdad estuvieran en el agua. Carlos lo miró desconcertado y echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba observando el extraño comportamiento de su amigo.

—¿Qué haces? —le preguntó Carlos con preocupación.

—Remar, tío —explicó Steve—. Ya queda menos para llegar a la costa.

El gesto de Carlos no cambió en absoluto. Solamente pasó de sentir preocupación a sentir un poco de vergüenza.

—¿Qué? —dijo Steve levantando la barbilla—. ¿Se te ha olvidado la imaginación en tu casa? Ayúdame. No quiero que topemos con ningún barco pirata. ¡Contra maestre Carlos!

—¿Sí, Steve? —No le quedó más remedio que seguirle un poco la corriente.

—¡Capitán Steve para ti, jovencito! —gritó el otro.

—Dígame, capitán Steve —dijo Carlos finalmente, a regañadientes.

—¿En cuánto estima que llegaremos a la Isla Maldita?

Carlos dudó, pero dijo:

—Teniendo en cuenta el oleaje...

Steve salió un segundo de su papel para hacerle una importante aclaración:

—¡Con más entusiasmo, coño!

Carlos volvió a dudar. Estaba entre la espada y la pared. Miró a Steve, que parecía que se hubiera fumado algo que no debía, aunque no fuera el caso. Steve simplemente era como era y ahora quería ir a buscar su tesoro a la Isla Maldita. Por lo tanto, Carlos tuvo que acompañarlo, porque era su mejor amigo.

—¡Teniendo en cuenta el oleaje, capitán, creo que llegaremos al ponerse el sol! —dijo Carlos con todo el entusiasmo que pudo.

—¡Así me gusta! —dijo Steve, contagiado por la energía de su contramaestre

—. ¿Hay señal de algún barco pirata? No quiero volver a rebanar el pescuezo de ningún hijo de perra más en lo que queda de día.

—No, mi capitán. Aquellos gusanos se lo tenían bien merecido. Si tocan nuestro tesoro, nos tocan a nosotros. Y usted y yo sabemos perfectamente lo que pasa cuando nos tocan las narices, mi capitán.

—¡Claro que lo sé! —comentó Steve—. Que los enviamos a la tabla a que vayan a hacerles una visita a nuestros amigos los tiburones. ¡JA, JA, JA!

—No hay mayor jolgorio —continuó Carlos— que el del día que encontramos un tesoro, capitán. Y si tenemos que volver a rebanar los gaznates de veinte hijos de perra más con tal de disfrutar de nuestro jolgorio esta noche, pues lo hacemos. ¡JA, JA, JA!

Aquello se les estaba yendo de las manos. Steve había arrastrado a Carlos a una fantasía propia del patio de un colegio, pero la verdad es que no se lo habían pasado tan bien en mucho tiempo.

—¡Bien dicho! Mejor contramaestre no podría encontrar en los siete mares. ¡JA, JA, JA! —siguió Steve.

—¡JA, JA, JA! Se me van a saltar los colores.

De pronto, Steve paró de reírse al ver que el encargado de la tienda estaba mirando con la boca abierta aquella escena surrealista.

—Carlos —intentó avisarlo Steve, pero ya era demasiado tarde para pararlo.

—¡JA, JA, JA! ¿Qué quiere, mi capitán?

Carlos también giró la cabeza y vio al dependiente, de unos treinta años, con un gesto apático en el rostro. El nadador paró de reírse de golpe. Todos se

quedaron de piedra.

—Cerramos en diez minutos —dijo el encargado, un poco avergonzado por lo que acababa de ver.

—Mmmm... Perfecto —dijo Steve—. Muchas gracias.

Se creó un silencio muy incómodo.

—Oye, Steve —dijo Carlos cuando el dependiente ya se había ido—, recuérdame que no volvamos a hacer esto nunca.

—Sí, desde luego creo que no ha sido una buena idea —reconoció el otro.

Después de que pasaran unos segundos en silencio replanteándose la vida, Steve le quiso preguntar algo a Carlos para lo que no había encontrado el instante adecuado y, como parecía que aquel no era el momento más acertado que habían tenido en ese día, Steve pensó: “De perdidos al río”. Así que le preguntó:

—¿Por qué lo hiciste?

—¡Oh, no! —se quejó Carlos—. Tú también. Con lo bien que lo estábamos pasando...

—Te conozco. Tú no eres un tramposo. ¿Por qué lo hiciste?

Carlos necesitó unos segundos para decidirse a contar la verdad.

—Por desesperación, supongo. Hace mucho tiempo que mi sueño de ser un campeón se desvaneció y quería saborearlo una última vez. Por eso y porque necesitábamos el dinero.

—¿Y tu padre? —siguió indagando Steve.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Carlos, todavía un poco molesto.

—¿No lo hiciste por él?

Después de una pausa, Carlos dijo:

—Sí. Quería que me viera ganar otra vez —contestó en un tono dramático; y luego se volvió a dirigir a Steve—: ¿Contento?

—Contento —respondió Steve con ligereza y totalmente renovado, como si su compañero nunca se hubiera dopado y como si no hubieran hecho el mayor ridículo de sus vidas—. Creo que este bote de remos es justo lo que necesitamos para empezar a trabajar.

Los pinchazos que Carlos sentía en el corazón se siguieron repitiendo a lo largo de los siguientes días sin seguir un patrón establecido. Simplemente, los sufría en los momentos en los que menos se lo esperaba. Él lo interpretaba como una señal de aviso, como si alguien lo estuviera intentando avisar de algo que se escapaba a la razón de un ser humano común y corriente.

## 6. Un pez malo

Por fin estaban en el mar. Allí era donde verdaderamente empezaba el ambicioso proyecto que tenían entre manos. Se trataba de nadar ocho titánicos retos de hasta cien kilómetros de distancia. Y todo eso sin parar, sin descanso, solamente el agua y el nadador, con sus brazadas y su corazón. No iba a ser fácil.

El atleta se estaba preparando, a bordo del bote de remos, para empezar a nadar. Realizó su rutina de siempre: primer gorro, gafas, segundo gorro. Se ajustó el bañador, movió los brazos y se golpeó el pecho. Carlos miraba el agua con cierto respeto.

Steve lo observaba.

—¿Estás bien, Carlos? —preguntó Steve—. Cualquiera diría que estás asustado...

—¿Yo, asustado? —respondió inquieto—. Estoy mejor que nunca.

Saltó de cabeza al agua del mar de Miami, ignorando el comentario de Steve, que tal vez tenía razón, aunque intentó quitar esos pensamientos negativos de su mente.

—¡Ah, ah! Está fría —dijo Carlos chapoteando en el agua.

—Si quieres agua caliente, lo mejor será que te vayas a un spa...

De vuelta a su rutina en el gimnasio, Steve animaba a Carlos, que estaba trotando en la cinta de correr, para que le pusiera más entusiasmo. Mientras él se dejaba el alma, Steve se deleitaba bebiéndose un maravilloso batido de chocolate. Dio un trago y dijo:

—¡Más rápido! Te veo lento...

—¡Qué fácil es decirlo desde fuera! —apuntó Carlos—. ¿Estás disfrutando de tu batido de chocolate?

—Bastante, la verdad. ¿Quieres?

—Sí, un trago —dijo Carlos con desesperación, salivando como si no hubiera bebido nada en una semana.

Steve le fue a dar el batido, pero se lo quitó de entre las manos en el último momento, antes de que él pudiera tocarlo.

—Primero acaba. ¡Ponle más ganas! —seguía repitiendo Steve—. Se lo vas a poner muy fácil a los tiburones.

—¿Cómo que tiburones? —preguntó Carlos asustado.

Steve se rio y pulsó el botón que subía la velocidad de la cinta del gimnasio. Carlos resopló.

—¡Vamos! —se divertía Steve—. Solamente te queda hacer pesas, abdominales, flexiones, luego una sesión de estiramientos, y ya habremos terminado.

La piedra angular del entrenamiento era nadar en el océano. Carlos nadaba a crol en el mar. Daba la sensación de que siempre le costaba mucho meterse en el agua, como si le tuviera miedo, pero una vez dentro, se sentía como en casa. Se depilaba el cuerpo, no solo para evitar la fricción con el agua, sino para librarse del dolor de los tirones que puede llegar a dar un fisioterapeuta a una piel poblada de una maraña de pelos.

Steve lo animaba desde el bote, hablando a través de un megáfono.

—¡Carlos! Vamos, que solo llevamos media hora...

Luego dejó el altavoz y siguió remando. En un intento de volver a animarlo, Steve fue a coger el megáfono nuevamente, pero sin querer soltar uno de los remos. Al final se hizo un lío al no poder hacer las dos cosas a la vez y se le cayó el megáfono al agua.

Al día siguiente, se encontraban corriendo por el barrio de Carlos. Ya la gente no lo animaba como antes, pero lo bueno era que tampoco lo miraban con desprecio, simplemente con curiosidad.

Steve seguía cumpliendo con sus funciones de mánager-entrenador y animaba al nadador desde la parte de atrás de una furgoneta de carga. Carlos corría detrás del vehículo, con fuerza y motivación.

—Hasta mi abuela podría hacerlo mejor —gritaba Steve—. ¡Vamos, que no se diga! Que los batidos de chocolate no son gratis... Ya que fui yo el que los compró, pues por lo menos gánatelos...

—Los compré yo, Steve —se quejó Carlos exhausto.

—Ah, ¿sí? Pues me da igual, sigue corriendo, que te estás ablandando con los años.

Steve dio unos golpes a la furgoneta y se dirigió al conductor:

—¡Más rápido, Juanito! Que se note que te he pagado cincuenta dólares.

El hombre al volante era mexicano y parecía estar disfrutando como un niño pequeño. Pisó el acelerador y a Carlos no le quedó otra opción que aumentar su velocidad. Steve se empezó a reír. Le divertía llevarlo al límite, y eso era lo que necesitaba el nadador en ese momento: aprender a no tomarse todo lo que hacía tan en serio, sino intentar reírse un poco de la vida.

Carlos seguía cumpliendo con sus obligaciones en el club de su padre, así que

acababa cada día más cansado que nunca. Tenía que dar clases a los niños en el club y entrenar para los retos de natación de larga distancia, y le fastidiaba tener tan poco tiempo para dedicárselo a Jennifer.

Lo cierto es que Carlos y Jennifer fueron llevando poco a poco su relación a otro nivel. Desde aquella primera cita, los dos tuvieron muy claro que querían estar juntos. No lo habían dicho de palabra ni habían concretado literalmente que fueran novios, pero se comportaban como si lo fueran. Cumplieron con esa manía (totalmente legítima) que tienen muchas parejas de comportarse como novios, pero sin darle un nombre a lo que realmente son, por miedo a que el compromiso se lleve la magia por delante. Eso hicieron ellos: disfrutar el presente sin ponerle una denominación concreta.

Un día más, se encontraban entrenando a los niños en el club de natación. Al lado de la calle de la piscina en la que Jennifer y Carlos daban la clase estaba Matt, entrenando bajo las instrucciones de Antonio, que observaba con detenimiento cada uno de los movimientos de su nuevo pupilo.

Carlos, sin apenas disimular, permaneció observando el entrenamiento de su rival. Parecía absorto, como en otro mundo, ese lugar tan profundo donde se encontraban sus pensamientos.

—Carlos —lo llamó Jennifer, devolviéndolo a la realidad.

—¿Sí?

—Encárgate tú de este grupo —le dijo señalándole a dos niños de diez años.

—Vale —contestó él, resignado.

Cuando acabaron el entrenamiento, Jennifer se dirigió al vestuario femenino, pero antes le dio un beso a su novio, aunque todavía no se atreviera a llamarlo por ese nombre.

Steve lo llamó desde las gradas y Carlos se acercó para hablar con él.

—Está hecho —dijo Steve con decisión.

—¿El qué está hecho?

—Tenemos el dinero. ¿Estás preparado?

Carlos mostró su sorpresa y también un poco de inseguridad.

—Eso creo —dijo.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa? Podemos empezar la empresa, Carlos. Estamos listos. Podemos contratar a gente y comprar una lancha motora en condiciones.

—Vale, ¿cuál es el siguiente paso? —preguntó Carlos.

—No sería demasiado profesional de cara a los medios de comunicación someterte a tanto esfuerzo sin un buen equipo que te respalde. Así que lo

primero que vamos a hacer es encontrar un buen médico.

Al día siguiente, Carlos y Steve caminaban por la calle con prisa. Se acercaron a una clínica. El tinerfeño siguió caminando, pero se dio cuenta de que su amigo se había detenido detrás de él. La expresión de Steve era de desánimo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Carlos.

—Me vas a matar —contestó Steve, al borde del llanto—. Yo soy el que te ha metido en todo esto y ahora...

—¿Ahora qué? —preguntó con impaciencia.

—Honestamente, ¿tú crees que alguien nos va a ayudar con esta locura de empresa?

Steve contagió el pesimismo a su compañero con esa frase. Ahora el que estaba desanimado era Carlos.

—Tienes razón —dijo—, a lo mejor esto es una locura.

Carlos y Steve se miraron, dudando si aceptar o no la derrota de algo que ni siquiera habían intentado, pero el pesimismo no duró mucho. Empezaron a oír gritos que llamaron la atención de media calle.

Una doctora, de unos cuarenta y cinco años, con bata blanca y con un aspecto desaliñado, salió de la consulta, arrastrada por dos guardias de seguridad corpulentos. Un médico, en torno a los sesenta años, también con bata, salió detrás de ellos y contempló con calma cómo ella le gritaba, completamente fuera de sí. Esta doctora se llamaba Amy y, por lo que Steve y Carlos pudieron observar en apenas unos segundos, tenía mucho carácter.

—¡Que sepas que me alegro de haberte dicho que no quería casarme contigo! —le gritó Amy al otro médico—. ¿Pero quién querría ser tu esposa? ¿Tú te has mirado al espejo? No solo eres feo, sino una mala persona. ¡Y tú a mí no me despides, dimito yo porque me da la gana!

Los guardias de seguridad soltaron a la doctora, que ya estaba más relajada después de haberse desahogado. El doctor, que, tal y como había mencionado Amy, realmente era muy feo, le advirtió:

—No vuelvas por aquí.

—Soy la mejor cirujana cardiovascular de la clínica. Incluso mejor que tú. Lo sabes. Siempre lo has sabido y nunca has podido soportar la idea de que una mujer te supere en algo —continuó ella, pero el doctor ignoró el comentario y se fue.

Carlos y Steve se miraron, estupefactos ante lo que habían visto. Amy dejó entrever un poco de arrepentimiento por lo que acababa de pasar. Había

perdido su trabajo, su medio de vida. Sacó un cigarro del bolsillo de la bata y lo intentó encender, con poco éxito. Steve cogió a Carlos de la manga de la sudadera y lo arrastró hacia donde estaba la doctora.

—Disculpe —dijo Steve dirigiéndose a Amy—, no hemos podido evitar ver...

Bueno, lo que acaba de pasar. Supongo que usted ya no tiene trabajo, ¿verdad?

—No se te escapa una, muchacho —le contestó ella sarcásticamente.

Steve miró a Carlos antes de volver a articular su siguiente frase.

—¿Quiere trabajar para nosotros? —le preguntó Steve.

Amy los observaba a ambos con una mezcla de desconfianza y curiosidad.

Siguió fumando su cigarro.

• • • •

Estaban en la casa de Amy, en una pequeña habitación que parecía una consulta improvisada. La doctora le tomaba el pulso en la muñeca a Carlos, que estaba tumbado en la camilla. Estas eran las últimas pruebas que la doctora necesitaba realizar para dictaminar cuál era su estado físico, pues se habían pasado los últimos días haciendo un reconocimiento médico al completo, tanto en el agua como en el gimnasio, para valorar el rendimiento de su corazón y el riesgo cardiovascular que pudiera existir a la hora de realizar los retos de larga distancia.

Steve estaba tan feliz que no cabía dentro de sí mismo. Había recuperado la confianza y la seguridad en el proyecto AquaSteve. Tenía una sonrisa de oreja a oreja, mientras observaba todo lo que pasaba en esa habitación.

—De momento, os voy a tener que atender aquí —dijo Amy.

—Nos parece perfecto —contestó Steve sonriente—. Si no es indiscreción, Amy, ¿podemos saber por qué la despidieron?

—Sí, es indiscreción —dijo ella—. Y no me despidieron. Dimití yo.

Steve la seguía mirando expectante, esperando una respuesta más concreta. Finalmente, ella cedió y contestó:

—Le escupí en la cara a mi jefe y luego le di una patada en sus partes por haberme tocado el culo.

—Bien hecho —dijo Steve—. Yo habría hecho lo mismo si fuera una chica. Ese es el tipo de mujeres que andamos buscando en nuestro equipo: mujeres fuertes, que no se achanten y que no se dejen tocar el culo por cualquiera que pasa.

—No seas pelota, Steve —le dijo la doctora.

—Vale —contestó el afroamericano agachando la cabeza.

Amy miró unos papeles, que eran los resultados de las diferentes pruebas que le había hecho a Carlos.

—Por algún motivo que no sé explicar —dijo la doctora—, tu corazón es débil fuera del agua, Carlos, pero es como si se transformara cuando nada. Fuera del mar, tienes ochenta pulsaciones por minuto estando en reposo y dentro del agua tienes treinta, también en reposo.

—Mi amigo está como una rosa —dijo Steve.

—¿Has sentido pinchazos en el corazón alguna vez? ¿O algún tipo de dolor

agudo y punzante en el pecho? —le preguntó a Carlos.

El nadador se lo pensó dos veces:

—Mmmm... No, que yo recuerde.

Carlos era de esas personas que no sabían mentir demasiado bien. De hecho, no era capaz de entender cómo pudo engañar a tanta gente cuando se dopó.

—Carlos es un nadador increíble, ¿sabe? Es como un pez —dijo su amigo con orgullo.

—Tú eres el que se dopó, ¿no? —le preguntó Amy a Carlos de forma directa.

A Carlos no le hizo ninguna gracia que la doctora le hiciera esa pregunta y permaneció callado.

—Sí, bueno —añadió Steve—, un pez malo...

—Muchas gracias, Steve —le contestó Carlos con una mirada amenazante.

—Nada, tío. Para eso estamos.

—A mí todo eso me da igual —dijo Amy—. Mientras me paguen, no hago preguntas. —Siguió tomándole el pulso—. Así que recorridos de larga distancia en mar abierto...

—Exacto, señora —contestó Steve, sintiendo una increíble satisfacción al oír cómo sonaba el nombre del proyecto dicho por otra persona: “Recorridos de larga distancia en mar abierto”. Steve creía que sonaba bastante bien.

—No me llames señora, que me haces sentir vieja.

—Vale, Amy —corrigió Steve, todavía con una sonrisa.

—¿Cuándo y dónde es el primer reto? —quiso saber la doctora.

—En Hawái —intervino Carlos.

—En dos semanas —puntualizó Steve.

—No queda mucho tiempo y no estamos hablando de cualquier reto —dijo Amy con preocupación.

—Tampoco estamos hablando de cualquier nadador —replicó Steve sacando pecho al mirar a su amigo y guiñándole un ojo.

—Steve, ¿puedo hablar con Carlos a solas?

Este se molestó ante la petición de Amy. Después de todo, él era una pieza clave en la empresa...

—Mmmm... Sí, claro —dijo Steve.

Salió de la habitación y cerró la puerta. Carlos todavía estaba tumbado en la camilla, mirando a la doctora, expectante. Ella lo miró fijamente, como si intentara adivinar si era realmente de fiar.

—Tu amigo tiene mucha fe en ti.

—Lo sé —contestó Carlos. Ahora era él el que sacaba pecho.

—Solo pondré una condición —quiso aclarar Amy—. Te someterás de forma voluntaria y semanal a controles antidopaje. Estos controles se harán públicos en la página web de AquaSteve. No puedo permitir que tu imagen me perjudique. ¿Estás de acuerdo?

Carlos no lo dudó ni un segundo.

—Estoy de acuerdo —dijo con total seguridad.

En los siguientes días, Amy se encargó de estudiar los análisis de sangre y de orina de Carlos.

Cuando ya tuvo un veredicto final, la doctora volvió a convocar a los dos jóvenes emprendedores para comunicarles el resultado.

Amy miraba sus documentos médicos en el escritorio, mientras Carlos descansaba las piernas, sentado en una silla que estaba enfrente de la mesa. Steve caminaba nervioso por la habitación. La doctora los miró y dijo:

—Estás limpio, Carlos. Es oficial, ya no eres un tramposo.

Steve estalló de la risa, mirando a su compañero, cuyo rostro no gesticulaba lo más mínimo ante el tono burlesco de ese comentario.

—Ríete un poco —le dijo Steve—. Estás todo el día demasiado serio.

Carlos lo siguió penetrando con la mirada, muy serio.

—¡Tramposo! —dijo Steve, adoptando una voz aguda a modo de burla.

Aunque le dio mucha rabia ceder, Carlos no pudo contener la risa. Steve le dio un abrazo, mientras Amy también se reía de las payasadas del empresario de AquaSteve.

## 7. La Tierra Prometida

### RETO 1: TRAVESÍA EN EL ARCHIPIÉLAGO DE HAWÁI (EE. UU.)

Eran las seis de la mañana en Honolulu. Estaba amaneciendo. Carlos estaba en la lancha motora que se habían podido comprar con el dinero del padre de Steve. Se sentía preparado para empezar el primer reto en Hawái.

Estaba muy nervioso. Todo había transcurrido muy rápido y sentía mucha tensión en el estómago, incluso ganas de vomitar.

A principios de ese mismo año, había sido sancionado por dopaje, se había enfadado con su padre, se había reconciliado con su madre, se había enamorado perdidamente de Jennifer y también se había reencontrado con su amigo Steve. Era de locos.

Todo era muy raro. Aquello parecía el guion de una película o, por lo menos, tenía esa sensación. “¿Es la vida un guion que ya está escrito?”, se había preguntado en innumerables ocasiones durante los últimos meses. No tenía respuesta para esa pregunta, pero sí sabía que aquel día, ese 8 de diciembre de 2017, iba a empezar a cumplir con su verdadero destino.

La temperatura era de doce grados centígrados y, mientras contemplaba el océano Pacífico, sentado en su asiento de la lancha motora, se empezó a quitar la camiseta. El objetivo era nadar desde la isla de Oahu hasta la isla de Molokai.

La lancha motora flotaba sobre el mar, que estaba algo revuelto aquel día. En ella estaban Carlos, Steve y Amy, además del conductor de la zódiac. Tanto Steve como el nadador tenían material deportivo de Aqua- Steve. El directivo de la empresa llevaba una gorra de esta marca y seguía vestido de forma impecable, con traje y corbata. Carlos tenía un bañador naranja (también de AquaSteve), que iba desde la cintura hasta las rodillas. El gorro de natación y las gafas del deportista también eran de esta misma marca. La empresa había desplegado todo su arsenal y el logo de AquaSteve, de color naranja y con letras modernas, estaba impreso sobre la lancha motora y llamaba la atención al contrastar sobre el negro de la embarcación.

Julia y Jennifer observaban la escena desde un barco pequeño que se encontraba al lado de la lancha principal y que serviría como apoyo a la expedición.

Carlos parecía estar un poco más tranquilo, gracias a las respiraciones profundas que empezó a realizar para mantener la calma y contener el gran chute de adrenalina que estaba experimentando. Mientras tanto, Amy preparaba el botiquín y todo lo necesario por si surgía cualquier problema.

Steve se quitó la chaqueta para estar más cómodo. Se acercó a Carlos para tener unas palabras con él antes de empezar el reto. Sin embargo, este fue el primero en hablar:

—¿Seguro que tu padre puede financiar todo esto sin ayuda?

—Por supuesto —dijo Steve, intentando transmitir calma y serenidad a su compañero—, te he dicho que no te preocupes de eso. ¡Estamos aquí! Disfrútalo. No todos los días se empieza un sueño.

Carlos cogió aire una vez más.

—Vale, tienes razón.

Steve miró al horizonte y siguió hablando:

—Muchos comenzarán a odiar lentamente el lugar que un día fue parte de sus sueños más profundos —empezó a decir, como si estuviera entonando de forma pomposa la cita de un autor famoso—, cuando se den cuenta de que la Tierra Prometida jamás será para ellos. Yo, en cambio, prefiero pensar que mi Tierra Prometida es mi familia, mis amigos y mi hogar.

—¿Quién dijo eso? —preguntó Carlos intrigado, pues no estaba muy acostumbrado a que Steve sacara su lado más profundo, aunque ya lo había visto en alguna ocasión en el pasado.

—¿Cómo que quién lo dijo? —repuso Steve ofendido—. Lo estoy diciendo yo.

—¿Eso ha salido de tu cabeza?

—¿Sabes?... Tengo la capacidad de ser un chico sensible cuando quiero. Sobre todo para ligar.

—Así que estás ligando conmigo —bromeó Carlos.

—Sí, guapo —le siguió el juego Steve, con tono sarcástico—. Ahora concéntrate en lo que tienes que hacer. Es un día importante.

—¿Te puedo confesar algo?

—Claro —dijo Steve—, ¿de qué se trata?

—Me da miedo nadar en el mar —confesó Carlos, sin mirar a Steve, por temor a lo que este le pudiera hacer o decir.

—¿Qué?

—Que me da miedo nadar en el mar —dijo Carlos perdiendo un poco los nervios y desahogando la tensión del momento—. Lo mío siempre han sido las

piscinas. El fondo del mar está oscuro.

Aunque pudiera parecer una broma (Steve tenía la remota esperanza de que así fuera), era totalmente cierto. Desde que era pequeño, el mar siempre había provocado en Carlos un efecto de fascinación y misterio que nunca había sentido con ninguna otra cosa. Pero después también estaban sus sueños, en los que veía cosas que prefería que no formaran parte de su realidad.

Amy levantó la cabeza del botiquín al oír la confesión de Carlos. Ella también esperaba que lo que estaba oyendo fuera una broma, pero se mordió la lengua y no dijo nada.

—¿Y me lo dices ahora? ¿Después de la que hemos liado para llegar hasta aquí? —preguntó Steve levantando la voz.

Carlos agachó la cabeza. Ahora era Steve el que llevaba a cabo respiraciones profundas. Necesitaba calmarse.

—Vale. Mira —siguió Steve, más tranquilo—, eres mi mejor amigo y te quiero y te respeto como a un hermano —hasta ahí duró la calma y, entonces, explotó de rabia diciendo todo lo que pensaba—: ¡Pero te metes ese miedito que tienes al agua salada por el culo! Además, la oscuridad debería ser el menor de tus problemas. En estas aguas hay tiburones y medusas. ¡Eso sí es un problema!

—¿Qué? —gritó Carlos asustado—. ¡Pensaba que lo habías dicho de broma!

—¿Pero cómo voy a bromear sobre algo así?

—No sé, siempre estás diciendo bromas y a veces no sé cuándo estás hablando en serio y cuándo no.

—¡Yo nunca bromeo, Carlos! —gritó Steve antes de realizar otra profunda respiración—. Vale, perdona. No quería gritar. No te preocupes... Nos acompañará una lancha con dos francotiradores en todo momento. En el caso de que vean un animal grande que tenga una aleta puntiaguda que se acerque a ti, ¡boom!

Había una lancha con dos francotiradores al lado de ellos. Carlos había estado tan metido en sus pensamientos que ni siquiera se había dado cuenta de que estaban allí. El nadador negaba con la cabeza.

—No lo veo claro, Steve. ¿Y qué pasa con las medusas?

—No te acerques a ellas —contestó el jefe de Aqua- Steve, despachando ese problema de inmediato.

—Vale, vale. Deja que coja un poquito más de aire —le pidió Carlos, levantándose y moviendo los brazos. También daba pequeños saltitos para eliminar el estrés. Tenía que moverse.

Steve se desesperaba por momentos y miró su reloj. Ninguno había estado nunca tan nervioso.

—Se hace tarde. Lo siento —le dijo a su amigo antes de empujarlo al agua.

Carlos cayó al mar y cerró los ojos. Algo pasó cuando entró en contacto con las aguas de Honolulu. Estiró las piernas y los brazos, sintiéndose libre. Su corazón pasó de latir muy rápido a latir más lento y fuerte. Nunca había experimentado una sensación tan profunda como aquella. Empezó a mover los brazos, dando brazadas en dirección a su destino, y los barcos encendieron sus motores.

Había empezado. Ya era una realidad. AquaSteve y los ocho retos estaban en marcha. Solo quedaba nadar desde Honolulu hasta Kepuhi Beach y dar el primero de los pasos.

Carlos nadaba a crol con fuerza y más rápido que nunca. Sufría, pero intentaba ignorar el dolor muscular y la fatiga para seguir nadando, sin desviar sus pensamientos del objetivo.

La travesía consistía en nadar sesenta y ocho kilómetros entre las dos islas. Ya había nadado más de la mitad del trayecto. Estaba absolutamente agotado. No sentía los brazos ni las piernas ni nada... Solo podía sentir el latido de su corazón, acomodado ya a la situación límite que estaba viviendo.

—¡Vamos! —le gritó Steve con el megáfono, para animarlo—. ¡El mar es tuyo! Lo estás haciendo muy bien.

Una medusa le picó en la mano y Carlos reaccionó con un movimiento reflejo que lo apartó de ella. Se retorció de dolor, pero continuó como pudo con tal de alejarse de aquel bicho y de todos los que tuvieran la oscura intención de hacerle daño. Siguió con el recorrido, gritando debajo del agua para ahogar el dolor que sentía en la mano.

Cuando experimentó el primer calambre que había tenido durante toda la travesía (concretamente, en el cuádriceps), necesitó dirigirse un segundo hacia la lancha motora y coger un poco de aire. Se impulsó para agarrarse a la zódiac, dejando las piernas todavía sumergidas en el agua y el resto de su cuerpo agarrado al vehículo.

—¿Cómo vas, contramaestre? —le preguntó Steve, en su intento de dar un toque de humor al sufrimiento de su compañero.

—He estado mejor, mi capitán —contestó Carlos jadeando.

Ya no sentía el frío del agua. No sentía las puntas de los dedos (ni los de las manos ni los de los pies). Sentía que su cuerpo estaba dormido.

—Yo no te voy a llamar capitán —le dijo Amy a Steve—. Y a ti no te voy a

llamar contramaestre, Carlos. No va incluido en el sueldo. Toma...

Amy le dio un plátano, al que Carlos dio un buen mordisco, y luego le dio un trago a la famosa bebida isotónica de AquaSteve. Se sintió un poco mejor y el calambre ya estaba remitiendo.

—He tenido un calambre en la pierna.

—¿Puedes seguir? —preguntó Steve.

—Por supuesto —contestó el nadador—. Nuestros amigos los tiburones me están haciendo sentir como en casa.

—No te olvides de las medusas —añadió Steve.

Carlos sonrió levemente. Se hubiera reído a carcajadas, pero no tenía fuerzas. Volvió a sumergirse en el agua y siguió nadando. Decidió desde ese momento no cargar demasiado las piernas, así que el último tramo del recorrido lo efectuó únicamente con los brazos, que también empezaban a darle señales de que no aguantarían mucho más.

Una aleta de tiburón que sobresalía del mar rondaba la zona cercana a las lanchas. Uno de los francotiradores disparó varias veces al agua, sin intención de herir al animal, y consiguió ahuyentarlo.

En esa época del año, empezaba a anochecer en Hawái a las seis de la tarde. Ya llevaban nadando en la oscuridad durante cinco horas intensas y muy largas.

• • • •

Antonio se estaba tomando un café en el bar del club de natación, donde había una televisión que retransmitía la hazaña de Carlos a través de las noticias. El jefe del club observó la escena en la pantalla y vio cómo su hijo estaba llegando a la costa para cumplir su primer reto.

Eran las once de la noche y Carlos hacía un esfuerzo sobrehumano para poder terminar. Antonio escuchaba la voz del presentador de televisión:

—El nadador sancionado por dopaje, Carlos González, se encuentra ahora mismo terminando una travesía de dieciséis horas en mar abierto, recorriendo las aguas que hay entre Honolulu y Kepuhi Beach. Diferentes empresas han colaborado en este evento, que apoya una importante causa benéfica: la lucha contra el cáncer. Además, pretende lanzar al mercado la marca deportiva AquaSteve. La semana pasada —seguía relatando el presentador con un tono neutro, pero que dejaba entrever un poco de crítica hacia la polémica sanción de Carlos—, el nadador colgó en su página web, de forma voluntaria, los resultados de sus nuevos test antidopaje para demostrar que estaba dispuesto a nadar esta larga travesía completamente limpio.

A Antonio se le dibujó una leve sonrisa en el rostro cuando oyó lo que decían en la televisión. Siguió tomando su café.

Su secretaria entró en la cafetería y le dijo con algo de nerviosismo:

—Antonio, Matt lleva esperando media hora.

—¡Ah, sí! —contestó Antonio, volviendo a la Tierra y recordando en ese momento que era el entrenador de un tal Matt—. Dile que ya voy.

No se levantó de su asiento. No quería perderse aquella imagen: el glorioso momento en el que Carlos llegó a la playa de Kepuhi Beach, con toda aquella gente y las cámaras esperándolo.

Un grupo de enfermeros lo ayudó a dar sus primeros pasos en tierra firme. Carlos se tambaleó un poco sobre la arena de la playa, dejando caer parte de su peso en los enfermeros que lo estaban socorriendo.

El público que lo esperaba se encontraba detrás de una valla, que tenía el siguiente mensaje: “LUCHA CONTRA EL CÁNCER”. Primer reto y primera causa benéfica cumplidos.

La felicidad que sintió Carlos en ese momento fue la mejor medicina para el dolor, los calambres, las picaduras de medusas y también para el frío.

Allí estaba su madre, que lo abrazó teniendo cuidado de no hacerle daño. También estaba Jennifer, que besó a su novio (ya eran novios y era totalmente oficial). El último en abrazarlo fue Steve, que tenía lágrimas en los ojos. Todos se dirigieron hacia la ambulancia a través del pasillo que formaba la multitud, donde los esperaba Amy.

La euforia de los días siguientes contagió a todo el equipo. Todos tenían la sensación de que estaban luchando por un sueño que merecía la pena. No obstante, si había algo que era capaz de empañar la grata sensación de éxito, era el vivo recuerdo de la mala relación que Carlos mantenía con su padre. Por eso, el nadador le encomendó una tarea muy importante a Steve, ya que no se sentía capaz de llevarla a cabo por sí mismo.

Steve entró en el despacho de Antonio, que, como de costumbre, estaba revisando cuentas y papeles. Llamó a la puerta.

—Señor, ¿se puede? —dijo con un poco de miedo.

—Steve, pasa —respondió el padre de Carlos de forma relativamente amable—. ¿Qué quieres?

—No sé si vio por la tele lo que hicimos el fin de semana —dijo Steve, conteniendo la emoción—. Estamos todos muy emocionados. Su hijo se está recuperando muy bien del esfuerzo.

Antonio lo siguió mirando a través del cristal de sus gafas con total indiferencia ante lo que acababa de decir Steve. Aquello parecía no ir con él. Se quitó las gafas lentamente.

—¿Qué quieres, Steve? —le volvió a preguntar, ahora en un tono más seco y cortante.

—Sí, que me voy por las ramas. Aquí tiene parte del dinero que hemos ganado —dijo sacando un sobre blanco del bolsillo de su chaqueta—. Carlos y yo hemos creído que lo justo es que...

—No lo quiero —dijo Antonio de inmediato para zanjar la conversación.

Volvió a sus papeles, como si Steve ya no estuviera allí, y el joven lo miró con impotencia. A pesar de eso, lo intentó otra vez:

—Señor, tengo instrucciones de Carlos de darle esto —insistió.

—¿Ahora eres el mensajero de mi hijo? —le preguntó Antonio sin mirarlo, con su atención puesta en lo que estaba haciendo—. Pensaba que tú solo eras el que le salvaba el culo de sus propios problemas...

Steve no fue capaz de responder a ese comentario y aceptó que había perdido la discusión. Cuando Antonio zanjaba un tema, significaba que se había terminado y Steve tampoco quería tentar a la suerte; pero algo dentro de él lo

impulsó a ignorar aquello que sentía que era lo más coherente, que hubiera sido irse inmediatamente de allí, y dijo:

—Yo soy el primero que no tiene una familia perfecta —esta vez sí consiguió que Antonio lo mirara—, pero espero que algún día se dé cuenta de que solo tiene un hijo, que no es perfecto, pero que va a seguir siendo su hijo. Lo hizo por usted, ¿sabe? Todo lo que ha hecho Carlos ha sido siempre por usted. Que tenga un buen día.

Steve se fue de la habitación. El gesto frío de Antonio volvió a los papeles, pero algo había cambiado: un pensamiento que no lo dejaba continuar con su trabajo. Volvió a mirar hacia la puerta, pero Steve ya se había ido.

En las gradas del club de natación, Carlos estaba hablando con Jennifer y su madre, y parecía que se llevaban muy bien entre ellas.

—Todavía no es seguro —dijo Carlos.

—Es mucho tiempo, ¿no? —preguntó Jennifer mirando a Julia.

—¿Tú irías, Jennifer? —quiso saber la madre de Carlos.

—Tengo que pensarlo —dijo ella.

Steve llegó a las gradas y le dio el sobre a su amigo.

—Lo siento.

—Gracias por intentarlo —le dijo Carlos, con tristeza en su voz y en su rostro.

Julia y Jennifer lo miraron, pendientes de su estado de ánimo, pues, aunque había mejorado durante los últimos meses, todavía seguía teniendo demasiado que asimilar y mucho con lo que lidiar.

Steve intentó animar el ambiente:

—¿Alguien tiene hambre? —dijo dirigiéndose a todos—. Porque yo me voy a desmayar. Puedo cocinar yo, que hoy me siento generoso...

—Yo sí tengo hambre —se animó Julia.

Jennifer miró a Carlos, que parecía distraído.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—¿Dime? Sí, estoy bien —le respondió a su novia—. Vamos.

Le dio un beso a Jennifer en los labios. Todos se levantaron de los asientos de las gradas y caminaron hacia la salida del club. Carlos recibió una llamada de teléfono. Lo cogió. Los demás hablaban entre ellos.

—¿Sí? ¿Diga? —Pero nadie contestaba—. Chicos, id yendo vosotros, que no oigo nada.

—Vale —le dijo Jennifer.

Se apartó para poder oír a su interlocutor al otro lado del teléfono.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Carlos? Soy John, el padre de Steve —alcanzó a oír—. Te llamaba para felicitarte por Hawái.

—¡Señor! ¿Qué tal está? —dijo Carlos eufórico, ya que, después de todo, John era el principal responsable de que Steve y él hubieran podido conseguir lo que hicieron, gracias a su dinero—. Muchas gracias. No habría sido posible sin la ayuda que nos ha prestado.

—¿Mi ayuda? —preguntó John extrañado—. ¿Qué ayuda? No, no. Lo habéis hecho vosotros solos.

Carlos frunció el ceño. Había algo que no le cuadraba en todo eso.

—¿Qué tal va la empresa? —inquirió Carlos.

—¿No te lo ha contado Steve?

—¿El qué? —preguntó alarmado.

—Estamos en quiebra desde hace meses —dijo John y la expresión de Carlos se congeló—. No parece tener solución. Ahora estoy trabajando en el restaurante de mi hermano.

El nadador no sabía cómo digerir lo que acababa de escuchar. ¿Por qué le había mentado Steve? No tenía sentido, era su mejor amigo. Miró al director de la empresa acuática, que estaba en la entrada hablando con Jennifer y Julia.

—¿Estás ahí? —dijo John.

—Sí, sí. Estoy aquí. Siento mucho oír eso.

—No te preocupes. Les ha ocurrido a muchas empresas.

—Señor, tengo que colgar —dijo Carlos con mucha amabilidad, pero con algo de prisa—. Ha sido un placer hablar con usted.

—El placer es mío. Suerte con todo —contestó el padre de Steve.

—Muchas gracias.

Carlos colgó el teléfono, todavía sorprendido por la noticia, y se acercó al grupo.

—¿Quién era? —preguntó Steve.

—Nada importante. Un periodista —mintió Carlos.

—No nos dejan tranquilos —dijo Steve vacilando, mirando a Julia y a Jennifer, y todos se rieron.

Carlos permaneció serio. Estaba un poco aturdido. Steve se percató de ello y le preguntó:

—¿Todo bien, compañero?

—Todo bien. Vamos a comer —concluyó.

## 8. “La gente normal no va regalando su dinero por ahí”

Steve llegó al restaurante, donde lo esperaba Carlos. Estaba todo adornado de Navidad y Steve se sentía pletórico. Todo iba sobre ruedas y ya estaba concluyendo los preparativos del segundo reto. Había mucho que hacer y la ilusión por conseguir los objetivos planteados era cada vez mayor. Además, la respuesta por parte del público y de los medios de comunicación había sido espectacular.

Televisiones, periódicos y radios de muchos países del mundo se interesaban por el proyecto que Aqua- Steve se traía entre manos. Las redes sociales ardían al hablar de “la gran hazaña de Honolulu”, como ya la habían bautizado algunos ingeniosos internautas.

Como si eso no fuera poco, la entrada de AquaSteve en el mercado no podía haber sido más exitosa. Todo el mundo empezaba a mostrar una gran curiosidad por los productos acuáticos que ofrecía la marca y los beneficios no hacían más que aumentar.

Steve vio a Carlos y se dirigió a la mesa que tenían reservada para sentarse con él.

—¡El hombre del momento! —lo saludó mientras se sentaba—. ¿Me firmas un autógrafo?

Se partió de la risa él solo, pero Carlos no le siguió la broma y permaneció con el semblante serio.

—¿Y esa cara? —le preguntó—. ¿Te ha picado una medusa?

Se volvió a reír de su propio chiste. Carlos seguía fulminándolo con la mirada y se decidió a ir al grano.

—¿Qué pasa con el dinero? ¿Cuándo ibas a contarme que la empresa de tu padre está en quiebra?

Steve adoptó una expresión de preocupación de forma inmediata, casi tan seria como la de Carlos. Miró a su alrededor, nervioso. Le habló susurrando a su compañero:

—Vale, me has pillado —confesó Steve—. Y sí, te he mentado. Pero lo he hecho porque no podía decirle nada a nadie.

—¿Decir nada sobre qué? —se indignó Carlos—. Pensaba que éramos un

equipo.

—¡Y lo somos! Absolutamente.

—¿De dónde viene el dinero con el que hemos empezado AquaSteve, Steve?

—preguntó Carlos nuevamente y por primera vez el nombre de la empresa le chirrió un poco cuando se detuvo a pensarlo, posiblemente porque estaba muy enfadado, ya que el nombre en realidad le encantaba.

—Vale —dijo el empresario.

—¿Qué empresas hacen las donaciones?

Eran muchas preguntas que manejar, y eso que tenía práctica a la hora de lidiar con la prensa, pero ahora no trataba con periodistas, sino con Carlos. Se volvió a dirigir a él por medio de un susurro:

—Lo que te voy a contar puede sonar un poco raro —empezó Steve—. No se lo puedes decir a nadie. Todo sucedió cuando te sancionaron. Yo todavía estaba en España...

• • • •

Steve estaba sentado frente a la barra de un bar de Villaviciosa de Odón, un municipio español perteneciente a la Comunidad de Madrid. Bebía un ron malísimo, de hecho no sabía qué hacía en ese sitio bebiendo, ya que él no solía beber. Miró la televisión del local. Estaban dando las noticias.

Un señor mayor, de unos ochenta años, con barba blanca y aspecto jovial, entró en el bar y se sentó cerca de Steve. Su nombre era Alonzo, un jubilado italiano que estaba pasando unos días en la capital española.

—Una cerveza, por favor —le pidió Alonzo al camarero, hablando un español casi perfecto, aunque, por su ligero acento, seguía sonando a italiano.

El camarero le sirvió la cerveza y Alonzo le dio un trago. Steve seguía mirando el informativo en la televisión. La presentadora hablaba en español:

—Ahora pasamos a una noticia que ya ha dado la vuelta al mundo. El que era uno de los firmes candidatos para representar a EE. UU. en las próximas Olimpiadas, en la disciplina de natación, Carlos González, el joven nadador americano de origen español, ha sido sancionado durante cuatro años por consumo de sustancias prohibidas, como esteroides, EPO y transfusiones de sangre. —A Steve se le partía el alma al oír esa noticia, ya que se llevaba hablando de lo mismo durante toda la semana—. El nadador ya ha confesado su culpabilidad ante los medios de comunicación y ha querido desvincular de sus actos a todo su equipo, que, según él, “no tuvieron nada que ver”. Los aficionados y deportistas ya han mostrado su enfado hacia el nadador en las redes sociales.

Steve terminó de oír a la presentadora del informativo y bajó la cabeza hacia su bebida, con profunda tristeza.

—¿Qué has hecho, Carlos? —dijo para sí mismo hablando en inglés, susurrando.

Alonzo lo miró y se decidió a entablar una conversación con el americano, hablando en su idioma:

—¿Te gusta la natación? —preguntó el anciano, con un inglés bastante aceptable.

—¿Perdone? —contestó Steve sorprendido.

—Que si te gusta la natación...

—Sí. Me gusta mucho.

Alonzo volvió a dar un trago a su cerveza.

—Es una pena la sanción de este nadador —dijo Alonzo—. Llevo un tiempo siguiendo la carrera de Carlos González. Tiene un gran futuro por delante.

—Tenía —repuso Steve, que volvió a dar otro trago a su bebida—. Carlos González es mi mejor amigo desde la infancia. Crecimos juntos en Miami.

—Siento las malas noticias.

—Yo también —lamentó Steve.

—Así que eres de Miami —indagó Alonzo—. ¿Qué haces en España?

—Estoy acabando mi carrera universitaria. Me gradúo la semana que viene.

—Muchas felicidades. ¿Qué estudias?

“Parece que este señor no se cansa de hablar...”, pensó Steve.

—Dirección y Creación de Empresas —le respondió amablemente al señor, aunque hubiera preferido estar ya de camino a su piso—. Usted no es de aquí, ¿no?

—No, tienes buen oído. Soy italiano. Estaba visitando a mi familia, que no quiere saber nada de mí, por cierto.

Steve no sabía cómo responder a ese comentario.

—¡Ah! —contestó sintiéndose incómodo ante la situación. Volvió a bajar la cabeza para mirar su bebida, con la esperanza de que el hombre tuviera que irse urgentemente de vuelta a Italia.

—¿Tienes algún negocio en mente? —le preguntó Alonzo, todavía con ganas de charlar.

—No, señor. Bueno, alguna idea sí que tengo, pero nada serio todavía. Estaba pensando lanzar una marca deportiva. Quería que mi amigo Carlos fuera la imagen de mi marca. Pero hasta que lo consiga, pasará un tiempo. Si es que lo consigo...

—¿A qué viene ese pesimismo? Yo creo que es una muy buena idea.

Steve se encogió de hombros.

—Bueno, gracias —respondió, recuperando un poco el ánimo.

—Un deportista —continuó el italiano— es como una empresa, ¿verdad? Carlos González sería como una especie de embajador para una marca deportiva como la que tienes en mente, ¿no?

Steve lo miró desconcertado, preguntándose adónde quería ir a parar.

—Sí, pero una empresa no se crea sin dinero.

—¿Y si yo te diera ese dinero? —le preguntó Alonzo, levantando la mirada de su jarra de cerveza vacía para mirar a Steve.

—¿Tiene ese dinero? —le preguntó, con los ojos abiertos como platos.

—Y más... Mucho más.

—¿Y por qué iba a darme usted ese dinero a mí? —quiso saber Steve, que desconfiaba seriamente de las intenciones de su interlocutor—. ¿Qué saca con eso?

—Nada —dijo Alonzo—. Si estás podrido de dinero, como es mi caso, y tienes ochenta años, ya son pocas las ambiciones que te quedan. —Se sacó una tarjeta de la cartera—. Aquí te dejo mis datos de contacto. Solo pongo una condición: yo no existo. Le dirás a tus amigos y a tu familia que el dinero te lo has ganado en el casino, o lo que se te ocurra. Encantado de conocerte, Steve. Piénsatelo.

Alonzo dejó un billete de quinientos euros de propina debajo de su jarra de cerveza y se dispuso a salir del bar, caminando de forma elegante. Mientras Steve miraba la tarjeta estupefacto, el camarero observaba con la boca abierta, por primera vez en su vida, qué aspecto tenía un billete de quinientos.

• • • •

Steve miró a su amigo después de confesarle toda la verdad. Carlos intentaba asimilar la historia que acababa de oír. Parecía sacada de una novela con tintes de fantasía.

—No hay ninguna empresa externa que haga donaciones —siguió contando Steve—. Desde el principio, ha sido él. Tienes que confiar en mí.

—No sabemos quién es ese hombre —dijo Carlos, casi sin poder articular palabra alguna—. Ni siquiera sabemos si es de fiar.

—Vale, vale, es verdad —admitió Steve—. Yo pensé lo mismo. Me dije: “La gente normal no va regalando su dinero por ahí”. Sé que suena muy raro y que no te fíes de este tío. Escucha, estuve en su mansión antes de volver a Miami. Es un viejo que está completamente solo en la vida y con demasiados ceros en su cuenta bancaria, que nunca va a poder gastar. Da dinero a diferentes causas benéficas, a deportistas, a empresas, a jóvenes con ideas..., y todo desde la sombra. Es lo que hace. Visto así no suena tan raro...

Carlos miraba fijamente la mesa, mientras pensaba cómo debía actuar ante ese repentino giro de los acontecimientos.

—¿Ya no quieres seguir? —le preguntó Steve.

—Claro que quiero.

—¡Pues vamos! No te fíes de él si no quieres, pero fíate de mí. Yo nunca te hubiera metido en esto si no hubiera estado seguro al cien por cien de que no era nada peligroso.

—Quiero conocerlo antes de seguir —puso como condición el nadador.

—¡Hecho! —dijo enseguida Steve—. Yo te consigo una comida con él. Me pidió que fuera un secreto, así que no creo que le haga mucha gracia saber que te lo he contado. Tiene una mansión en las Bahamas. Intentaré que la reunión sea este fin de semana.

Jennifer entró en el restaurante. Steve y Carlos intercambiaron una mirada de complicidad. Steve se levantó y los dejó solos.

—¿Por qué se va? —le preguntó a su novio mientras se sentaba y ponía su bolso encima de la mesa.

—Tengo que contarte una cosa —dijo Carlos—. Ya está decidido. Los siguientes retos serán en Europa y en Nueva Zelanda. Quiero que vengas conmigo.

Jennifer parecía preocupada. Tenía serias dudas sobre la propuesta de Carlos. Se quedó callada unos segundos.

—¿No quieres ir?

—Sí quiero, claro que quiero, pero es mucho tiempo... Son más de tres años. ¿Y qué hago con mi trabajo? ¿Estaremos todo ese tiempo fuera? —preguntó Jennifer.

—Sé que es mucho tiempo. Y la mayor parte de los meses estaremos fuera de Miami. Mira, puedes ir un tiempo —la intentó convencer Carlos—, el que tú quieras. Si te gusta, te quedas, y si no, te vuelves. Mi madre ha hablado con mi padre. Si decides venir con nosotros, podrás recuperar tu trabajo como monitora en el club cuando tú quieras volver.

—¿Tu madre también va?

—Sí. Y le haría mucha ilusión que vinieras tú también —añadió Carlos—. ¿Qué me dices?

—Vale, voy —respondió Jennifer finalmente, algo dubitativa.

—¿Vienes? —dijo Carlos entusiasmado.

No se lo creía. Se había pasado las últimas semanas planteándose qué era lo que iba a pasar con la relación que tenía con Jennifer cuando le diera la noticia. Por lo tanto, fue un alivio enorme para él que todo se acabara resolviendo de esa forma.

Carlos le dio un beso y luego un abrazo. Steve llegó corriendo y los abrazó a ambos. Les dijo:

—Perdón, chicos. No he podido evitar escuchar toda la conversación. Soy un cotilla, lo reconozco.

Los tres se empezaron a reír. Eran como una gran familia unida y eso era exactamente lo que necesitaba Carlos: una familia que estuviera a su lado durante todos los días de su vida.

El día de Nochebuena, Carlos, que llevaba una mochila colgada al hombro, entró en el oscuro despacho de Antonio, que solamente estaba iluminado por la pequeña lámpara de su escritorio.

Antonio leía el periódico. Carlos llamó a la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó, sin saber exactamente cómo iba a reaccionar su padre.

—Sí, sí —respondió Antonio, sorprendido de ver a su hijo allí.

Parecía que ambos estaban preparados para darse una tregua. Carlos se sentó en la silla y puso su mochila en el suelo.

—¿Qué haces esta noche? —le preguntó a su padre.

—Tengo trabajo.

—Es Nochebuena —le recordó su hijo.

—Pero tengo trabajo igualmente —replicó Antonio.

—¿Por qué no cenas con nosotros? Vamos a ir a casa de Jennifer. También vienen mamá y Steve.

—Otro día, mejor.

Carlos encajó como pudo el rechazo de su propuesta, aunque ya se lo esperaba.

—Sí, otro día —contestó captando la indirecta—. Supongo que ya te habrás enterado de que vuelvo a España... La próxima travesía será allí. Además, creo que me vendrá bien coger distancia con todo lo que ha pasado últimamente.

—Me parece una gran idea. Que tengas un buen viaje entonces —le dijo Antonio esbozando una media sonrisa. Daba la sensación de que ambos se querían acercar más el uno al otro, pero era como si una muralla los separara de forma irremediable.

Esas últimas palabras que pronunció Antonio salieron con dificultad de su boca, bien porque todavía le guardaba rencor a su hijo, o porque le costaba aceptar el hecho de que se iba a marchar. Posiblemente, se tratara un poco de ambas.

—Gracias —contestó Carlos—. Te he traído esto.

Sacó una botella de vino de su mochila.

—Si no recuerdo mal, es tu favorito. Feliz Navidad.

El detalle de Carlos tocó la fibra sensible de Antonio, aunque su gruesa armadura no le permitiera expresarlo.

—Gracias. Feliz Navidad a ti también —dijo Antonio.

Agarró la botella con las manos, la puso sobre la mesa y aguardó unos segundos antes de dirigirse otra vez a Carlos.

—Como ya te dije —insistió con reparo—, tengo trabajo...

—Sí, claro. No te molesto más.

El hijo de Antonio se levantó rápidamente y salió del despacho. Su padre lo miró mientras salía. Una parte de él quería aceptar la propuesta y disfrutar de una de esas comidas familiares que hacía tanto tiempo que no tenían, pero no podía. Sabía que ya nada iba a volver a ser como antes.

Carlos, Steve, Julia y Jennifer se encontraban sentados a la mesa del piso de la anfitriona, que tan cuidadosamente había decorado. Disfrutaban de una comida abundante y exquisita en grupo, en familia.

Todo estaba adornado de Navidad. Hicieron un brindis por el futuro. Jennifer se reía con Carlos y Julia de las bromas que hacía Steve continuamente.

Esta escena tan navideña y familiar contrastaba con la imagen de Antonio, que se encontraba sentado al borde de la piscina, con los pies metidos en el agua. Estaba solo. Las pocas luces que había procedían de la piscina e impregnaban el rostro del dueño del club con reflejos de color azul. Se bebió una copa del vino que le había regalado Carlos.

• • • •

El hombre-pezu no celebraba la Navidad. No quería celebrarla y, aunque hubiera querido, no tenía a nadie con quien hacerlo. Nadaba en las oscuras profundidades del mar, entre las algas del suelo submarino.

Se detuvo y miró hacia atrás, desde lo alto de un pequeño montículo de arena, y pudo ver el barco hundido, difuminado en la distancia. Luego se volvió a girar y siguió su camino.

**LA BESTIA:** La Tierra Prometida. Todos buscamos una. No es un lugar. Es algo mucho más grande. Es la gente que nos rodea; lo que queremos conseguir; lo que nos hace levantarnos cada mañana; y es ese monstruo incomprendido que todos llevamos dentro, que no acaba de encajar en el mundo. No nos podemos hundir con el barco. Crecí creyendo que tenía reservado un lugar especial en el mundo, un sitio hacia donde la gente miraría con admiración. Ahora soy yo el que mira hacia ese lugar y veo cómo el barco que había construido en mi cabeza se hunde, porque nunca llegó a existir. Supongo que nadie puede poseer nada sin habérselo ganado antes.

## 9. Lo que se merece el mundo

Aquella lujosa lancha motora, que más que una lancha parecía un transatlántico en miniatura bañado en plata, se adentraba en la Mancomunidad de las Bahamas, un país de América formado por más de setecientas islas, situado al norte de Cuba y cercano a la península de Florida.

Carlos y Steve estaban a bordo, junto al conductor del vehículo, que no era un hombre de muchas palabras, pero tenía un rostro amable y sonreía continuamente.

La embarcación se desenvolvía entre los islotes con total facilidad, aunque la impresión que tenían los dos amigos era de estar en medio de un laberinto inmenso e interminable. A Carlos le agobiaba la sensación de no saber hacia dónde se dirigían exactamente, al mismo tiempo que sentía una absoluta admiración por el paisaje paradisíaco.

Para Steve era diferente, pues él ya había estado allí una vez y pudo vivir en su propia piel lo que era estar rodeado de aquel paraíso psicodélico, hasta el punto de que la velocidad del vehículo mareaba a sus ocupantes, que no podían despegar la vista del agua color turquesa y de la blanca arena, que parecía más bien nieve de lo pura y limpia que era.

Todo iba viento en popa. Carlos y Steve ya habían arreglado el malentendido sobre la procedencia exacta de la financiación de AquaSteve, y aquello, por suerte, no resquebrajó demasiado la confianza que Carlos tenía en su jovial amigo; la relación con Jennifer había dado un paso muy importante cuando ella aceptó acompañarlo en aquella odisea en la que pretendía realizar algunas de las travesías de natación de larga distancia más difíciles del mundo; y su madre estaba decidida a apoyarlo hasta el final.

Carlos volvió a mirar el paisaje, después de tomarse un descanso mirando al suelo de la lancha para intentar no vomitar.

—¿Nuestro inversor tiene una isla privada? —preguntó Carlos absolutamente anonadado, como un niño el día de Navidad.

—Exactamente —repuso Steve—. Para que luego digan que el dinero no da la felicidad...

Carlos soltó una risa de asombro.

—¿Cuánto dinero está donando este hombre exactamente a cada causa que apoyamos? —quiso saber Carlos, que todavía tenía serias dudas al respecto.

—Más dinero del que tú y yo podríamos gastar en toda nuestra vida —dijo Steve—. Se llama Alonzo, por cierto. Es italiano. Me ha dicho que tiene muchas ganas de conocerte en persona.

—Ya estamos llegando —dijo el conductor, que giró el volante bruscamente y se adentró en lo más profundo de aquel laberinto formado por pequeñas islas. Los jardines de la mansión de Alonzo parecían una jungla, solo que algo más civilizada. Cuando llegaron a la playa, se despidieron del conductor y, a partir de ahí, fueron guiados por un mayordomo, que ya los estaba esperando. La expresión del hombre, de unos cincuenta años, era inexistente y actuaba como una especie de robot.

—El señor Elvezio los está esperando —dijo el mayordomo con un perfecto acento británico.

—¿Quién? —le preguntó Carlos a Steve en un susurro.

—Alonzo. Alonzo Elvezio —contestó Steve, también susurrando.

Los condujo por lo que parecía el lugar más profundo de la selva, pero en su interior, al pasar el primer tramo de maleza, se encontraron con un camino hecho de forma artificial, que conducía a los recién llegados a un castillo inmenso.

Carlos miró a Steve, pero esta vez no sonrió, ya que parecía que tenía ganas de llorar de la emoción. Todavía no era capaz de salir de su asombro. Steve le devolvió una sonrisa. Le hacía gracia pensar que la primera vez que él estuvo allí sí que se puso a llorar de verdad, hasta el punto de que el mayordomo había tenido que prestarle su pañuelo para que se sonara la nariz y se secara las lágrimas.

Caminaron por aquella fortaleza, que a ratos parecía un hotel de gran lujo, y llegaron a una especie de plaza pequeña rodeada de jardines y de árboles. En el centro de la plaza había una pequeña mesa con una sombrilla, donde Alonzo se estaba tomando una infusión.

Cuando el inversor los vio llegar, se levantó y les dio un efusivo abrazo a ambos. El mayordomo se quedó al lado de ellos, como si fuera un miembro de la Guardia Suiza del Papa.

—¡Steve! Me alegro de verte otra vez —dijo Alonzo, hablando en inglés con un marcado acento italiano. Steve también lo recibió con agrado en sus brazos, como si fuera su amigo de toda la vida.

—Alonzo, amigo mío —dijo Steve con mucha pompa a la hora de entonar las palabras.

—Y este debe ser Carlos, ¿verdad?

—Efectivamente. Carlos, quiero que conozcas a mi buen amigo Alonzo.

—Señor, es un placer —dijo el deportista estrechándole la mano y haciendo una pequeña reverencia, como si se estuviera dirigiendo a un rey o a un príncipe. Luego se dio cuenta de lo ridículo que resultaba y enderezó la espalda.

—El placer es mío —dijo Alonzo con mucho entusiasmo y con una sencillez que sorprendió al joven nadador.

—Si no os importa y con su permiso, Alonzo, por supuesto —dijo Steve—, os voy a dejar un rato a solas para que os conozcáis.

—Me parece estupendo, Steve —contestó el multimillonario—. ¿Qué te parece si nos esperas en el spa? Si no recuerdo mal, lo disfrutaste como un niño pequeño la última vez. Edward te llevará hasta allí.

—Claro, señor —dijo el mayordomo.

—Genial —replicó Steve, recordando lo bien que se lo había pasado en la sauna y en aquella piscina con chorros que masajearan la espalda.

Mientras Steve disfrutaba de una relajante sesión de spa, Alonzo y Carlos paseaban entre los jardines, a través de los senderos de piedra que se situaban alrededor de la mansión. Caminaban mientras mantenían una conversación.

—¿Por qué decidió patrocinar me en secreto, señor? —preguntó Carlos, intentando ser muy prudente.

—Siempre he sido un gran aficionado al deporte. Sigo tu carrera desde hace tiempo y estoy al corriente de tu caso y de tu sanción.

—¿Pero por qué yo? —insistió.

—Porque creo que todo el mundo merece una segunda oportunidad —dijo el anciano deteniéndose y mirándolo directamente a los ojos, con una transparencia que abrumó a Carlos.

—Disculpe, señor, pero... ¿usted qué gana con todo esto? —dijo Carlos, tratando de ocultar su desconfianza.

Pero Alonzo no era tonto y se percató de ello. Tampoco era la primera vez que le prestaba su dinero a una persona o a una empresa de forma desinteresada. Sabía captar esa desconfianza al vuelo, pero también era un experto en dar confianza a la gente escéptica.

—¿Ganar? —continuó Alonzo, sonriendo—. Tengo más dinero del que nunca podré gastar. Tengo ochenta años y mi familia me odia. No quieren ni un solo céntimo de mi dinero. Me queda poco tiempo y no quiero que mi fortuna se vaya a la tumba conmigo. Quiero darle al mundo lo que se merece...

—¿Y qué se merece el mundo?

—Personas como tú, Carlos —dijo el italiano—. Seres imperfectos que luchan cada día por ser mejores. —Se detuvo unos segundos para observar la expresión de Carlos, que no tenía ni idea de lo que decir—. ¿Sabes qué mueve el mundo? El dinero. Pero ¿te has preguntado qué o quién mueve el dinero? A menudo, por desgracia, la codicia mueve el dinero, además de la maldad y la violencia. No voy a gastar mi fortuna en el mal, así que he decidido que AquaSteve, sus ocho retos y su apoyo a diferentes causas benéficas son una inversión más que acertada. Lo único que pido a cambio es que aproveches esta oportunidad que te estoy dando.

—Sí, señor. No sé cómo agradeceréelo —contestó Carlos.

Retomaron la caminata por el sendero, que estaba rodeado de árboles y dejaba entrever los rayos del sol. Alonzo puso su brazo sobre los hombros de Carlos.

—Lo hago encantado, muchacho.

—Le parecerá extraño, pero me resulta familiar pasear con usted —dijo Carlos, arrepintiéndose inmediatamente de haber dicho eso. Pero era la verdad. Le resultaba muy familiar.

La mirada de Alonzo se clavó unos segundos en la de Carlos, al tiempo que seguían caminando.

—Créeme. No es extraño... ¡Ahora vamos a buscar a Steve! —dijo cambiando rápidamente de tema—. Os invito a almorzar. La última vez que tu amigo estuvo aquí, casi no consigo sacarlo de la sauna.

Carlos se rio y lo siguió mirando. A pesar de todo lo que había oído en aquella conversación, no podía evitar seguir desconfiando un poco de ese señor podrido de dinero, pero de rostro amable. ¿Quién era realmente Alonzo Elvezio? ¿De dónde procedían exactamente él y su fortuna? Esas preguntas seguían rondando por su cabeza. Y luego estaba aquella sensación de extraña familiaridad...

• • • •

Steve y Carlos llegaron a una cafetería de Miami, donde los estaban esperando cuatro personas: cuatro friquis. Todos se levantaron rápidamente de la mesa cuando vieron a Steve. Incluso, uno de ellos, debido a los nervios, le dio un golpe a la mesa al levantarse y derramó un vaso de agua.

—Hola, mis queridos friquis —dijo Steve, que sabía perfectamente el respeto que les imponía a estos chicos y se divertía con ello.

Steve estrechó la mano de todos los presentes, que, con absoluta cordialidad, le devolvieron el saludo y se quedaron mirando a Carlos con fascinación, incluso un poco incómodos, sin saber dónde meter las manos. No sabían si meterlas en los bolsillos o permanecer con los brazos entrecruzados, en plan casual.

—Este es Michael —empezó Steve rápidamente con las presentaciones—, nuestro preparador físico.

—Encantado —dijo el español.

—El placer es mío, señor.

Carlos le dio la mano a Michael, un chico regordete y con gafas, de treinta años, pero que parecía mucho más joven.

—Julian —continuó Steve—, el fisioterapeuta. No te voy a dar yo siempre los masajes... Tengo mucho de lo que ocuparme —le dijo a Carlos a modo de broma.

Carlos y Julian se dieron la mano. Era un chico de veintiocho años, delgado y también con gafas. Parecía profundamente tímido.

—Un placer —dijo el nadador.

Julian le sonrió, nervioso.

—Josean es biólogo marino. Conoce el mar como la palma de su mano. También conoce a la perfección a los animales que lo habitan. Pregúntale lo que quieras. Es impresionante —siguió Steve.

—Hola, señor— dijo Josean.

—Hola —contestó Carlos lacónicamente.

Le dio la mano a Josean, de veintiséis años. Era un chico delgado, que parecía sumamente delicado. Después de que Carlos lo saludara, el biólogo tuvo que usar su inhalador.

—Y este último de aquí es Albert, que será el cámara del equipo. También es

periodista y se encargará de la relación con los medios —concluyó Steve.

—Hola, encantado —lo saludó Carlos.

—Señor González —dijo Albert, incluso con más pompa que Steve cuando hablaba con Alonzo—, es un honor. Debo decirle, antes de empezar a trabajar para usted, que agradezco mucho la oportunidad y quiero que sepa que no lo voy a defraudar. Estaré a la altura.

Albert era un chaval de tan solo veintidós años, era bajito y tenía una actitud que lo hacía resultar un poco repelente.

—Albert, te dije el otro día que no fueras pelota —le reprendió Steve, que estaba muy metido en su papel de jefe.

—Es verdad, Steve —contestó Albert.

—¿Steve? —preguntó Steve frunciendo el ceño.

—Jefe.

—Mejor —replicó el directivo de la empresa.

Carlos y Steve se alejaron un poco de la mesa, en la que Albert, Josean, Julian y Michael siguieron tomando algo. Necesitaban hablar a solas y que los nuevos integrantes del equipo no los oyeran.

—¿Qué te parecen? —preguntó Steve susurrando—. Son los mejores. Quiero decir... Los mejores que he podido encontrar —se corrigió a sí mismo.

—¿No son un poco raritos?

—Sí, yo pensé lo mismo —contestó Steve asintiendo al tiempo que miraba a los friquis.

Ambos miraron hacia la mesa y los cuatro jóvenes saludaron con entusiasmo desde la distancia, levantando todos la mano prácticamente al mismo tiempo. Carlos y Steve devolvieron el saludo y siguieron con su conversación:

—Si tú crees que es el equipo que necesitamos, yo también lo creo —afirmó Carlos.

—Genial —concluyó Steve.

La verdad es que los nuevos integrantes del equipo eran muy válidos en sus respectivas disciplinas, a pesar de su aparente peculiaridad.

• • • •

## **RETO 2: CUÁDRUPLE CRUCE DEL ESTRECHO DE GIBRALTAR, SALIENDO DESDE CÁDIZ (ESPAÑA)**

—Gibraltar. Llevaremos a cabo la travesía el 8 de abril de 2018. Todavía está fría el agua en esa época del año, justo después del invierno. Lo que planeamos es un cuádruple cruce. David Meca tiene el récord actual: un triple cruce. Carlos, saldrás de Tarifa, en Cádiz, hacia Punta Cires, en Marruecos, situado en la costa africana. Nosotros te seguiremos con la lancha, como siempre. Al lado nuestro habrá una zódiac con buceadores y un equipo médico, por si surgiera cualquier imprevisto. Seguimos nuestro camino hacia África, y cuando toques la primera piedra de la costa, solo tendrás que volver a hacer el recorrido tres veces más. Chupado, ¿no? —dijo Steve, tal vez con demasiado optimismo.

Steve, Amy y Carlos se encontraban en el piso de este último. Los tres estaban sentados en el sofá, mirando un mapa en el que se mostraba la península Ibérica y la costa de África.

Carlos asintió al oír la detallada explicación de su amigo.

Al otro lado del piso, en la mesa de la cocina, estaban sentados Michael, Josean, Julian y Albert, tomando una cerveza cada uno.

—¡Chupado! —dijo el atleta sancionado, contagiado del optimismo de Steve; pero, en realidad, sabía perfectamente que no iba a ser un paseo por el parque.

—¡Carlos y Steve! —gritó Amy de pronto.

—¿Qué? —preguntaron los dos al mismo tiempo, sin saber exactamente de qué se les acusaba.

—A ti ya no te hablo, Steve, porque creo que eres un caso perdido —se sinceró Amy, pero este se lo tomó más bien como un cumplido—. Pero tú, Carlos, saliste hace dos semanas de una neumonía que no fue ninguna tontería.

—Tú lo has dicho: salí. Eso ya está en el pasado. ¿Cuál es el problema? —puntualizó Carlos.

—Pues que necesitas más tiempo para recuperarte.

Se hizo un silencio incómodo. Steve y Carlos miraban al suelo y los cuatro miembros restantes del equipo miraban al techo.

—Josean —dijo Steve—, tráele una cerveza a Amy, que seguro que le sienta bien.

—No quiero una cerveza, Steve. Haced lo que queráis. No sé ni para qué hablo —se quejó Amy, sintiendo impotencia.

Steve la miró y, con cautela, siguió hablando de los detalles de la nueva travesía:

—Calculamos que serán un total de veinte horas en el agua —añadió Steve.

Carlos volvió a asentir, en esta ocasión con un poco menos de optimismo.

—La distancia que hay entre la costa española y la africana es de quince kilómetros, aproximadamente. Como es un cruce cuádruple, tú recorrerás sesenta kilómetros en total —explicó Josean, el biólogo marino.

—Será muy complicado ir en línea recta, debido a la corriente que viaja en dirección oeste-este desde el Atlántico hacia el Mediterráneo —concretó Michael, el preparador físico de Carlos—, así que los entrenamientos estarán enfocados en aguantar setenta kilómetros en el agua, en lugar de sesenta, para ir preparados.

Ya eran un equipo completamente integrado. Estaban muy compenetrados entre sí.

—Harás la travesía con neopreno y te untaremos grasa en el cuerpo para protegerte del frío —dijo Julian, el fisioterapeuta—. No queremos que vuelvas a coger otra neumonía.

—Sigo pensando que no debería hacerlo —dijo Amy y todos la miraron, como si hubiera apagado de repente la música de la mejor fiesta del siglo—. Pero me callo, porque como nadie me escucha...

Albert siguió, ignorando el comentario de Amy:

—El dinero de las donaciones irá destinado a construir escuelas en países pobres. En la meta habrá medios de comunicación de todo el mundo, tanto españoles y marroquíes como internacionales —contribuyó el periodista y cámara del equipo—. Así que prepárate...

Y eso hizo: prepararse lo mejor que pudo hasta que llegó el día.

• • • •

Carlos nadaba en el mar, que aquel día estaba de un color azul muy intenso, casi tan intenso como las brazadas que realizaba el nadador o como la exigencia de este nuevo reto en el que se encontraba inmerso, nadando desde Gibraltar en dirección hacia África. Todavía estaba cerca de la costa del pequeño territorio británico que hace frontera con España, justo en el estrecho que separa la península Ibérica del continente africano.

Nadaba a crol con fuerza y a una velocidad continua. Sufría, pero, después de todo, ese siempre había sido su trabajo: sufrir en el agua. Llevaba un neopreno de AquaSteve, que usaba para protegerse del frío.

Había un barco pequeño acompañando a la zódiac, en la que iba todo su equipo: su madre, Jennifer, Amy y los cuatro nuevos miembros de la cuadrilla, Michael, Josean, Julian y Albert. Todos lo observaban desde la lancha. Steve, como de costumbre, vestía con chaqueta y corbata, pero se había quitado la chaqueta, para que esta no se arrugara con los movimientos agresivos que realizaba la lancha cuando atacaban las olas.

En la embarcación auxiliar había un grupo de submarinistas preparados para actuar en el caso de que hubiera una emergencia. Albert, que vestía una camiseta de AquaSteve, grababa la escena con una cámara de vídeo, intentando aprovechar la majestuosidad del lugar en el que estaban, sacando todos los tipos de planos que se le ocurrían.

Amy sostenía desde la lancha una tablet de la marca AquaSteve, en la que había un medidor de pulsaciones, conectado a distancia con el reloj que Carlos llevaba en la muñeca izquierda (que también era un diseño de la misma marca). Esta tecnología era fruto del esfuerzo de los científicos que trabajaban en el laboratorio particular de Alonzo y, además, era totalmente precisa en sus cálculos.

El corazón de Carlos, tal y como había dicho Amy, era más fuerte dentro del agua, en comparación a cuando estaba en el exterior, donde se mostraba más frágil y vulnerable, prácticamente como si fuera el corazón de un niño. Pero dentro del agua, este se transformaba en una roca que bombeaba sangre a todo el cuerpo. Aun así, estaba latiendo a ciento veinte pulsaciones por minuto. Una persona normal no entrenada, después de haber nadado durante más de ocho horas sin bajar la intensidad, hubiera estado ya por encima de las doscientas

pulsaciones, además de estar en una ambulancia camino del hospital.

De repente, Carlos se paró y se sumergió en el fondo del océano. Sintió un nuevo pinchazo en el corazón. Se agarró el pecho izquierdo con la mano y gritó, haciendo que las burbujas salieran de su boca de una forma estrepitosa.

Julia se asomó al borde de la lancha para poder ver el agua. No veía a su hijo y su cara no era de preocupación, sino de pánico. Carlos seguía sin salir a la superficie. Jennifer, Amy y Steve también se asomaron.

—¿Dónde está?—preguntó Jennifer mirando a Steve, que no sabía qué debía decir en ese tipo de situación—. ¡Carlos!

—Tranquila, seguro que está bien —dijo Steve, que en el fondo no estaba demasiado convencido de lo que acababa de decir.

—¡Carlos! —gritó Jennifer.

—No aparece. Que bajen los buceadores ahora mismo, Steve —dijo la madre del deportista—. ¡Ya!

—¡Ahí está! —dijo Steve, señalando con energía a la figura que salía del mar. Era Carlos y parecía más renovado y más fuerte que nunca. Siguió nadando a crol, mientras su familia y su equipo pudieron respirar tranquilos.

—Seguro que solo estaba haciéndose amigo de los peces de la zona —dijo Steve, y luego soltó una carcajada al mismo tiempo que golpeaba la lancha con entusiasmo para descargar la adrenalina del momento.

Después de haber hecho el recorrido durante dos trayectos, Carlos sintió la inmensa tentación de poner un pie en tierra o de agarrarse con fuerza de la primera roca de la costa. Su sufrimiento físico y psicológico había llegado a un punto desconocido para él, pero siguió. Sin fuerzas, sin ánimos, con dolores por todo el cuerpo, con hipotermia, con miedo de que una medusa le picara, con ganas de vomitar..., pero siguió.

Cuando por fin acabó el cuarto trayecto y llegó a Tarifa, después de un cuádruple cruce (había batido el récord mundial), dos enfermeros lo ayudaron a subir las escaleras del muelle. Así de testarudo era Carlos. No le bastaba con llegar a un barco cercano a la costa, sino que tenía que subir por su cuenta las escaleras del muelle.

Los enfermeros lo acompañaron hasta la ambulancia. Todo el mundo aplaudía y Carlos sentía el calor y el cariño de la gente. Volvió a experimentar, por primera vez en mucho tiempo, lo que se sentía al ser querido por el público.

## 10. Un baño de agua fría

Historia. Eso era lo que estaban dispuestos a hacer. Y eso era lo que había hecho Carlos. Había llevado a cabo dos hitos de los que hablaba todo el mundo. Incluso, para mucha gente que no había parado de criticarlo por haberse dopado y que había pretendido destruir su imagen a través de los medios, ahora era un héroe. Seguía siendo un villano para muchos otros y, por eso, era tan valioso para los medios de comunicación, porque la polémica y el debate que generaba Carlos allá donde fuera significaban audiencia y, por consiguiente, dinero.

Steve, Julian y Carlos estaban en la habitación del hotel. Era una estancia amplia, pero estaba muy lejos de ser un lugar lujoso, aunque era acogedora, con muebles antiguos de madera y grandes ventanales.

Se encontraban, concretamente, en el baño de la habitación, que era bastante pequeño en proporción al tamaño general del lugar.

Carlos estaba echado en una camilla improvisada, montada por el fisioterapeuta del equipo, Julian, que le estaba dando un masaje con aceite para descargar el hombro y las lumbares, principalmente. El gesto de dolor de Carlos contrastaba con la cara de euforia de Steve, que desde hacía ya un rato había empezado un monólogo interminable:

—La prensa está como loca —dijo gritando, como si estuviera intentando convencerse a sí mismo de que lo que estaba ocurriendo no era un sueño—. ¡Todo el mundo quiere hacerte entrevistas! Yo ya he dado unas cuantas. Les he dicho que estás recuperándote. Todos quieren saber cuál será tu siguiente hazaña. ¿Qué te parece? —No hubo respuesta a su pregunta y Steve se volvió extrañado para mirar el cuerpo aceitoso de Carlos—. ¿Por qué no dices nada? Se oyó un grito de dolor, procedente de la parte inferior de la camilla, donde Carlos tenía la cabeza metida a través de un agujero que lo hacía mirar directamente hacia el suelo. Julian seguía insistiendo en descargar el hombro derecho.

—¡Uh!... Eso tiene pinta de doler —observó Steve poniendo una mueca de dolor, como si el masaje se lo estuvieran dando a él—. Menos mal que yo solo me dedico a los números...

—Gracias, Steve —contestó Carlos, casi sin poder hablar a causa del dolor y del cansancio.

—De nada, compañero. Descansa hoy, que mañana tienes que conceder unas cuantas entrevistas. Y eso desgasta incluso más que nadar...

Si se hubieran sacado instantáneas a las caras de dolor que ponía Carlos desde la parte inferior de la camilla, hubieran parecido caricaturas. Julian continuó trabajando con las lumbares del maltrecho cuerpo del nadador, que no estaban en mejores condiciones que su hombro.

Cuando terminaron, Julian se dirigió a Carlos con sumo respeto, y este último todavía no era capaz de comprender por qué sus nuevos compañeros de equipo se sentían tan intimidados por él.

—Ahora levántate muy despacio. Vete a la bañera y te quedas media hora ahí dentro. Está llena de hielo —le dijo el fisioterapeuta.

Jennifer entró en la habitación del hotel y vio que todos estaban en el baño. Se fijó en la expresión de desagrado que estaba poniendo Carlos al meter las piernas en la bañera con hielo. Fue introduciendo poco a poco el resto del cuerpo. Una vez dentro, cerró los ojos y se relajó.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó su novia acercándose a él y acariciándole el pelo. Se sentó en el borde de la bañera.

—He estado mejor —contestó Carlos con voz de cansado. Cada vez que hablaba, sentía que perdía un poquito de la valiosa energía que le quedaba y todo lo que hiciera le suponía un esfuerzo añadido. Cerró los ojos con la esperanza de que lo dejaran descansar.

—Nos diste un buen susto hoy —siguió Jennifer—, cuando no salías del agua. No vuelvas a hacer eso. ¿Está fría? —preguntó mirando el agua de la bañera.

—No, para nada —contestó Carlos irónicamente, sacando una de las manos y salpicando a su novia, que empezó a saltar intentado huir del agua.

Carlos y Steve no paraban de reírse. Para eso sí pudo sacar energías.

—Me parto de la risa —repuso Jennifer en un tono sarcástico—. Esta noche no duermes conmigo...

Carlos se alarmó.

—¡Golpe bajo! —se burló Steve.

—Lo siento, lo siento, lo siento —dijo Carlos en tono de súplica—. ¿Me perdonas?

—Ya veré —dijo Jennifer, haciéndose de rogar y volviendo a sentarse a su lado.

La televisión que había en el baño estaba encendida. Estaban dando las noticias deportivas en un canal americano y, de pronto, el buen ambiente que se respiraba en la habitación cambió cuando la presentadora de deportes

mencionó aquel nombre: “Matt Gordon”.

—Ya lo han oído, Matt Gordon —empezó a decir la presentadora—, la gran promesa de la natación nacional, que se postula como el sucesor de la leyenda Michael Phelps, formará parte del equipo olímpico de nuestro país.

Carlos estaba muy serio, incluso dolido por lo que estaba oyendo. Steve lo miró. Ahora era Matt el que aparecía en la televisión, con cara de orgullo, altivo, y con una decena de micrófonos queriendo tomar sus declaraciones:

—Estoy muy orgulloso de representar a mi país en las Olimpiadas —dijo Matt con chulería, pero intentando aparentar humildad—. No lo habría conseguido de no haber sido por el apoyo de mi padre y de mi nuevo entrenador, Antonio González. Les garantizo que no volveré a casa con las manos vacías. De eso pueden estar seguros.

Matt concluyó su intervención y Steve creyó que ese era el mejor momento para apagar la televisión. Ya habían escuchado suficiente.

Carlos estaba cabizbajo y no decía nada. Estaba abatido por saber que Matt había llegado tan lejos gracias a su padre. Steve y Jennifer intercambiaron una mirada de preocupación y observaron al nadador, que seguía metido en la bañera, para ver cómo reaccionaba.

—¿Cuál es la próxima travesía? —preguntó Carlos, usando las pocas fuerzas que le quedaban.

—Me alegra que lo preguntes —contestó Steve, quitándole hierro al asunto—. ¿Sabes? Creo que...

—¿Qué toca? —dijo Carlos levantando la voz e interrumpiendo a su compañero, que lo miró sorprendido.

—El canal de la Mancha —dijo Steve en un tono seco.

—Pues no perdamos tiempo —concluyó Carlos.

Hundió la cabeza en la bañera, dejando que los cubitos de hielo se le esparcieran por toda la cara y el cuerpo. Se quedó allí un rato, conteniendo el grito que le hubiera gustado dar en aquel momento.

• • • •

Antonio estaba entrenando a Matt, que se encontraba nadando una serie de largos, mientras su preparador lo observaba apoyado en el trampolín.

Antonio vio que en la grada estaba el padre de Matt, Will Gordon, un hombre de unos cincuenta años, corpulento y vestido de una forma impecable. A pesar de que tenía unos kilos de más, era una persona bastante elegante y saltaba a la vista que prestaba mucha atención a su apariencia: vestía como un empresario, con un estilo muy parecido al de Steve.

Will lo saludó con la mano y Antonio le devolvió el saludo con gesto serio. En el pasado, debido a la rivalidad que había entre Carlos y Matt, Antonio tuvo más de un problema con Will, ya que a veces era complicado distinguir quiénes eran los que verdaderamente estaban compitiendo, si los hijos o los padres.

El entrenador siguió mirando a su pupilo, cada una de sus brazadas, cada una de sus respiraciones. En eso consistía su trabajo, en realizar un análisis del nadador, de su técnica, de su ritmo, de su destreza, de su actitud y, a partir de ahí, intentar que los alumnos aprendieran cada día algo nuevo. La realidad era que Matt aprendía y lo hacía muy rápido.

De vuelta a su despacho, Antonio leía el periódico, aprovechando ese descanso de una hora que tenía mientras Matt estaba trabajando con el preparador físico. Leyó varias noticias sobre su hijo. Sabía perfectamente dónde estaba en cada momento y cada detalle de su nueva carrera como nadador de larga distancia, gracias a Internet y a los medios de comunicación.

Will Gordon llamó a la puerta.

—¡Antonio! —lo saludó Will, en un tono risueño, como si fueran viejos amigos de la infancia—. Por lo visto, las malas lenguas dicen la verdad. Te pasas el día metido en este cuchitril.

—Pasa, Gordon —dijo Antonio tratando de ser cordial, aunque se notaba a la legua que Will no era su persona preferida en el mundo—, ¿en qué puedo ayudarte?

Will entró y se sentó en una de las sillas. Dejó su maletín de cuero en el suelo. Seguía mirando cada milímetro del despacho del entrenador por encima del hombro, con un poco de desprecio que disimulaba penosamente a través de esa particular sonrisita que no se le borraba de la cara.

—¡Felicidades! —soltó Will.

—¿Por qué? —replicó cortante Antonio.

—Por las Olimpiadas. Que mi hijo haya conseguido clasificarse también es gracias a ti.

—Lo que tu hijo ha hecho lo ha hecho él solo. Yo solo he estado ahí para ayudarlo y para guiarlo.

—Por eso, te doy las gracias —seguía insistiendo Will, que, a pesar de que Antonio tampoco era su persona preferida en el mundo, intentaba por todos los medios llevarse bien con él—. Solo quería pasar por aquí a saludarte.

—Ya lo has hecho. Me alegro de verte —dijo Antonio tratando de despacharlo rápidamente y volviendo a mirar su periódico. Pero no iba a ser tan sencillo.

—Escucha —dijo Will, haciendo que el español volviera a mirarlo—, sé que no ha sido agradable todo lo que ha pasado. Las deudas del club, la sanción de tu hijo... Soy consciente de que siempre ha habido una increíble rivalidad entre Carlos y Matt, pero yo siempre le he tenido un gran aprecio a tu chaval. O, más bien, se lo tenía, antes de que...

—¿Qué quieres? —se vio obligado a decir Antonio, ya que lo cierto era que no sabía adónde quería ir a parar Will con esa conversación.

El señor Gordon miró a Antonio, sabiendo que, en el fondo, seguían siendo rivales. Así que se decidió a ir al grano:

—No nos vamos a engañar. Tu imagen está manchada por lo que hizo tu hijo, aunque tú no tuvieras nada que ver. Se te relaciona con Carlos más de lo que nos gustaría, y eso es malo para ti y es malo para mi hijo. Por suerte, la imagen de Matt está impoluta, más limpia que nunca, sobre todo después de haberse clasificado para las Olimpiadas, y ya no te cuento si gana varias medallas, que es lo que esperamos.

La mirada de Antonio era fría como el hielo. Enrolló el periódico en la mesa y cruzó los brazos, dispuesto a descubrir qué quería Will.

—Mi hijo y yo te estamos ayudando a limpiar tu imagen, Antonio —siguió diciendo.

Antonio no aguantó más y lo interrumpió:

—Sigues sin contestar a mi pregunta —dijo con calma—. ¿Qué quieres?

Will sacó un documento de su maletín. Puso un contrato de una página sobre el escritorio de Antonio.

—Un contrato por siete años —explicó Will—. Te desmarcarías por completo del escándalo de tu hijo, probablemente Matt gane más de una medalla en estos Juegos Olímpicos y, con suerte, también lo hará en los siguientes. Y, todo

hay que decirlo: dirías adiós a tus deudas de forma definitiva. Creo que has sobrevalorado durante mucho tiempo a Carlos y a este club que tienes. Todos ansiamos la tranquilidad económica y aquí está la tuya.

La frialdad de la expresión de Antonio se había transformado totalmente. Miraba el contrato con deseo, ya que era muy consciente de lo mucho que necesitaba una oportunidad como esa; pero no dijo nada, solo permanecía sentado mirando el contrato.

—¿Sabes qué? Piénsatelo —dijo Will—. No tomes esta decisión a la ligera. Es un paso importante. Te dejo que sigas con tus cosas.

El señor Gordon se levantó de la silla y se fue. Antonio permanecía callado, sosteniendo el contrato en sus manos. El brillo de sus ojos mostraba que esa podía ser la solución a todos sus problemas.

• • • •

Jennifer y Carlos estaban descansando en el balcón de la habitación del hotel, sentados en un pequeño sofá de mimbre, acomodado con unos cojines. Ella le hablaba y él tenía la mirada perdida. No la estaba escuchando, pero asentía de vez en cuando para disimular. Se encontraba sumergido en sus más profundos pensamientos. Jennifer empezó a llamarlo: “Carlos, Carlos”, y poco a poco volvió al mundo terrenal.

—Carlos —volvió a llamarlo Jennifer.

—¿Qué? —dijo saliendo bruscamente de sus pensamientos.

—¿Qué te estaba diciendo? —preguntó ella de forma astuta, para ponerlo a prueba.

—Algo de mudarnos al campo —dudó durante unos segundos—. ¿No?

—Ya... ¿Y antes de eso qué dije?

—Mmmm... No lo sé —se rindió finalmente.

Jennifer lo miró. Era una persona que tenía mucha intuición, como si supiera en cada momento qué había en la mente de cada individuo; aunque los pensamientos de Carlos eran los más difíciles de adivinar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó, dándole un codazo cariñosamente—. Todo esto era lo que querías, ¿no?

—Sí, solo estoy cansado. Perdona —respondió Carlos.

—¿Es por la noticia de tu padre y Matt? —quiso saber Jennifer.

—No, no. Estoy bien —contestó sintiéndose algo incómodo, porque la verdad era que Jennifer había dado en la diana, pero él prefirió cambiar de tema—. No te he dado las gracias por haber venido. No podría hacer esto sin ti.

Carlos abrazó a la mujer que tenía a su lado. Él, en ocasiones, se sentía como un niño cuando la abrazaba, cuando la besaba o cuando le hacía el amor. Había pasado demasiado tiempo en el agua y muy poco tiempo hablando con sus amigos o saliendo con chicas. Sin embargo, sabía que con ella tenía la posibilidad de ser un poco menos niño, un poco más hombre, y eso le daba la seguridad que necesitaba para meterse en el agua cada día.

Se quedaron abrazados un rato, mirando el horizonte. La expresión de Carlos era sombría. Se sintió nuevamente acosado por aquel monstruo, que lo visitaba cuando quería, sin previo aviso.

• • • •

“La Bestia” volvió a zambullirse en lo más profundo del alma de Carlos y no había forma de que él pudiera pararlo. El híbrido entre hombre y pez se deslizó en el océano con soltura, con elegancia y con mucha fuerza.

Después de pasearse poderoso y desafiante por su territorio, se detuvo en medio del mar y miró hacia arriba, hacia el brillante reflejo del sol en la superficie del agua, hacia aquello que nunca podría conseguir:

**LA BESTIA:** Quema por dentro saber lo que quieres y no saber cómo conseguirlo. Si no lo impides, te sigue quemando y te destruye, hasta convertirte en un monstruo.

## 11. Cuatro pasos de gigante

Cuatro pasos eran los que separaban al niño del hombre. Cuatro pasos separaban a la fantasía de la realidad. Cuatro pasos eternos, complejos, apasionantes y que, sin duda, iban a doler mucho. Los siguientes cuatro retos simbolizaban para Carlos el hecho de poder, por fin, cambiar la desesperanza por la esperanza y su pasado por su futuro.

AquaSteve estaba más viva que nunca. Todo parecía haber cogido una velocidad imparable, lo cual abrumaba profundamente a todo el equipo, que se encargaba a lo largo de todas las travesías de que Carlos saliera nuevamente ileso.

Sin embargo, el trabajo que venía después de terminar una travesía consistía en prepararse para la siguiente, tal y como hacía Papá Noel, que fabricaba juguetes y repartía esperanza a niños de todo el mundo el día de Navidad. Pero el día después de Navidad, el polo Norte volvía a calentar motores, porque la siguiente Navidad estaba más cerca que nunca. Eso era exactamente lo que hacían en AquaSteve, puesto que no solo vendían material deportivo, sino que, por encima de todo, vendían esperanza.

La meticulosidad obsesiva de Carlos en su trabajo impedía que el equipo pasara más tiempo en sus respectivos hogares, en Miami, ya que el nadador quería entrenar siempre dos meses antes en las mismas aguas en las que iba a realizar su siguiente prueba.

• • • •

### **RETO 3: DOBLE CRUCE DEL CANAL DE LA MANCHA (REINO UNIDO)**

Carlos tenía un bañador naranja y un gorro AquaSteve del mismo color. Estaba sentado en la lancha, mirando el horizonte y observando lo libres que eran las olas al estrellarse con cualquier obstáculo que se pusiera en su camino.

Estaba a punto de comenzar la ruta del canal de la Mancha, que iba a ser un doble cruce. Es decir, doble sufrimiento; pero doble triunfo si lo conseguía.

Carlos se tiró de cabeza desde la lancha, con los ojos cerrados, ya que estaba tan nervioso que prefería no ver el fondo del mar.

Avanzaba en el agua, nadando a crol con rabia. Al lado de la zódiac estaba el pequeño barco que tradicionalmente dirigía cada travesía, pero no era el principal, pues la embarcación clave era la que transportaba al equipo de Carlos, tan fieles y preocupados en esta ocasión como en las anteriores pruebas.

Muchos nadadores habían intentado realizar esta travesía y lo habían conseguido, así que para Carlos no debía ser ningún problema. Pero eso fue exactamente lo que le preocupaba: que no llegara a ser un verdadero reto, que no fuera una proeza, a las que ya se estaba acostumbrando y que el público prácticamente le empezaba a exigir.

A veces no sabía si se quería llevar a sí mismo al límite debido a su “amor por el deporte” o debido a “la experiencia espiritual” que se suponía que debía ser una travesía como aquella. Cada miembro del equipo tenía su propia teoría: Amy creía que Carlos era un suicida en potencia, literalmente; Jennifer pensaba que era un poco masoquista; Julia sabía que uno de los defectos de su hijo era creer que era invencible (y resultaba que no lo era); y Steve creía que era un fenómeno, sí, pero también pensaba que era un genio con aires de grandeza (aunque esta opinión no se la había contado a nadie). No obstante, la realidad era mucho más simple y más obvia que todas las hipótesis anteriores, pero era tan simple y tan obvia que, incluso para el propio Carlos, era un verdadero misterio que se escapaba a su entendimiento.

Esta travesía consistía en recorrer los cuarenta kilómetros que separan la costa de Dover, en Inglaterra, de la costa de Calais, en Francia. Debido a la presión

a la que se sometía el propio Carlos, la decisión final fue hacer un doble cruce del canal de la Mancha, es decir, ochenta kilómetros en total.

Uno de los pocos deportistas que habían conseguido esta hazaña en el pasado era el nadador español Jaime Caballero. La condición física de Carlos, que cada vez se resentía más debido al esfuerzo, no le permitía luchar para superar ese récord, así que no le quedó otra opción que conformarse con hacer un doble cruce.

“Deberías tomártelo con más calma, tú mismo has dicho que esto no es una competición. Estás forzando el cuerpo y las últimas pruebas médicas no son muy favorables”, le decía Amy, pero a Carlos le entraba por un oído y por el otro le salía.

Tenían planeado empezar a las cinco de la tarde del 8 de noviembre de 2018. Solamente iban a disponer de poco más de dos horas de luz, puesto que a las siete de la tarde ya era de noche en esa época del año.

De las diecinueve horas que estuvo en el agua, catorce fueron de oscuridad. Carlos nadaba de noche, alumbrado por un foco procedente de la lancha de su equipo. Odiaba con todas sus fuerzas que el fondo del mar estuviera tan oscuro, pero decir que el fondo del mar estaba oscuro de noche hubiera sido una redundancia, porque todo estaba absolutamente negro, y eso aterraba profundamente al nadador.

Era como dejarse llevar en un sueño de lo más abstracto, al mismo tiempo que intentaba lidiar con el dolor, los mareos, los calambres y las ganas de vomitar.

Le picó una medusa en la palma de la mano, que es justo el punto que impacta primero con el agua al nadar a crol. “¿No hay otro sitio donde puedan picar las medusas? ¿Solamente en la mano?”, pensó Carlos, maldiciendo a esas bellas y peligrosas criaturas con todo su corazón.

No le quedó más remedio que nadar a braza en dirección a la lancha, donde le vendaron la mano para que pudiera seguir la travesía a crol, que era la forma más rápida y efectiva de alcanzar lo antes posible la meta, a la que llegó nadando entre lágrimas.

Dio sus primeros pasos en la playa y, antes de caer rendido al suelo, la asistencia médica lo ayudó a llegar a la ambulancia.

En uno de los carteles que sostenía el público se podía leer el título de la causa benéfica apadrinada por AquaSteve en esta ocasión: “Un mundo con deporte es un mundo mejor. Construcción de centros deportivos en diferentes países del mundo”.

A pesar de todo el ruido que había a su alrededor (el sonido de las cámaras, los periodistas intentando acercarse a la ambulancia para hacer preguntas, los gritos del público...), Carlos solamente era capaz de pensar en darle un buen bocado a una hamburguesa.

• • • •

Hablando de comida, el hombre-pez llevaba sin comer casi dos décadas. Ni su penitencia ni su propia moral le hubieran permitido alimentarse de otros peces. Para él hubiera sido como un acto de canibalismo.

La mejor forma de olvidar el hambre era nadando y eso era lo que hacía durante todo el día: pasearse por el limbo de los siete mares con la esperanza de encontrar algo de compañía de vez en cuando, para variar. Aumentó la velocidad y la fuerza de sus brazadas para seguir con su propia y particular travesía.

••••

## **RETO 4: TRAVESÍA LANZAROTE-FUERTEVENTURA (ISLAS CANARIAS, ESPAÑA)**

Carlos llevaba un bañador y un gorro azules de la marca AquaSteve y movía los brazos enérgicamente para calentar. Normalmente lo hacía para que el cuerpo entrara en calor antes del ejercicio, pero en esta ocasión lo hacía únicamente para conseguir expulsar todos los nervios que sentía en su estómago.

Estaba preparado para nadar desde Lanzarote hasta Fuerteventura y conseguir la gloria en el archipiélago canario, formado por un total de siete islas: Tenerife, La Palma, La Gomera, El Hierro, Gran Canaria y nuestras dos protagonistas, Lanzarote y Fuerteventura, que son las islas orientales.

Carlos nació y se crio en la isla de Tenerife. Allí tuvo una infancia muy feliz; pero, un día, cuando tenía nueve años, su padre le dijo: “Tienes que elegir si quieres ser un niño o un campeón”. Cuando Carlos oyó esa frase salir de la boca de su padre, él estaba jugando con sus juguetes y no supo qué decir. Como no fue capaz de darle una respuesta concreta, fue Antonio el que eligió por él y, con diez años, Carlos y su familia se mudaron a Miami, dejando muchos recuerdos bonitos atrás. Estos recuerdos se convirtieron en juguetes rotos y, finalmente, se transformaron en el dolor que todavía seguía padeciendo Carlos.

Se tiró de cabeza desde el muelle, con ganas. Ya había aprendido la lección en anteriores ocasiones. No había que empezar un reto con los ojos cerrados ni con miedo, sino con los hombros relajados, con temple y la mirada fija en el agua.

Carlos González se había convertido en una estrella mediática, incluso mucho más popular de lo que nunca llegó a ser como nadador en las piscinas. Ahora era un símbolo de esperanza para muchas personas, un hombre que había reconocido su error e intentaba enmendarlo de la mejor forma posible. Carlos vivía al margen de todo el show mediático, aunque de vez en cuando era inevitable que se diera cuenta del revuelo que estaba causando a lo largo de todo el mundo.

—Carlos González lo quiere volver a hacer. Se encuentra en estos momentos

recorriendo los cincuenta y cinco kilómetros que separan las costas de Arrecife, en Lanzarote, y de Puerto del Rosario, en Fuerteventura, en el océano Atlántico —decía un conocido presentador de televisión con entusiasmo y simpatía; pero, a pesar de esa eufórica actitud que mostraba, hacía un par de meses había criticado a Carlos sin medida, como tantos otros líderes de opinión.

Nadaba seguido por la zódiac y el barco guía. Se estimaba que el nadador estaría en el agua un total de trece horas. Esta nueva hazaña se llevó a cabo el 8 de abril de 2019 y apadrinaba una causa muy importante: la lucha contra el cambio climático, con la firme intención de concienciar al mundo de la transformación tan drástica que ha sufrido el planeta en la última década.

Su equipo le dio un plátano desde la lancha, además de una bebida energética, también de la marca AquaSteve, con un delicioso sabor a naranja, aunque el paladar de Carlos no estaba como para degustar sabores en aquel momento. Se tomó ambas cosas en pocos segundos y continuó con el viaje.

Cuando metió la cabeza en el agua y se dispuso a realizar la siguiente brazada, pudo percatarse de que estaba nadando sobre un grupo de tiburones ballena, que parecían estar allí tanteando el terreno. Carlos siguió, braceó y pataleó lo más rápido que pudo, con tal de alejarse de esos bichos, que aparentemente no tenían ninguna intención de hacerle daño. Pero no se fiaba, así que, por si acaso, continuó con su travesía acuática, nadando como si no hubiera un mañana.

Siguió avanzando en el mar. Eran las últimas brazadas antes de llegar a las escaleras del puerto. El ansioso público que lo esperaba echó abajo una de las vallas y se lanzó en manada al agua para esperar a Carlos. Fue imposible contenerlos, tanto para la policía como para los voluntarios que intentaban que los espectadores mantuvieran el orden.

Poco a poco, la gente fue ayudando a Carlos a avanzar los últimos metros en el agua. Iba pasando de una persona a otra, absolutamente agotado, sin saber exactamente lo que pasaba a su alrededor.

• • • •

## **RETO 5: DOBLE CRUCE DEL ESTRECHO DE COOK (NUEVA ZELANDA)**

Todo su equipo estaba allí con él, para apoyarlo, para ayudarlo y, en definitiva, para lo que hiciera falta.

Carlos, con su bañador y su gorro amarillos, intentaba coger aire en el muelle en el que se encontraba. Trataba de respirar profundamente por la nariz y exhalar por la boca, pero los nervios siempre entorpecen la capacidad respiratoria de un deportista, y Carlos estaba muy nervioso. Tenía que recorrer todo el estrecho de Cook, realizando un doble cruce.

Se tiró de cabeza desde el muelle, acosado por los gritos de las masas. Tenía los hombros relajados, estaba seguro de que todo iba a salir bien y permanecía fuerte, aunque un poco ansioso. Sin saber por qué, justo cuando iba a tirarse al agua cerró los ojos fuertemente. Después de todo, el miedo a veces llama a la puerta cuando él quiere, porque se puede permitir visitar a quien le apetezca cuando lo estima oportuno.

Carlos seguía su camino y en los momentos de mayor dolor y sufrimiento era cuando más fuerte nadaba, enrabiado con la vida, con su padre, con él mismo y con Matt; hasta que un día se dio cuenta de que no tenía sentido luchar contra nadie en su propia cabeza (ya era suficiente luchar contra él mismo), porque ellos, en realidad, no estaban allí. Así que decidió pelear solamente contra el mar, contra cada ola, una por una, según iban estrellándose contra su fornido cuerpo. Fue entonces, y solo entonces, cuando aquel viaje verdaderamente se convirtió en una experiencia espiritual.

Desde la lancha, Amy sostenía en sus manos la tablet en la que veía el medidor que marcaba las pulsaciones del deportista. Sin ninguna razón lógica aparente, y en cuestión de segundos, el corazón de Carlos pasaba de ciento cuarenta a ciento noventa pulsaciones por minuto. Todos supusieron que el medidor estaba funcionando erróneamente, pero estaban equivocados.

El barco pequeño que servía de guía acompañaba a la lancha del equipo AquaSteve. El doble cruce del estrecho de Cook no estaba siendo fácil. Este estrecho separa la isla Norte de la isla Sur de Nueva Zelanda a lo largo de cincuenta kilómetros, que se convertían en un total de cien kilómetros de

travesía, es decir, una ida y una vuelta agónicas. Tenía que nadar desde Wellington hasta Blenheim y luego volver.

Carlos seguía y seguía, pero era humano, más de lo que le hubiera gustado reconocer. Vomitó en el agua durante cinco minutos. Se apoyó en la lancha, cogió aire, se golpeó el pecho izquierdo con el puño derecho y continuó con un camino que solo él podía terminar.

Era de noche y nadaba a crol siguiendo la estela de luz que marcaba el foco de la lancha. Dicha luz, debido a la lluvia y a las duras ráfagas de viento, parpadeaba o se apagaba durante un par de segundos, por lo que Carlos a veces se quedaba nadando en la más inquietante oscuridad a la que nunca se hubiera enfrentado, mientras el corazón le retumbaba en su pecho como si fuera un tambor de guerra.

Serían un total de veinticuatro horas en el agua, de las cuales doce serían de oscuridad absoluta, así que no le quedó otra alternativa que hacerse a la idea.

Estaba programado que la travesía comenzara a las diez de la mañana del día 8 de noviembre y que acabara a las diez de la mañana del 9 de noviembre de 2019. El lado bueno era que en esa época del año era primavera en el hemisferio sur, por lo que las condiciones eran más favorables. El lado malo eran los tiburones, motivo por el cual una zodiac con dos francotiradores vigilaba bien de cerca a Carlos y a todo lo que se pudiera intentar acercarse a él (o morderlo).

El joven nadador continuaba con su travesía, ansioso por llegar a la meta. El rostro de Jennifer transmitía claramente dos cosas: la primera de ellas, que no aprobaba para nada el esfuerzo sobrehumano que estaba realizando Carlos; y, en segundo lugar, que tenía unas increíbles ganas de vomitar. Se estaba poniendo pálida y tenía arcadas.

—Tengo ganas de vomitar —dijo llevándose las manos a la boca y conteniendo el vómito.

Albert la ayudó, por si tenía que sujetarle el pelo cuando ella se fuera a asomar al mar, pero pudo contenerse y se recostó en su asiento.

—Será mejor que nos esperes en la meta —le aconsejó Amy, ayudándola a subirse a la lancha que llevaba a los submarinistas, que se cambiaron al barco del equipo principal para continuar con su labor de vigilancia. Albert acompañó a Jennifer para que no viajara sola.

Carlos proseguía con su camino. Ya quedaba menos. Bajo el agua, se pudo ver la estela que formó la lancha en la que Jennifer se ausentaba de ese reto, justo cuando faltaba tan poco para cumplir con el objetivo.

El público esperaba a Carlos en el puerto. La seguridad y el número de voluntarios habían aumentado para evitar que surgieran imprevistos como el de la travesía anterior. Todo el mundo aplaudía y animaba a su héroe.

Uno de los carteles rezaba: “No a la drogas. Por las personas que luchan para salir del horrible mundo de la adicción”. Esta era la nueva causa benéfica a la que la empresa deportiva había decidido prestar su apoyo.

Cuando puso el pie en el primer escalón, Carlos contempló el ambiente que había a su llegada. Le sobraron fuerzas para sonreír a toda la gente que lo esperaba. Vio a su madre y a su equipo, que lo recibieron con un abrazo de grupo a pocos metros de la ambulancia.

Estaban todos al completo, menos Jennifer. Carlos se dio cuenta de que su novia no estaba allí para recibirlo y miró a su alrededor, buscándola. Se dirigió a su madre y le preguntó:

—¿Dónde está Jennifer?

• • • •

El nadador luchaba con garra, su equipo sufría con él y el público que lo aguardaba en la meta aplaudía como si estuvieran en el Antiguo Coliseo Romano. Pero no todo eran pitos y flautas: la sombra de un monstruo acechaba cada paso del español, sin descanso, como si su vida dependiera de ello. El híbrido nadaba con rabia en las profundidades del océano mental de Carlos, moviéndose de una forma ondulante y, al mismo tiempo, amenazante. No había plantas ni algas ni animales a su alrededor. Solo agua.

• • • •

## **RETO 6: TRAVESÍA DEL CANAL DE MALTA (MALTA)**

Carlos, con un bañador y un gorro verdes AquaSteve, movía los brazos con energía, a punto de lanzarse desde la lancha y comenzar la travesía del canal de Malta.

Se dejó caer de espaldas desde la embarcación, tal y como hacen los buceadores. Era la primera vez en su vida que ejecutaba ese movimiento y cuando lo llevó a buen término tuvo un chute de adrenalina espectacular y sintió la emoción y la motivación necesarias para nadar.

La travesía del canal de Malta unía las costas de Malta y la costa italiana. El sexto reto era el cuarto paso de gigante que Carlos necesitaba dar. Tenía que hacerlo. Debía hacerlo. El público lo esperaba con ansias y, aunque él intentaba no pensar en nada ajeno a la propia natación, no podía evitar sentir el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, por el apoyo que estaba recibiendo por parte de la gente en tantos países de todo el mundo.

—Noventa kilómetros entre Mellieha, en Malta, y Pozallo, en Sicilia (Italia) —narraba una periodista procedente de Malta en un programa de televisión local—. Ese es el nuevo reto que realizará el nadador Carlos González durante veintidós agónicas horas de travesía, comenzando el 8 de marzo y terminando al día siguiente, el 9 de marzo.

La marca deportiva tenía planeado donar una importante suma económica a la causa benéfica de este reto, que consistía en ayudar a diferentes países afectados por catástrofes naturales.

Carlos avanzaba en el mar, nadando a crol. Era la quinta vez que vomitaba en menos de una hora y media. Amy había hecho un pacto con él y decidieron que si vomitaba más de seis veces en menos de dos horas, ella misma le ordenaría a los buzos que lo sacaran del agua. Más le valía no vomitar una sexta o una séptima vez. Así que se tragó el vómito y siguió.

Julian, el fisioterapeuta, le dio un masaje en el hombro al nadador, mientras este se apoyaba en el borde de la lancha. Se comió un plátano como quien había estado atrapado durante un mes en una isla desierta. Después se tiró al agua, con más hambre y sed que nunca. En aquel instante, su boca salivaba cuando pensaba en beber un batido de chocolate, pero sobre todo tenía ganas

de saborear otra victoria.

Varios enfermeros ayudaron a Carlos a subir las escaleras de este nuevo muelle, de esta nueva hazaña y de una nueva travesía cumplida con éxito, sudor y lágrimas.

Estaba lleno de calambres y de picaduras de medusas. El personal médico lo ayudó a llegar a la ambulancia. A medida que caminaba hacia el vehículo, Carlos se dio cuenta de que volvía a echar en falta a una persona muy especial para él.

## 12. Nadar como el primer día

Había dado cuatro pasos de gigante hacia el éxito con el que soñaba y hacia la paz que anhelaba. Ya casi era un hombre, pero le faltaba algo y no sabía lo que era exactamente.

Lo había conseguido, había sobrevivido a un total de seis retos sobrehumanos, pero también había pagado un precio muy alto por llegar donde estaba. “¿En eso consiste ser un hombre? ¿En pagar un precio por las decisiones que tomas?”, se preguntaba. Efectivamente, en eso consistía ser un hombre, entre otras cosas, por supuesto. Pero no hay duda de que para un hombre es necesario saber dónde están los límites para no sobrepasarlos. Sin embargo, para Carlos no había límites; por lo tanto, no era un hombre. Todavía no. Su gran reto estaba todavía por llegar, y su destino, aún sin cumplir.

Su cuerpo se resentía cada vez más y no sabía cuánto podría resistir aquella odisea sin fin; las relaciones con los miembros de todo su equipo y su familia se habían vuelto algo distantes, ya que él estaba demasiado ocupado entrenando y no tenía tiempo para nada más; la amistad que tenía con Steve y el trato con su madre se mantenían, por suerte, gracias a la comprensión y a la paciencia de ambos; pero luego estaba Jennifer, que acusaba mucho estar tan lejos de casa y el hecho de ver tan poco tiempo a Carlos. La mayor parte de las veces, cuando lo hacía, solo era para verlo sufrir en el agua.

Si Carlos sufría, Jennifer también lo pasaba mal, y eso le generaba una situación de estrés que la sobrepasaba en ocasiones. Tenía pesadillas, insomnio e, incluso, náuseas, que empezaban justo en el momento en que entraba en contacto con cualquier barco, aunque este no estuviera en movimiento. Era evidente que se trataba de algo psicológico y, por eso, Amy le enseñó algunos trucos para respirar mejor y mantener la calma. La cuestión era que Jennifer necesitaba a Carlos tanto como Carlos necesitaba a Jennifer, pero él estaba tan obsesionado con sus retos que apenas podía dedicarle el tiempo que ella se merecía.

Aquella noche, Carlos estaba en la camilla, en la habitación del hotel de Sicilia. Su fisioterapeuta le estaba masajeando el hombro derecho, que seguía dando problemas. Todo el equipo AquaSteve estaba con él, incluida su madre. Estaban todos, excepto Jennifer.

Julian terminó el masaje en el hombro de Carlos y este se incorporó, hasta

quedarse sentado sobre la camilla mirando a su equipo. Su grupo lo miraba con preocupación.

—Seré breve y directo —dijo Julian en un tono dramático—. Esto necesita reposo.

—¿Cómo que reposo? —preguntó Carlos alarmado—. ¡Hay un calendario que cumplir!

—La salud está primero. Si sigues como hasta ahora, te revientas. Lo siento —sentenció el fisioterapeuta.

Carlos se llevó las manos a la cara y se tapó el rostro, sin poder creerse que hubieran llegado tan lejos y que ahora se viera obligado a parar. El siguiente reto estaba cerca y la preparación diaria resultaba fundamental para conseguir llevar la travesía a buen término. Cogió aire y se calmó, pues no le quedaba otra opción.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Carlos, ya más relajado.

—Es difícil de decir —dijo Julian encogiéndose de hombros—. Sencillamente, el tiempo que tú necesites para recuperarte. Pueden ser dos meses, tres o cuatro. Todo depende de ti y de que te lo tomes con calma.

—¿No puedo nadar en dos meses? —se alteró otra vez.

—Lo siento —volvió a repetir Julian, sin saber qué más podía añadir.

—Carlos —empezó a decir Steve, intentando animarlo—, nadie nos persigue... Lo estás haciendo bien. A lo mejor tiene razón y necesitas un respiro.

—Tienes que descansar —contribuyó Amy—. Las últimas pruebas cardíacas indican desequilibrios en el ritmo de tus pulsaciones cuando estabas en el agua. Tu corazón necesita un tiempo de descanso.

—No es grave, ¿verdad? —preguntó preocupada Julia a Amy.

—Si tomamos las precauciones adecuadas, no debería serlo —explicó la doctora.

Carlos estaba decepcionado. Tenía ganas de llorar, pero se contuvo. Steve le dio una palmada en la espalda y al salir de la habitación se encontró a Jennifer, sentada en el suelo y apoyada en la pared del pasillo del hotel, que se levantó y se dirigió a Steve. Ella fue la primera en hablar:

—¿Puedo hablar contigo, Steve? —dijo seriamente.

—Sí, claro —contestó él.

—¿Cuál es el límite? —añadió muy seria.

—¿A qué te refieres? —preguntó, aunque en el fondo sí lo sabía—. Está un poco cansado, nada más.

—¿Cansado? —dijo Jennifer, impresionada por la actitud despreocupada de Steve—. Eso si no tienes en cuenta a los tiburones y las picaduras de las medusas.

—Pero esos tiburones no hacían nada. Son animales pacíficos —dijo Steve, creyéndose su propia mentira de una forma muy convincente—. Escucha, entiendo que estés preocupada, pero Carlos puede con esto y con mucho más. Lo conozco. Además, todos sabíamos en lo que nos metíamos desde el principio...

—Yo no —repuso ella.

Parecía muy afectada.

—Tú también necesitas descansar —le dijo Steve poniéndole la mano en el hombro en señal de cariño—. Te veo mañana en el desayuno.

Steve se fue y Jennifer permaneció allí de pie, paralizada.

Esa noche, Carlos y Jennifer dormían sobre el incómodo colchón de la habitación del hotel. Por primera vez en mucho tiempo, él pudo disfrutar de un sueño muy profundo. Jennifer estaba a su lado y se movía continuamente en la cama. No era capaz de dormirse.

Miró a Carlos y le dio un beso. Se dio la vuelta y miró al techo. Empezó a realizar las respiraciones que le había enseñado Amy, así que puso las manos sobre el vientre y comenzó a inhalar por la nariz y a exhalar por la boca. Por fin, después de un rato, fue capaz de dormirse.

Carlos empezó a respirar de forma agitada. Estaba teniendo una pesadilla. Era “La Bestia”, que volvía a perseguirlo en sus sueños. Su expresión, mientras seguía dormido, era de sufrimiento, como si estuviera viendo cosas en esa pesadilla que hubiera deseado no ver nunca.

Abrió los ojos de golpe, totalmente sobresaltado, sudando y con la respiración entrecortada. Miró a su lado y vio a Jennifer durmiendo. Se incorporó para tocarse la pierna, ya que sintió una pequeña molestia en la parte posterior, en el bíceps femoral. Pero la molestia fue yendo a más.

De repente, un acto reflejo hizo que su pierna se estirara casi por inercia y empezó a sentir una presión que lo desgarraba por dentro. Se retorció de dolor y empezó a gritar. Jennifer se despertó inmediatamente.

—¿Qué te pasa? —le preguntó asustada.

—¡Ahhhh! —gritaba Carlos de dolor.

—Dime, ¿qué te pasa?

—¡Un calambre! —dijo, intentando hacerse entender lo mejor que pudo, mientras apretaba los dientes—. Llama a Julian y a Steve.

—¡Voy! Ahora vuelvo —dijo Jennifer, al borde de un ataque de pánico.  
Carlos siguió gritando, al tiempo que se agarraba la parte posterior de la pierna derecha con la mano, como si tuviera miedo de que se le fuera a desprender del cuerpo por el dolor. Cerró los ojos y allí estaba él:

• • • •

El hombre-pezu nadaba en las aguas más profundas y tenebrosas del océano. Estaba perdido y miraba a su alrededor con angustia. Se suponía que aquel era su territorio y que lo conocía como la palma de su mano, pero estaba más perdido que nunca.

Desde hacía ya un tiempo, había perdido el rumbo en diferentes ocasiones, posiblemente por el hecho de que ese lugar se había convertido en su jaula, en su prisión, y no sabía cómo escapar de ella por mucho que lo intentara, por mucho que gritara soltando burbujas por la boca.

El vértigo se apoderó del monstruo con escamas azules, piel gris pálida, ojos negros y membranas gelatinosas entre los dedos de las manos. ¿Qué se suponía que debía hacer un capitán cuando no tenía rumbo? ¿Qué debía hacer un monstruo cuando era él el que estaba asustado? ¿Dónde estaba la salida cuando su propia casa se había convertido en su celda?

• • • •

Steve fue el primero que entró en la habitación. El tinerfeño tenía el rostro lleno de lágrimas y seguía agarrándose la pierna. Ya ni siquiera tenía fuerzas para gritar. Luego entró Julian y la última en llegar fue la novia de Carlos, que también estaba llorando.

Jennifer se apoyó en la pared y se tapó la boca con la mano derecha para contener el llanto. Steve intentó calmarla y le dio un abrazo. Luego se dirigió a su amigo:

—Tranquilo, compañero —le dijo Steve al joven nadador, que estaba enroscado en la cama, sin parar de sollozar.

—Respira, Carlos —le dijo Julian—. Respira...

El fisioterapeuta le dio la vuelta suavemente, para conseguir que estuviera boca abajo. Le bajó los pantalones y le fue masajeando la pierna con delicadeza. El dolor empezaba a remitir.

—Que nadie se lo cuente a mi madre —se le pudo entender a Carlos, que seguía haciendo un gran esfuerzo cuando quería hablar—. No quiero que se preocupe.

En ese momento, Julia entró en la habitación junto a Amy.

—Estupendo —dijo Steve para sí mismo, en tono de resignación.

El equipo AquaSteve estaba casi al completo en la habitación, todos en pijama. Julia se llevó las manos a la cara y luego abrazó a Jennifer, que seguía sin poder digerir lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la madre de Carlos con un hilo de voz.

—Nada, es solo un calambre —respondió Julian—. Ya remite. Tranquilo. ¿Mejor?

Carlos asintió. Ya no le quedaban fuerzas para hablar. Su expresión mostraba absoluto cansancio. Solo quería dormir, era lo único que le pedía el cuerpo en ese momento. Jennifer se apoyó nuevamente en la pared, por la que se dejó caer hasta quedar sentada en el suelo. Ella también hubiera dado lo que fuera por dormir y por tener un momento de tranquilidad para poder olvidarse de la angustia que sentía.

Carlos cerró los ojos y se dejó llevar en un sueño profundo, ligeramente menos desagradable que el anterior, en el que vio algunas pinceladas del pasado, concretamente de momentos que lo cambiaron para siempre:

• • • •

Antonio, diez años más joven, entró en la habitación de Carlos, cuando este tenía catorce años. El joven nadador estaba echado en la cama, de espaldas a su padre. Estaba llorando. Su padre se sentó a su lado.

—¿Qué ha pasado hoy? —preguntó el patriarca.

—Que he perdido —contestó su hijo secándose las lágrimas.

—Eso ya lo sabe todo el mundo. Lo que quiero saber yo es por qué has perdido.

—Fui más lento que los demás...

—Dime algo que no sepa —replicó Antonio en un tono seco y autoritario—.

¿Te das cuenta de lo que está en juego?

—¿Las deudas? —preguntó Carlos inocentemente, girando la cabeza para mirarlo.

—¿Qué? —se sorprendió su padre—. ¡No! Tu futuro. Nuestro futuro.

Carlos necesitó unos segundos para atreverse a decir lo que de verdad pensaba:

—A lo mejor no quiero volver a nadar.

Aquel comentario sacudió a Antonio como si le hubieran dado un puñetazo en la cara.

—¿Cómo dices? —preguntó ofendido.

—Que no quiero volver a nadar —repitió Carlos, esta vez de una forma más directa y con menos miedo.

Antonio se levantó de la cama para intentar asimilarlo. Daba vueltas por la habitación. Se llevó las manos a la cintura, impotente, sin saber por qué su hijo actuaba de esa forma tan inesperada.

—Después de los sacrificios que hemos hecho tu madre y yo —siguió Antonio, decepcionado—, ¿te atreves a decir que lo quieres dejar?

Carlos también se levantó de la cama. Por primera vez en su vida, se atrevió a desafiar a su padre.

—¡Yo siempre he querido nadar en el mar, pero tú no me dejas!

—No hay competiciones de natación en el mar. Y no me levantes la voz.

—Está el Marathon Swimming —dijo Carlos llevándole la contraria—, las travesías de natación de larga distancia.

—¡Eso no es un deporte! —se enfadó su padre—. Michael Phelps se dedica a

un deporte de verdad. ¿Sabes lo que es en realidad el Marathon Swimming? El saco donde acaban metiéndose todos los nadadores fracasados. Además, ¿quién practica esa disciplina?

—Trent Grimsey, Philip Rush, Yveta Hlavacova —contestó el joven Carlos con seguridad—, Susie Maroney, Alison Streeter y David Meca. —Su padre estaba sorprendido al ver cómo su hijo lo acorralaba de esa forma—. ¿Te doy más nombres?

—¡Carlos, tú nunca vas a nadar en el mar! —sentenció Antonio de forma contundente, poniéndose a la defensiva.

—¡Nunca me dejas hacer nada de lo que yo quiero! ¡Nunca puedo hacer lo que hacen mis amigos! ¡No quiero vivir aquí! ¡Quiero volver a España!

—No me grites —le dijo Antonio en un tono severo de advertencia.

—El que se mete en el agua soy yo, no tú —quiso dejar claro el adolescente—. ¡Y te grito si me da la gana!

Antonio le propinó una sonora bofetada a Carlos. Cuando vio a su hijo, sin habla y llevándose la palma de la mano a la mejilla colorada, se arrepintió; pero, llegados a ese punto, no podía echarse atrás.

Julia, también diez años más joven, entró en la habitación y se puso entre su marido y su hijo.

—¡Para! —le advirtió su mujer.

—¿Tú lo acabas de oír? —dijo Antonio fuera de sí, más alterado que nunca.

—Déjalo.

—¿Te atreves a despreciar nuestro esfuerzo? —le gritó Antonio a Carlos, perdiendo los papeles y mirándolo por encima del hombro de su madre.

—Vete —le ordenó Julia.

Antonio dudó un instante. Era consciente de que se tenía que controlar para no perder más los nervios. Salió de la habitación, pero antes de cruzar el marco de la puerta dijo:

—A ver si tú puedes hacer que entre en razón...

Antonio se fue y Carlos se dejó caer en la cama. Julia se sentó a su lado y le puso el brazo por encima de los hombros. Hubo un silencio previo a la conversación, que finalmente rompió Julia:

—¿No quieres volver a nadar? —quiso saber su madre.

—No lo sé.

—Nadie te va a obligar a nada.

—Él —replicó Carlos.

—Escúchame, nadie te va a obligar —recalcó Julia agarrándole la barbilla

cariñosamente a su hijo para que la mirara—. De eso me encargo yo. Si sigues nadando, hazlo como si fuera el primer día que te metiste en una piscina, con la misma ilusión. ¿Me lo prometes?

Antonio escuchaba la conversación atentamente al otro lado de la puerta. El joven Carlos miró a su madre y asintió. Después de oír aquello, no se sentía tan solo ni tan desprotegido, pero dudaba seriamente que su madre pudiera cumplir su promesa, pues conocía perfectamente la tozudez y la tenacidad sin filtros de su padre. Julia le dio un beso a Carlos, con todo el amor que siente una madre por su hijo.

• • • •

Antonio, otra vez con cincuenta y tres años a sus espaldas, tenía los ojos cerrados y estaba muy metido en sus pensamientos, rememorando pinceladas del pasado que también lo cambiaron a él. Al final resultó ser que Carlos estaba en lo cierto: la tenacidad de Antonio le había ganado la batalla al amor de Julia.

Alcanzaba a oír de fondo el sonido de los gritos de Matt, que tenía cuatro medallas de oro y una de bronce colgadas del cuello. Parecía estar de muy mal humor y no paraba de gritar en los vestuarios del estadio olímpico. Will, su padre, lo escuchaba atentamente y asentía a todo lo que decía, como si tuviera miedo de su propio hijo. Antonio abrió los ojos y volvió a la realidad.

El evento olímpico del año 2020 ya había concluido. Matt había ganado cinco medallas y, precisamente por eso, Antonio no comprendía el malestar de su pupilo.

—¿Habéis visto la repetición? —gritó Matt—. Se ve claramente que yo llego el segundo, no el tercero. Esta puede ser una de las mayores injusticias de la historia de este deporte.

—Has llegado tercero —dijo Antonio sin apenas pestañear. No tenía ninguna duda de que así había sido.

—¿Me entrenas a mí o a ese mexicano que me ha robado la medalla? —le preguntó Matt de forma agresiva.

Antonio no contestó, aunque lo podría haber hecho. Sencillamente, creyó que podía ser divertido seguir oyendo las perlas que estaba soltando su engreído pupilo, porque no tenían desperdicio.

—Debería estar contento con todo lo que he ganado, pero me han fastidiado el día —se quejó el campeón olímpico, como si fuera un niño pequeño que había vuelto al patio del colegio.

—Tienes cuatro medallas de oro y una de bronce, Matt —dijo Antonio, que seguía insistiendo en resaltar la verdad que su pupilo era incapaz de apreciar en ese momento—. Eso es más de lo que muchos ganarán nunca.

—Eso no es una excusa para que me arrebaten mi plata.

Will Gordon observaba a su hijo con cautela, guardando las distancias y dejando que su niño se desahogara sin límites.

—¡Aun así es un gran logro! —repitió Antonio, que ya comenzaba a enfadarse

—. Nunca te olvides de por qué empezaste a nadar. Ahora solo eres capaz de ver la derrota. Otros días solo verás la victoria. ¿Mi consejo? Disfruta como el primer día que empezaste a nadar.

Por fin, el señor Gordon, apoyándose en el comentario de Antonio, encontró el coraje para dirigirse a su hijo:

—Escucha a Antonio, que de esto sabe un rato. Ahora volvemos a casa, todo el mundo te recibirá como a un héroe, te relajas unos días y a volver a ganar.

Después de unos segundos tratando de asimilar lo que le acababa de decir su padre, Matt miró a Antonio y preguntó:

—¿Qué pasa con el contrato?

Will también miró al entrenador.

—Eso. ¿Qué pasa con el contrato, Antonio? —inquirió el padre del nadador

—. Siempre que te saco el tema, me das largas.

Antonio sacó un contrato del bolsillo de su pantalón. Estaba plegado numerosas veces sobre sí mismo. Se lo dio a Will.

—¡Estupendo! —exclamó el señor Gordon, agarrando con entusiasmo la cara de Matt—. Ya es oficial. Y tú, hijo, tienes cuatro medallas de oro. Olvídate de la de bronce.

—Es verdad —reconoció el otro—. ¿Qué hago con la medalla de bronce? No la quiero.

—¡Tírala a la basura! —lo animó su padre riéndose.

Matt también soltó una carcajada.

—No la voy a tirar a la basura —dijo mientras seguía riendo—. Toma, Antonio, dásela a tu hijo. Dile que es de mi parte.

Le puso la medalla a Antonio en la mano. Este se pensó muy bien cuál iba a ser su siguiente movimiento, mientras miraba el galardón de bronce que tenía ahora entre sus dedos. Finalmente, se decidió y tiró la medalla contra la pared. Se acercó a Matt, desafiante. El señor Gordon reaccionó rápidamente y se puso en medio de ambos para proteger a su hijo, aunque no lo hizo con demasiado convencimiento.

—Era solo una broma —trató de convencerlo Will.

—¿Te parece a ti que esté de humor para bromas? —reivindicó Antonio.

Matt estaba comenzando a asustarse de verdad.

—Antonio, lo siento —dijo el nadador con nerviosismo, incluso, un tanto acobardado—. Si te ha sentado mal, te pido perdón.

El entrenador miró a Matt y a su padre con desprecio. Ya no había marcha atrás.

—A veces, si quieres salir a la superficie, tienes que nadar entre medusas —  
sentenció Antonio.

Matt y el señor Gordon se miraron desconcertados.

—¿Nos estás llamando medusas? —preguntó Will con el ceño fruncido.

—Eso es exactamente lo que os estoy llamando. Lo dejo.

Antonio se dirigió hacia la salida del vestuario.

—¿Adónde vas? —preguntó Will, todavía sin creerse lo que estaba pasando. Aún tenía la esperanza de que la diplomacia arreglara el problema—. Vamos a solucionar esto. Además, me acabas de dar un contrato por siete años con tu firma en él.

—Mira el contrato, necio. Está sin firmar —añadió Antonio, para la sorpresa de sus interlocutores—. Me iba a ir de todas formas. Siempre has sido un capullo arrogante, pero tu hijo se lleva todas las medallas a la arrogancia. Y no precisamente las de bronce, sino las de oro.

Antonio abandonó el vestuario. El señor Gordon desplegó el contrato. Necesitaba verlo con sus propios ojos. No estaba firmado. Su cara de enfado contrastaba con la cara todavía incrédula de Matt.

• • • •

Ya era octubre. Carlos había vuelto a Miami con su equipo y llevaba sin nadar siete meses. Seguía sin hablarse con su padre. Solo tenía tiempo para la rehabilitación. Aunque aquello era lo que necesitaba, el cuerpo le volvía a pedir guerra; pero lo cierto era que todavía no estaba recuperado para volver a nadar en el mar.

Carlos estaba sentado en la cocina y su madre, Jennifer y Amy lo acompañaban, mientras él comía su desayuno. Steve interrumpió ese entrañable momento matutino y entró en el piso con un acompañante inesperado: Alonzo.

—Tengo una pequeña sorpresa. Mira quién ha venido...

—¡Carlos! —gritó Alonzo con su habitual energía—. He oído que has tenido algún problema por el camino.

—No hemos tenido tiempo de aburrirnos —dijo Carlos antes de estrecharle la mano—. Me alegro de verle.

—Yo también me alegro —dijo el millonario—. Lo has hecho muy bien.

Julia, Jennifer y Amy miraban al inversor con curiosidad, preguntándose quién podría ser aquel señor de barba blanca que parecía tan involucrado en el proyecto. Steve se percató de ello e intentó actuar rápidamente y con picardía:

—Es un amigo de la familia —les susurró a las chicas.

—Steve, ¿no me vas a presentar a estas bellas mujeres? —preguntó Alonzo.

—Sí, claro —empezó Steve, que parecía que se había desprendido de la pompa con la que habitualmente se dirigía al italiano—. Esta es Julia, la madre de Carlos; Jennifer, su novia; y la doctora del equipo, Amy.

Alonzo les estrechó cordialmente la mano, una a una. Luego volvió a mirar a Carlos.

—Estarás listo para la travesía en el lago de Como, ¿verdad? —le preguntó Alonzo—. No me puedes fallar.

—Por supuesto —contestó Carlos sin dudar, para la sorpresa de su equipo.

Jennifer, Julia y la doctora se volvieron a mirar. Seguían sin saber quién era exactamente este hombre y desconocían qué función cumplía en la empresa. Era la primera vez que lo veían. Miraron a Steve nuevamente, como pidiéndole explicaciones, y este reaccionó de la mejor forma que pudo:

—Ha tenido la amabilidad de hacernos algunas gestiones —volvió a

susurrarles.

—¡Carlos! —le gritó su madre—. Tienes que descansar.

—Mamá, da tiempo de sobra para que me recupere.

—No debes nadar —le dijo Amy—. Tienes que dejar que tu cuerpo evolucione a su propio ritmo.

—¿Qué sentido tendría AquaSteve si lo que hacemos fuera fácil? Carecería de sentido, ¿verdad? —contestó Carlos mirando a todos los miembros de su equipo.

Nadie contestó, salvo Alonzo:

—¡Ese es mi chico!

Jennifer miraba a su novio con ligera decepción. Desde luego, aquel viaje no estaba siendo para nada lo que ella pensó que sería. Se sentía impotente. Carlos le devolvió la mirada y supo inmediatamente lo que ella estaba pensando.

## 13. Disfrutar del dolor

La relación de Carlos y Jennifer había llegado a un momento crítico, a un punto de no retorno en el que el más débil o el más fuerte de la relación acabaría decidiendo cuál sería el resultado final.

Ella se encontraba tumbada en los jardines que estaban cerca del piso de Carlos. A pesar de ser octubre, todavía hacía buen tiempo y ella se tumbó sobre el césped. Se preguntaba cuál podría ser la salida del laberinto en el que estaba metida. Quería a Carlos, pero, al mismo tiempo, se sentía atrapada en esa odisea tan apasionante como peligrosa. Y eso era precisamente lo que le daba miedo: que un día el mar llegara a ser tan peligroso que fuera capaz de arrebatarse a su novio sin contemplaciones.

Este pensamiento, el simple hecho de perder a Carlos, la removió por dentro con una brutalidad que hacía mucho tiempo que no sentía. Pensó en el día de su primera cita con Carlos y reflexionó sobre aquellas cosas que no se atrevió a contarle. Aquel día, ella estaba muy nerviosa (aunque no lo aparentara), en aquel muelle de Miami, comiendo hamburguesas y bebiendo batidos de chocolate. Desde ese momento, se enamoró del muchacho introvertido que parecía estar librando una guerra contra el mundo, pero ella siempre supo que, en el fondo, tenía un buen corazón.

Así que eso hizo: allí, tumbada en el húmedo césped, revivió aquella primera cita una y otra vez en su mente, con los ojos cerrados, mientras respiraba profundamente:

• • • •

Se dirigieron al muelle del South Pointe Park, el lugar de pensar de Carlos. Cuando llegaron, Jennifer se sentó en uno de los bancos del muelle, mientras él fue a buscar la comida. Durante el tiempo que estuvo esperando a que su compañero llegara, Jennifer pudo oír el sonido del mar y de las olas. Sintió que había algo que atrapaba su atención y sus sentimientos en aquel momento, aunque no hubiera sabido decir de qué se trataba.

Carlos llegó con la cena: una bolsa llena de hamburguesas y batidos de chocolate. La puso encima del banco y se sentó a comer su hamburguesa. Ella sonrió.

—¿Así que esta es tu idea para un viernes por la noche? —preguntó Jennifer.

—Siempre ha sido mi plan perfecto —dijo Carlos con la boca medio llena—. Lo que pasa es que es la primera vez que lo pongo en práctica. Come, se te va a enfriar.

Jennifer lo miraba con la habitual curiosidad que le generaba su compañero. Cogió una de las hamburguesas, la desenvolvió y le dio un mordisco. Carlos le dio otra mordida a la suya.

—Mmmmm... Hacía cuatro años que no comía una hamburguesa —dijo Carlos, que parecía que estaba en el cielo en ese momento.

—¿En serio? Tampoco pasa nada por comerse una de vez en cuando...

—Ya... La próxima vez que veas a mi padre, se lo dices, por favor —dijo él con un tono lleno de resentimiento contenido.

—¿De qué era esa hamburguesa que te comiste hace cuatro años? —preguntó Jennifer.

—De carne, beicon, huevo, mayonesa, ketchup y muchísimo queso. Fue un sábado, 14 de junio.

Jennifer se rio.

—¿Te acuerdas de la fecha?

—Esa hamburguesa no se olvida fácilmente —continuó Carlos, con una intensidad propia de alguien que habla de política—. Todos los días después de entrenar, mi cerebro no podía parar de pensar en esa hamburguesa. El lado bueno de estar sancionado cuatro años es que ya no tengo que fantasear con comer hamburguesas o batidos de chocolate. Ahora como lo que yo quiero.

—Me encantan los batidos de chocolate —dijo Jennifer, gesticulando mucho

con la mirada y abriendo bien los ojos.

Carlos sacó un batido de chocolate de la bolsa y se lo dio a su acompañante. Ambos se miraron y se rieron. Ella no dudó ni un segundo en coger el batido y darle un trago. Estaba frío, como a ella le gustaba.

—¿Tienes familia? —quiso saber Carlos.

—Sí, viven en Los Ángeles. Yo soy de allí, pero me mudé aquí hace un año. Necesitaba empezar de cero...

—¿Por qué lo necesitabas?

Hubo un breve silencio. Jennifer lo miró fijamente y esquivó su pregunta con habilidad:

—¿Y por qué no?

• • • •

Volvió a abrir los ojos. Las respiraciones habían hecho efecto y estaba más tranquila, aunque todavía no tenía ni idea de la decisión que iba a tomar con respecto a su relación con Carlos.

Jennifer oyó el sonido de unos pasos sobre la hierba. Era su novio. El nadador se acercó a ella con sigilo, pues sabía que el ambiente estaba un poco caldeado, y se sentó a su lado. Ambos agradecían aquel día despejado. No había ni una sola nube en el cielo.

Ella no lo miraba, ya que estaba muy ocupada cortando el césped con sus propios dedos. Seguía pensativa.

—¿Te acuerdas de nuestra primera cita? —le preguntó ella.

—Claro que me acuerdo —respondió él desconcertado.

—Parece que hace una eternidad —dijo Jennifer muy seria.

—¿Qué te pasa?

—Ya sabes qué me pasa.

—Estoy bien —dijo Carlos intentando convencerla, pero con poco éxito—. Voy a estar bien, te lo prometo.

—Yo no sabía que esto iba a ser así —comentó ella, dejando entrever que la situación se le iba de las manos.

—¿Y cómo creías que iba a ser?

—No lo sé. Es la primera vez que salgo con alguien a quien no le importa nadar entre tiburones y medusas durante horas. Parece que te gusta sufrir... ¿Te gusta el dolor? Porque no le consigo encontrar el sentido —se sinceró Jennifer.

—No me gusta sufrir. Pero no me queda otra que aprender a disfrutar del dolor —dijo Carlos, sabiendo perfectamente la magnitud de las palabras que acababa de pronunciar.

—Estupendo. Era lo que me faltaba por oír —se quejó ella, mirándolo como si él le estuviera gastando una broma pesada.

—No se me ocurre otra forma de explicarlo —continuó Carlos—. Disfruto con cada brazada, con cada calambre y con cada picadura de medusa. Es parte del encanto, de la experiencia... Es lo que hago, disfruto en el agua, incluso cuando eso implica sufrir.

Jennifer no contestaba. Carlos sacó un batido de chocolate del interior de su

chaqueta y lo puso delante de ella.

—¿Quieres? —le preguntó a su chica sonriendo.

Ella miró el batido, muy seria todavía, pero saltaba a la vista que estaba conteniendo las ganas de reír.

—Si tú no lo quieres, me lo tomo yo —le dijo Carlos llevándose el batido a la boca.

—¡Dámelo! —gritó Jennifer riéndose, al tiempo que se abalanzaba sobre él para arrebatarse el batido, que casi se derrama.

Carlos observó cómo ella se tomaba el batido y empezó a reírse.

—Cuando me lo acabe, voy a seguir estando enfadada —dijo en un tono amenazante.

—Por eso compré más —respondió Carlos—. Están en la habitación. Te quiero, Jennifer.

Su novia lo miró y se siguió tomando el batido. Había algo en él que la sacaba de sus casillas; pero allí seguía, a su lado, como en aquella primera cita en el muelle.

Quedaba una semana para la travesía del lago de Como, así que Carlos no tenía tiempo que perder para estar preparado físicamente. Había llegado a un punto en el que machacar su cuerpo para conseguir estar listo era más importante que respetar sus propias limitaciones y su salud.

Los siguientes días fueron una sucesión de momentos decisivos para la preparación del nadador: se dedicaba a correr continuamente por la calle, aumentando cada vez más su velocidad; Amy le hizo varios análisis de sangre y de orina para otro test antidopaje; pasó por diferentes pruebas médicas, una de las cuales consistía en tumbarse en una camilla que se introdujo dentro de una especie de túnel que escaneó su cuerpo; y siguió corriendo una y otra vez, con coraje y agresividad. La rabia se podía palpar en cada uno de sus movimientos.

Amy estaba sentada detrás de un escritorio, mirando los papeles del resultado de la prueba antidopaje que le acababa de hacer a Carlos.

—Sigues limpio —afirmó Amy—. ¿Le estás cogiendo el gustillo a la honestidad?

—¡Qué simpática! —exclamó Carlos en un tono irónico. La verdad es que no le hizo demasiada gracia.

Trabajaba exhaustivamente en el gimnasio con Julian, su fisioterapeuta, y con Michael, su preparador físico. Corría en la cinta con un tubo que se enganchaba a su boca a través de una mascarilla. Sufría y sudaba como en el

día más caluroso de verano, mientras realizaba aquella prueba de esfuerzo, que consistía en un electrocardiograma que monitorizaba la respuesta de su corazón al ejercicio físico, por medio de unos electrodos que iban a parar a su pecho.

Los días previos a la travesía acuática, corrió incluso con más fuerza.

Paró de correr. Miró al cielo, agotado. Volvió a sentir un pinchazo en el corazón y se llevó la mano al pecho izquierdo. Cerró los ojos y en cuestión de segundos vio cómo la “La Bestia” lo observaba con detenimiento desde el fondo del mar. Abrió los ojos otra vez y su gesto de dolor fue calmándose poco a poco.

• • • •

## **RETO 7: TRAVESÍA DEL LAGO DE COMO (ITALIA)**

Eran las tres de la madrugada en el lago de Como y Carlos, junto a todo su equipo, ya estaba casi preparado para comenzar el séptimo reto. La oscuridad de la noche contrastaba con la iluminación de la catedral de Como y de las casas cercanas, cuyas luces se reflejaban en el lago.

Julian le ponía grasa a Carlos en el cuerpo, debajo del neopreno de AquaSteve, para protegerlo del frío. Julia, Alonzo, Steve, Jennifer, Amy, el barco guía y la lancha auxiliar con submarinistas a bordo observaban, como si estuvieran hipnotizados, los movimientos de Carlos, que hacía girar los brazos para calentar. Estaba inquieto, nervioso y alerta.

En un momento así, no se permitía el lujo de pensar en el pasado ni en el futuro. Solo había hueco en su mente para pensar en la siguiente brazada y luego en la siguiente y luego en la siguiente, hasta llegar a la meta. Eso era lo que llevaba haciendo toda su vida, solo que ahora por fin estaba siendo capaz de mantenerse en el presente, que era lo que realmente importaba.

Steve le enseñó a su amigo una camiseta muy especial para ellos dos y para todo el equipo en general. El diseño era moderno y sus letras decían: “AQUASTEVE: ocho retos para cuatro años de sanción”. Carlos sonrió.

—Yo quiero una de esas —comentó señalando la camiseta con el dedo.

Saltó al agua desde la lancha y empezó a nadar a crol. El hombro no se había recuperado del todo, pero estaba un poco mejor. Las embarcaciones encendieron sus motores y el público que estaba junto a la catedral de Como empezó a chillar y a silbar para animar al nadador. La zodiac del equipo iluminaba el camino de Carlos por el lago. Eso era todo lo que tenía que hacer: seguir a aquella luz y dar brazadas, una detrás de otra.

La travesía del lago de Como estaba resonando en multitud de medios de comunicación, gracias al impacto mediático que habían adquirido Carlos y Steve con su empresa deportiva. Estaban muy cerca de hacer historia, tal y como había dicho Steve en su momento.

El reto consistía en nadar cincuenta kilómetros desde la catedral de Como hasta llegar a Gera Lario. Todo se dispuso para comenzar a nadar a las tres de la mañana del 8 de noviembre de 2020, para conseguir acabar la travesía a las

tres de la tarde, aproximadamente.

Las primeras tres horas las tenía que nadar en la más absoluta oscuridad y estaba previsto que estuviera dentro del agua un total de doce horas.

Amy sostenía la tablet desde la lancha y observaba con detenimiento los cambios que se producían en el ritmo cardíaco de Carlos. El esfuerzo desmesurado de los años anteriores y, sobre todo, de los últimos meses había conseguido que su cuerpo hubiera sobrepasado su límite hacía tiempo. Nadaba a ciento setenta pulsaciones por minuto y eso era demasiado para un nadador profesional de la talla de Carlos.

Nadaba con las pocas fuerzas que le quedaban. Una reportera esperaba al nadador en la meta, junto a unas doscientas personas del público, mientras hablaba a cámara:

—Carlos González, el nadador sancionado hace tres años por dopaje, ha encontrado una nueva forma de reinventarse durante sus cuatro años alejado de la competición. Es embajador y copropietario de AquaSteve, la nueva marca deportiva que está arrasando en el mercado. Sin embargo, muchos se preguntan si las impresionantes travesías y el apoyo a causas benéficas son solo una estrategia para limpiar su imagen.

¿Buscaba Carlos limpiar su imagen? Lo que quería era redención. Si al decir “limpiar su imagen” se referían al perdón que él buscaba cada día en las aguas de medio planeta, pues sí, quería limpiar su imagen.

Ya estaba llegando al muelle, después de la travesía más exigente que había realizado hasta la fecha, debido al agotamiento físico y mental que ya acumulaba. Las cámaras y el público lo esperaban expectantes.

Llegó a las escaleras y dos enfermeros, como era habitual, lo ayudaron a subir. Había un pasillo formado por las vallas que contenían a los aficionados, en las que había guardias de seguridad que controlaban a los periodistas y al público. Se podía leer en el tradicional cartel de llegada el nombre de la causa benéfica que la empresa AquaSteve apoyaba en esta ocasión: “No a la violencia de género”.

Al final del pasillo, Carlos vio una ambulancia. Se dirigió hacia ella, con ambos enfermeros agarrándolo de los brazos. De pronto, empezó a ver de forma borrosa la silueta del vehículo hacia el que caminaba y el pasillo cada vez era más largo y difuso, hasta que se desplomó con tal fuerza contra el suelo que ni siquiera los enfermeros pudieron detener el impacto.

• • • •

El hombre-pezu seguía donde de costumbre: en su prisión, solo que esta vez nadaba por las aguas del lago de Como. Se mostraba curioso por salir a la superficie y presenciar lo que estaba a punto de ver por primera vez. Salió por las mismas escaleras por las que lo había hecho Carlos y empezó a caminar de forma torpe debido a sus aletas. Vio que no había nadie, ni un alma. Estaba todo desierto. Contuvo la respiración todo lo que pudo fuera del agua y siguió dando pasos. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué arriesgarse a salir de su hábitat natural?

Se llevó las manos al cuello, donde sus branquias se movían enérgicamente intentando buscar agua, pero no la encontraron. Solo se toparon con el aire asfixiante de ese otro mundo. Fue entonces cuando “La Bestia” cayó al suelo, agonizando. No aguantó mucho más antes de desmayarse.

**LA BESTIA:** Todo el mundo tiene un rol preestablecido. Todos somos pequeños engranajes de una maquinaria imparable. Cada engranaje tiene una función, pero si uno de ellos se rebela, se asfixia. Son pocos los engranajes que consiguen romper sus cadenas para crear su propia maquinaria, su propio mundo: un lugar sin límites en el que puedes ser exactamente quien quieras ser.

Todas las bestias esconden un secreto. Nuestro monstruo escondía muchos. El principal de sus secretos era que quería ser libre. Puede que, después de todo, los monstruos no solo quieran destruir el mundo. Al menos, no todos ellos. Algunos solo buscan encajar donde nunca han podido hacerlo.

## 14. La decisión de Jennifer y la confesión de Alonzo

Carlos despertó en el hospital. Estaba bien, solo que algo aturdido. Intentaba recordar qué fue lo que había pasado, pero solamente le llegaban flashes a la cabeza del hombre-pepe saliendo a la superficie y ahogándose. Ni siquiera se acordaba de si había conseguido acabar la travesía en el lago.

Abrió los ojos y parpadeó varias veces, intentando enfocar las manchas borrosas que veía. Poco a poco, las imágenes difuminadas fueron cogiendo forma. Eran Steve, Amy y Julia, situados alrededor de la camilla del hospital. Los tres lo miraban preocupados, pero esta vez había algo en la actitud de todos ellos que desconcertó a Carlos. Cualquiera hubiera dicho que estaban enfadados, posiblemente por el susto que les había dado al desmayarse antes de llegar a la ambulancia.

Pero Steve, haciendo uso de su sentido del humor (era un maestro quitándole hierro a este tipo de situaciones), lo cual Carlos agradeció en el alma en ese momento, dijo:

—Hemos llegado a la conclusión de que nos das estos sustos solo porque quieres llamar la atención.

—Me has pillado —respondió Carlos con voz débil, ya viendo con total claridad todo lo que le rodeaba.

Aunque los presentes sintieran la necesidad de golpear al nadador para desahogar los nervios y la incertidumbre que habían experimentado en las últimas horas, la alegría superaba al rencor. Su madre le dio un abrazo y Amy le dio una palmadita en el hombro. Carlos recibió aquel gesto de la doctora como el abrazo más cálido y cariñoso que le hubieran dado nunca, ya que era una persona que no se caracterizaba precisamente por expresar sus emociones. Por último, Steve le chocó la mano. No hacía falta nada más entre amigos; aquel apretón de manos era suficiente para mostrar el aprecio y el cariño que se tenían mutuamente.

Carlos miró a su alrededor, todavía aturdido. Sabía que faltaba alguien y, a pesar de que su estado mental y físico hacía que pensara más lento de lo normal, no tardó ni un segundo en darse cuenta de a quién echaba en falta.

El equipo estaba llegando al hotel desde el hospital en uno de los coches

personales que Alonzo había dispuesto para el equipo AquaSteve, para cualquier cosa que necesitaran.

El vehículo dobló la esquina y aparcó en la acera situada justo enfrente del hotel. Por la ventanilla del coche, Carlos pudo ver a Jennifer, que se encontraba en la entrada, sentada sobre su maleta de equipaje. Estaba llorando.

Todos se bajaron del coche. Carlos entendió perfectamente lo que estaba pasando: ella se marchaba.

El equipo caminó hacia el hotel y se encontraron frente a frente con Jennifer, que se secó las lágrimas de la cara con la mano y se levantó de la maleta en la que estaba apoyada. Carlos se dirigió a su equipo:

—¿Nos dejáis solos?

Todos se fueron sin decir una sola palabra, intentando evitar el contacto visual con Jennifer, usando la vieja táctica de mirar fijamente al suelo.

—¿Vas a algún lado? —preguntó Carlos, aunque él ya sabía cuál era la respuesta, pero la verdad es que no se le ocurrió otra forma más original de empezar la conversación.

—Vuelvo a casa —contestó Jennifer con voz todavía llorosa.

Carlos apartó la mirada.

—Se acabó —continuó ella—. Todo... Lo nuestro también.

Él la miró. Se sentía traicionado y, al mismo tiempo, acorralado. Ya no le venía a la mente ninguna de esas ocurrencias que hacían que ella sonriera en los momentos de tensión. Se quedó en blanco.

—Estos últimos meses no han sido fáciles, pero estoy bien —le dijo él, agotando sus últimos cartuchos.

—Es evidente que no lo estás. No sé cómo te permiten seguir...

—Porque confían en mí. Estoy bien.

—Vale, tú estás bien. O eso es lo que dices, aunque ya no te creo —reaccionó Jennifer subiendo el tono de la conversación—. ¿Y yo qué?

—¿Qué pasa contigo? —quiso saber Carlos. No estaba del todo seguro de entender a qué se refería.

—Nunca me has preguntado a mí si yo estoy bien —dijo Jennifer de forma contundente, empezando a llorar de nuevo—. ¿Te acuerdas del accidente que te dije que tuve con aquel chico en su moto? No te conté la verdad. Él murió y yo estuve muy cerca de correr la misma suerte. Después de ese día, tuve ataques de pánico y ansiedad durante años. Estaba enganchada a las pastillas y a los calmantes. Y, cuando por fin estaba bien, después de dejarlo todo atrás,

llegaste tú. Entraste en mi vida y la volviste a poner patas arriba. Al principio pensaba que eras la persona que necesitaba a mi lado, pero me he dado cuenta de que no es así. Me haces daño, Carlos.

Él se quedó helado al oír aquello.

—Nunca me lo habías contado. ¿Cómo iba a saberlo? —se defendió él.

—No quería que lo supieras. Pero ahora ya lo sabes —continuó Jennifer—. Hace dos meses que he vuelto a tener ataques de pánico. Y hace un año que empecé a tomar pastillas otra vez, y todo porque tú has decidido nadar con medusas y tiburones y arriesgar tu vida. Me voy.

Jennifer cogió su maleta y se fue. Carlos se puso en su camino. La agarró de los hombros.

—Queda muy poco para acabar, Jennifer —le dijo Carlos mirándola a los ojos, casi suplicándole—. Simplemente siento que esto es lo que tengo que estar haciendo ahora en mi vida. Muy pronto todo va a volver a ser como era al principio. Te lo prometo.

—No voy a ver cómo te sigues haciendo daño —repuso ella—. Todo el mundo tiene un límite. Incluido tú.

Jennifer se soltó de las manos de Carlos y siguió caminando. Abrió la puerta de un taxi y se subió en él. El taxista introdujo el equipaje en el maletero. Antes de que Jennifer cerrara la puerta, el español le dijo:

—Fuiste tú la que me animó a seguir. Si no fuera por ti, yo no estaría aquí. ¿Y ahora te vas?...

—Adiós —concluyó Jennifer y cerró la puerta del taxi.

Carlos se quedó unos segundos observando cómo el vehículo arrancaba y se alejaba poco a poco de él.

• • • •

Steve entró en la piscina techada del hotel sosteniendo unas carpetas en las manos. Ya no tenía chaqueta, pero sí tenía camisa y corbata, aunque el nudo lo llevaba suelto para que no le agobiara.

De repente, se topó con una imagen que lo sacudió por dentro: Carlos estaba dentro de la piscina, medio hundido y flotando boca abajo. En ese momento, Steve se temió lo peor. Tiró sus carpetas al suelo y empezó a correr hacia la piscina.

—¡Carlos! ¡Carlos! —gritó desesperado.

Con el móvil en la mano, saltó al agua. Se zambulló y empezó a nadar lo más rápido que pudo. Carlos tenía los ojos cerrados debajo del agua. Parecía inconsciente. Steve se sumergió y, antes de que pudiera agarrar a su amigo para tirar de él, este abrió los ojos violentamente. Steve lo agarró y le sacó la cabeza del agua, intentando llevar a cabo una maniobra de salvamento bastante torpe.

—¿Pero qué has hecho? —seguía gritando.

Carlos, ya completamente consciente de lo que pasaba a su alrededor, se sacudió asustado. No sabía por qué su amigo actuaba de esa forma.

—¿Qué? —preguntó Carlos—. ¿Qué haces, Steve?

—¿Qué hago yo? —respondió el otro gritando—. ¿Qué se supone que haces tú?

—¡Descansar, tío! —dijo el nadador, también alterado.

Steve tenía ganas de llorar y miró a su amigo con la más absoluta sinceridad.

—No me engañes, “Charlie” —dijo el dueño de AquaSteve secándose las lágrimas de la cara—. Estabas intentando... ¿Verdad?

Carlos no entendía a qué se refería. Frunció el ceño, intentando averiguar de qué iba todo aquello, hasta que intuyó qué era lo que se estaba imaginando Steve.

—¿Qué dices? No estaba... ¡No! —gritó, comprendiendo finalmente cuáles eran las conjeturas de su amigo.

—Carlos, un día de estos vas a acabar conmigo...

—¿Creías que quería suicidarme? —preguntó Carlos fuera de sí.

—¡No lo sé! No sé lo que pensaba. Simplemente te vi ahí, medio muerto y... Madre mía, creo que me va a dar un ataque —dijo Steve, también fuera de sí y,

efectivamente, al borde de una crisis de ansiedad.

Carlos se dio cuenta de que iba en serio, por lo que decidió hablarle con tranquilidad.

—Steve, ¿por qué no te calmas un poco? —dijo Carlos de la forma más suave que pudo—. Intenta...

Antes de que acabara la frase, Steve se hundió bruscamente bajo el agua y empezó a gritar, soltando toda la tensión en forma de burbujas, que salían de su boca con una fuerza descomunal. Volvió a sacar la cabeza del agua. Su rostro parecía agotado.

—¿Mejor? —le preguntó al jefe de la empresa.

—Un poco —dijo más aliviado Steve—. ¿Has probado alguna vez lo de gritar debajo del agua? Sienta bien.

—No, tengo que probarlo —mintió Carlos.

Ambos apoyaron los brazos en el bordillo de la piscina, sin salir de ella.

—¡Vaya susto! ¡Vaya susto! —dijo Steve, todavía con las emociones a flor de piel—. Oye, siento mucho que Jennifer se haya ido.

—Sí, yo también —respondió con tristeza.

—Puedes contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé. Gracias, Steve —le contestó cariñosamente.

Después de unos segundos de silencio, Steve preguntó:

—¿Te acuerdas del instituto?

—No me lo recuerdes, por favor —dijo Carlos en tono de súplica.

—Nadie quería ser tu amigo, ¿te acuerdas?

Steve soltó una carcajada y consiguió sacarle una sonrisa a Carlos, y este último dijo:

—Hasta que llegaste tú.

—Hasta que llegué yo... Tampoco eras capaz de hablar con ninguna chica —siguió Steve, que parecía estar disfrutando con aquel tema de conversación.

—Y tú eras incapaz de no hablar con ellas —replicó Carlos—. No nos parecemos en nada. ¿Por qué nos hicimos amigos?

Steve se rio y dijo:

—No lo sé... Lo que sí sé es que siempre has sido como mi hermano.

—Siempre.

—Solo hablabas en español —continuó Steve—. No querías hablar en inglés. Y ahora nunca hablas en español. ¿Por qué?

A Carlos le dolió aquella pregunta y, antes de contestar, le llevó unos segundos digerirla.

—No lo sé —dijo—. Supongo que intenté dejarlo todo atrás. El idioma, mis recuerdos, todo. Nunca quise irme de España. Dolía pensar en el pasado.

—Somos quienes somos debido a lo que hemos vivido y eso incluye el dolor, nos guste o no —afirmó Steve.

Una vez más, Carlos se quedó sorprendido ante esa reflexión tan profunda. No era la primera vez que tenía la sensación de que, en el fondo, Steve era mucho más que un bromista. Todo lo que decía tenía un sentido, incluso sus bromas.

—Desearía poder borrar el pasado —dijo Carlos—. ¿Crees en las segundas oportunidades?

—Creo que hay que desterrar el pasado para vivir el presente. A partir de ahí, todo puede pasar. La única guerra por la que merece la pena luchar en la vida consiste en estar en paz con nosotros mismos.

—¿Estás conmigo? —preguntó Carlos a su amigo—. ¿Pase lo que pase?

—Hasta el final —contestó Steve con decisión.

La doctora entró en la piscina. Parecía tener mucha prisa.

—Os he estado buscando por todo el hotel —dijo alterada—. Tenemos un problema.

—¿Más problemas? —se quejó Steve—. ¿No podemos aparcar los problemas por un día?

—Es grave —dijo Amy muy seria.

Se dirigieron al hospital todo lo rápido que pudieron. Los dos amigos entraron en una de las habitaciones del mismo hospital en el que, horas antes, había despertado Carlos. Alonzo estaba en una camilla, conectado a diferentes tubos y a un monitor cardíaco.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Steve.

—Mejor que nunca —contestó Alonzo irónicamente. Saltaba a la vista que estaba hecho polvo, aunque seguía sonriendo, como de costumbre—. Ya os lo dije a los dos. Me queda poco tiempo.

—No diga eso, señor. Saldrá de esta —lo animó Steve.

Carlos estaba ahí de pie, paralizado, sin saber qué decir.

—De esta no, Steve. Eres un buen chaval. Me alegro mucho de haberte conocido. ¿Me dejarías hablar a solas un segundo con Carlos?

—Claro, señor. Lo que necesite.

Steve salió de la habitación. Carlos acercó una silla a la camilla y se sentó.

—¿Qué le ocurre?

—Acabo de tener mi segundo infarto en tres años. Y tengo un cáncer de pulmón incurable —contestó Alonzo, que empezó a toser—. ¿Crees que soy

una buena persona?

—Por supuesto —contestó Carlos sin pensárselo dos veces.

—Te equivocas.

Ante esa afirmación, el nadador se atrevió a preguntar algo que llevaba mucho tiempo queriendo saber.

—¿Puedo hacerle una pregunta? Necesito saber de dónde procede exactamente su fortuna.

Alonzo sonrió.

—Algunos deportistas —empezó a decir el anciano— dedican su vida solamente a cultivar su cuerpo y se olvidan de la mente. Pero desde que te conocí, me di cuenta de que ese no era tu caso.

—Necesito saberlo —insistió Carlos.

—Mi fortuna procede del sucio negocio de la droga. Yo la distribuía por diferentes puntos del mundo. Me llegué a convertir en uno de los distribuidores de cocaína más valorados del sector y en uno de los más eficientes. Yo no la producía. Lo que, por cierto, no me convierte en mejor persona. Es irónico. Malgasté gran parte de mi vida intentando meterme en este negocio, y la otra parte intentando huir de él. Por eso, decidí ayudarte, Carlos. Vi tu caso por la televisión y decidí darte lo que yo nunca más voy a poder tener: una segunda oportunidad.

Carlos lo miraba de reojo, sin poder creer lo que acababa de oír.

—No puedo seguir después de saber esto —dijo mirando al octogenario.

—Sí puedes —contestó Alonzo—. Y debes. Tú no eres una persona normal. Tienes un gran corazón. Gracias a tus retos, he podido donar toda mi fortuna a causas que de verdad importan. Gracias a ti y a Steve. Acaba lo que empezaste y descubrirás la verdad.

—¿Qué verdad? —quiso saber Carlos.

—La verdad —siguió Alonzo, haciendo un último esfuerzo, con su voz sonando cada vez más débil— sobre quién eres. Sobre quién es tu verdadero padre. Me envía ÉL...

Carlos empezó a ponerse cada vez más nervioso.

—¿De qué habla? ¿Quién es ÉL?

Alonzo comenzó a sentir un dolor muy fuerte y agudo en el pecho y se llevó la mano hacia la parte inferior del pectoral izquierdo.

—¡Señor!...

El monitor cardíaco de Alonzo se paró y comenzó a sonar un pitido interminable. Carlos se levantó de la silla y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Señor! ¡Ayuda! ¡Señor!... —gritó.

Varios médicos entraron en la habitación. Una enfermera acompañó a Carlos hacia la puerta, mientras este pudo ver cómo Alonzo se aferraba a sus últimos segundos de vida.

• • • •

Carlos observaba el mar desde el barco, apoyado en una de las vallas del lateral de la embarcación. Volvía a estar en las islas Canarias, en el océano Atlántico, concretamente a escasos metros de Playa de Santiago, en la isla de La Gomera.

Estaba sin camiseta, solo con el bañador puesto.

Julia se acercó a su hijo y le dijo:

—Siento mucho lo de Alonzo. Y también siento que Jennifer se haya ido.

Carlos no se sentía preparado para hablar de ninguno de esos dos asuntos. Su expresión era de cansancio y de tristeza.

—Te he oído hablar con papá por teléfono —le dijo a su madre—. Sé que quieres que lo deje y que estás preocupada por mí.

—No tienes que hacerlo —le dijo Julia en un tono desesperado, acercándose a él—. Ya no tienes nada que demostrar.

—Nací para hacerlo —dijo Carlos decidido, con la vista clavada en el movimiento ondulante de las olas—. ¿Qué más has hablado con él?

—Sé que atraviesas un mal momento con tu padre, pero ¿sabes qué fue lo que me dijo antes de colgar? —mencionó ella y Carlos la miró—. “Carlos es más fuerte de lo que piensas”, me dijo. Tu padre te quiere, muchísimo. Aunque a veces no sepa demostrarlo.

Carlos siguió mirando el mar.

—¿Estás nervioso? —le preguntó Julia.

—Sí.

—No sé si has nacido para ganar medallas —siguió ella—, pero has nacido para estar en el agua y para mí ya eres un campeón. Cuando tenías cinco años, todavía usabas manguitos para nadar. Eras asmático y no parabas de usar el inhalador. Los demás niños se reían de ti. Un día, fuimos a la playa. Había muchas olas. Tu padre y yo estábamos discutiendo, para variar. De repente, nos dimos cuenta de que ya no estabas. Te buscamos por todas partes, pero no aparecías. Al rato, tu padre te encontró flotando en el agua, al lado de las rocas. Te había arrastrado la corriente. Te trajo a la orilla y estabas inconsciente, con los pulmones llenos de agua. Pensábamos que te habíamos perdido. Se te paró el corazón durante un minuto, pero volviste con nosotros escupiendo el agua de los pulmones. A las pocas semanas, ya estabas otra vez

en la piscina y, desde aquel día, nunca más volviste a usar tus manguitos ni tu inhalador.

Carlos miraba a su madre, emocionado.

—No lo sabía —le dijo a Julia.

—No voy a ser yo quien te impida meterte en el agua —dijo ella—. Estoy orgullosa de ti. Te quiero.

Amy y Steve interrumpieron aquella entrañable charla de madre e hijo.

—Carlos —empezó Amy—, Steve y yo creemos que no debes volver a nadar. ¿Verdad, Steve?

Steve no contestaba y la doctora le dio un codazo.

—Sí, eso —dijo su mejor amigo a regañadientes.

Carlos miró fijamente a Steve.

—Por Alonzo —dijo el nadador.

Steve lo miró a los ojos, asintiendo.

—Por Alonzo —respondió el directivo de AquaSteve.

—¿Qué? —gritó Amy incrédula— Estáis locos, los dos.

Carlos le dio un abrazo a su madre. Julia le acarició la cara. Después le dio un abrazo a Steve. Los dos amigos no solían tener demasiadas muestras de cariño entre sí, pero se fundieron en un abrazo que demostró el verdadero valor de la amistad que tenían.

—Te veo luego, hermano —le dijo Steve.

Carlos se dirigió a la parte posterior del barco, dispuesto a empezar la octava y última travesía. Amy lo persiguió.

—¡Carlos! —dijo ella, en un último intento de hacerlo entrar en razón—, tu corazón no está bien. Esto es una locura. No me puedo hacer responsable de lo que te pase si decides nadar.

El deportista llegó a la popa del barco, que estaba prácticamente a ras del nivel del mar. La lancha con los buceadores lo estaba esperando y ellos estaban dispuestos a hacer su trabajo si llegaba el momento. Carlos miró el mar, cogió aire profundamente y luego se giró en dirección a Amy.

—Y no tendrás que hacerlo —le dijo a su doctora—. Gracias.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Por todo —replicó Carlos, agradecido por todo lo que Amy había hecho por él, y le dio un abrazo. Ella no se lo esperaba y, al principio, le costó encajarlo, pero luego también lo rodeó con sus brazos.

—Al menos ponte el neopreno...

—No me hace falta —dijo Carlos segundos antes de tirarse de cabeza al mar.

## 15. Una nube de medusas

### **RETO 8: TRAVESÍA LA GOMERA-TENERIFE (ISLAS CANARIAS, ESPAÑA)**

Carlos nadaba junto a tres enormes ballenas. Volvía a estar en la misma batalla de siempre, luchando en su circo romano particular. Aquella era su arena y se movía en ella como un gladiador, solo que en lugar de tener espada tenía su cuerpo para pelear contra la corriente, contra las olas, contra animales marinos y contra sí mismo.

Se había preguntado durante mucho tiempo qué se sentiría al nadar al lado de una ballena. Ahora tenía a tres de ellas junto a él. Eran cachalotes, concretamente un macho de dieciocho metros y dos hembras de quince metros cada una. Estos animales pesaban más de quince toneladas y Carlos no los miraba como si fueran extraños, sino como si fueran sus hermanos.

Desde la lancha, Amy, Steve, Julia y el resto del equipo AquaSteve (Albert, Josean, Julian y Michael) observaban con detenimiento todo lo que pasaba alrededor de Carlos. Por norma general, los cachalotes no eran animales agresivos. Eran pacíficos y no prestaban demasiada atención a las embarcaciones, pero todo el equipo, tanto desde la lancha como en el barco guía, sentía una gran tensión al ver a estos animales nadando junto a Carlos. Al rato, las ballenas siguieron su propio camino y el nadador con el suyo, para la tranquilidad de todos los que observaban.

Seguía nadando a crol en el mar. Ya no lo hacía con tanta fuerza y desparpajo, comparado con su rendimiento en las anteriores travesías, sino que cada brazada era una montaña que escalar y cada ola se parecía más bien a un tsunami.

Steve le había repetido en varias ocasiones algo que lo llenó de fuerzas en aquel momento de sufrimiento: “Tú has nacido para nadar en el océano y te has conformado toda tu vida nadando en una pecera”, así que se agarró a ese pensamiento y siguió nadando, tratando de no pensar en el dolor.

Aquel era el último reto, el último calvario de Carlos. Tenía que nadar noventa y tres kilómetros en mar abierto desde Playa de Santiago, en la isla de La Gomera, hasta el Puerto de la Cruz, en la isla de Tenerife (islas Canarias), y tenía que hacerlo en compañía de sus viejas amigas las medusas, que, por

algún extraño motivo, no se acercaron para picarle en esta ocasión. Solamente le hicieron compañía, posiblemente en el momento que Carlos más lo necesitaba. Estas aguavivas lo rodearon sin tocarlo, como compañeras que daban ánimos y apoyo a un viejo amigo.

La tensión se podía palpar en el ambiente, sobre todo en el caso de Julia, que se tapaba continuamente la boca con las manos y, en ocasiones, también se tapaba los ojos para no ver lo que pasaba.

Mientras el temerario nadador seguía con su travesía, medio mundo estaba pendiente de él y de la última hazaña épica de AquaSteve. Miles de televisiones, periódicos y radios alrededor del planeta hablaban de la noticia.

—Ha llegado el día —decía el presentador del principal informativo de Miami—. Hoy, 8 de diciembre de 2020, a las doce del mediodía, Carlos González ha comenzado el que será su último reto en mar abierto, antes de cumplir con su cuarto año de sanción por dopaje. AquaSteve colaborará esta vez con diferentes asociaciones para intentar erradicar los principales focos de pobreza infantil en el mundo —concluyó el presentador.

¿Carlos era un villano o un héroe? Algunos hablaban de él como si fuera un santo, y otros, como si fuese el mismo demonio. Probablemente, no era ninguna de las dos cosas. Solo era un aspirante a hombre que nadaba como un pez.

Carlos se paró y se dejó hundir en el agua. Su corazón latía con más velocidad de lo normal. Amy sostenía desde la lancha la tablet que le decía cómo evolucionaba el estado físico y cardíaco de su nadador. De pronto, el medidor del dispositivo, que marcaba ciento noventa pulsaciones por minuto (lo cual era una barbaridad), se paró. Se quedó en blanco, marcando cero.

La principal teoría a la que quiso aferrarse la doctora era que su tablet se había roto, pero no era así. Lo que se había roto era el corazón de Carlos, literalmente. Pero volvió y, por medio de un espasmo, el corazón volvió a latir y el medidor cardíaco marcaba de repente doscientas veinte pulsaciones por minuto.

Amy y Steve miraban la pantalla aterrorizados, pero lo que les daba más miedo todavía era que Carlos no hubiera salido a la superficie desde hacía ya un buen rato. Este se tocó el pectoral izquierdo. Sentía más dolor que nunca en esa zona.

Julia se asomó a la embarcación, al borde de un ataque de pánico.

—¿Qué pasa, Steve? —le preguntó perdiendo los nervios.

El medidor de la tablet se quedó en cero otra vez. El corazón de Carlos volvió

a pararse. Cada vez se hundía más en el fondo del mar, como si el agua intentara tragarlo de un bocado.

Steve no sabía qué hacer. Él era el jefe y el encargado de dar las instrucciones y las órdenes. Él era el hombre de las respuestas ingeniosas y el que tomaba las decisiones en situaciones al límite. Ahora se sentía indefenso y casi tan vulnerable como se encontraba Carlos.

El corazón del nadador volvió a latir. Doscientos cuarenta pulsaciones por minuto. Amy miró a Steve y luego a la lancha que llevaba al equipo de buceadores. Se dirigió al directivo de la marca deportiva con un hilo de voz:

—Steve...

Doscientos sesenta pulsaciones por minuto y subiendo. Carlos gritaba debajo del agua. Las burbujas salían a una velocidad desproporcionada de su boca y su rostro agotado estaba rodeado del color del océano más precioso del mundo. Por supuesto, él no era capaz de apreciar la belleza de lo que le rodeaba, porque ya estaba acostumbrado a vivir en ese hábitat.

Se sintió agobiado por las gafas de natación y los dos gorros de silicona que llevaba puestos, así que se los quitó. Prácticamente, se los arrancó de la cabeza. Cerró fuertemente los ojos bajo el agua, como si deseara desaparecer. Ya eran pocas las burbujas que salían de su nariz y su boca, pues había ahogado casi toda la desesperación interna que lo atormentaba, pero era consciente de que ese no iba a ser su último grito en el fondo del mar.

El sonido del canto de una manada de delfines hizo que abriera los ojos inmediatamente. Giró la cabeza para verlos. Lo empezaron a rodear muy despacio. Uno de ellos se le acercó, lo miró a los ojos y le dijo con una voz familiar: “Sí puedes”. Carlos lo acarició suavemente y el animal se dejó querer, pero solo durante unos segundos. Luego desapareció junto a su manada en las profundidades del océano.

Todo el equipo de Carlos se había contagiado de la preocupación de Julia, incluido Steve, que estaba paralizado. No sabía cuál era la decisión que debía tomar.

—¡Steve, por favor! —le gritó la madre de Carlos. Era la primera vez que Steve veía a Julia enfadada.

Permaneció pensativo durante unos segundos más, con mucha tensión en el cuerpo.

—¡Steve! —volvió a repetir Amy para hacerlo reaccionar.

Finalmente, Steve cogió el megáfono y empezó a dar instrucciones al equipo de buceadores.

—¡Vale! ¡Equipo de buceo! ¡Al agua! Abortamos la travesía. Repito: abortamos la travesía. Traigan a mi amigo de vuelta.

Los dos hombres que formaban el equipo de buzos, ambos de unos treinta años, se llevaron los respiradores a la boca y se tiraron de espaldas hacia el agua con suma velocidad desde la lancha de apoyo. Se dirigieron hacia el fondo del mar, más o menos en dirección a la zona donde creían que podía estar Carlos. Buscaron por todas partes, pero el nadador no se encontraba allí.

Uno de los buzos miró hacia la superficie y agarró a su compañero del hombro para llamar su atención. Le señaló hacia arriba, y los dos pudieron ver la silueta de Carlos deslizándose con más energía que nunca hacia la superficie del mar. Ambos buceadores se miraron, perplejos.

Carlos salió del agua nadando a mariposa. Aquel estilo de natación era uno de los que más esfuerzo requerían, por la complejidad de su técnica, pero él parecía estar más en forma y renovado que nunca. Aun así, su corazón seguía estando al límite, a doscientas veinte pulsaciones por minuto, tal y como marcaba el dispositivo de Amy, que se encontraba conectado al reloj del nadador.

—¡Ahí está! —gritó su madre, llevándose la mano al pecho. Su corazón también estaba a punto de estallar.

El equipo dio un grito de alegría y todos respiraron tranquilos cuando lo vieron. “Ya hemos llegado demasiado lejos. Esto no merece la pena”, pensó Steve.

—¡Steve, sácalo del agua ya! —le advirtió Amy.

—¡Sácalo, Steve! —añadió Julian apoyando el criterio de la doctora.

Cuando el jefe de la empresa se fue a llevar otra vez el megáfono a la boca para dar la orden a Carlos de que saliera inmediatamente del agua, pasó algo insólito que ninguno de los presentes había presenciado en su vida. Un grupo de delfines, el mismo que se encontró Carlos en las profundidades, saltaban a toda velocidad fuera del agua, haciendo piruetas alrededor del nadador, mientras este seguía nadando a mariposa.

Aquel momento no era uno de esos que se pudieran interrumpir a golpe de megáfono, sino que había que observarlo y saborearlo, ya que probablemente no se volvería a repetir.

Steve bajó el megáfono y dio la orden a todas las embarcaciones de seguir con la travesía. Los buzos estaban de vuelta en la lancha y todo seguía según lo planeado.

Durante más de media hora, los delfines siguieron haciendo sus piruetas junto al embajador de AquaSteve. Parecían una manada (Carlos incluido) y nadaban como si fueran uno.

• • • •

Antonio estaba esperando a Carlos en la meta, en el Puerto de la Cruz. Después de coger varios aviones y un número interminable de autobuses, allí estaba, esperando al nadador como un miembro más del efusivo público, que cantaba y bailaba más animado que nunca.

Carlos entró en el muelle de llegada y la multitud empezó a gritar. Ya no era capaz de oír los gritos de la gente. Completó sus últimas brazadas, sin poder sentir su cuerpo y con síntomas de hipotermia. Llegó a las escaleras. Cuatro enfermeros lo ayudaron a salir. Más que ayudarlo, tuvieron que tirar de él en peso, porque no era capaz de moverse. No paraba de temblar. Le dieron una manta térmica y lo pusieron en una camilla.

Antonio intentaba abrirse paso entre el gentío. Cuando consiguió llegar a la primera fila, se topó con una valla. Vio a su hijo a lo lejos, que se iba acercando a él a través del tradicional pasillo formado por la gente, custodiado por guardias de seguridad.

Antonio saltó la valla y dos guardias se le abalanzaron para detenerlo.

—¡Es mi hijo! —gritó Antonio—. ¡Es mi hijo!

Carlos se giró y vio a su padre.

—¡Papá! —gritó con las pocas energías que le quedaban.

La seguridad del evento dejó pasar a Antonio y este fue a dar con su hijo. Le cogió la mano, que le temblaba sin medida.

—Sa... sabía que... que... vendrías —dijo Carlos tartamudeando del frío—. Lo he... lo he... hecho por ti.

Antonio estaba al borde del llanto. En ese momento, asumió que su derrota nunca fue que su hijo se dopara, sino no haber sido mejor padre. Ese pensamiento se clavó en su corazón como una estaca.

—Estoy orgulloso de ti —dijo Antonio, también tembloroso, pero no del frío sino de la emoción—. Siempre lo he estado. Perdóname... Perdóname... Te quiero.

—Te quiero —le contestó Carlos.

Llegaron a la ambulancia y Antonio también se subió con él.

Padre e hijo se dieron un abrazo.

Después de un par de horas (que se hicieron interminables) realizándole diferentes pruebas a Carlos, Amy salió de una de las habitaciones del hospital

de Tenerife donde estaban atendiéndolo. Fuera de ella estaban esperando el equipo y la familia. También estaba Antonio. Todos aguardaban a que Amy resolviera las innumerables dudas que tenían. Necesitaban calmar esa horrible incertidumbre sobre si Carlos estaba bien o no.

—¿Cómo está? —preguntó Antonio preocupado.

—Los síntomas de hipotermia han desaparecido —explicó Amy—, pero...

—¿Qué? —quiso saber Julia, histérica.

—Hay que operarlo del corazón —concluyó la doctora.

Aquel fue uno de los peores mazazos que podrían haber recibido, tanto la familia como el equipo.

—¿Por qué? —preguntó Antonio sorprendido.

—Su corazón falló varias veces durante la travesía. Hay que intervenir cuanto antes y hacer una reparación valvular.

Julia se secó las lágrimas. Antonio la abrazó.

—Haga lo que tenga que hacer —dijo el padre de Carlos con su habitual determinación.

Julia no se pudo contener más y rompió a llorar, pero Steve había empezado a sollozar antes que ella.

—Yo le he hecho esto —se culpó Steve. Amy le agarró el brazo como muestra de cariño, algo que no era muy propio de ella.

—Creo que ni siquiera tú podrías haberlo alejado del agua, Steve —le dijo la doctora.

—¿Se pondrá bien? —quiso saber el mejor amigo de Carlos.

—Eso creo, yo misma lo voy a operar —dijo Amy, quien, después de asegurarse de que la familia y el equipo del nadador fueron capaces de mantener la calma, entró en el quirófano, donde ya la estaban esperando Carlos, que estaba tumbado en la camilla, y la ayudante de la doctora, Kate, una chica joven, de unos veintinueve años y de aspecto dulce.

—¿Listo? —le preguntó Amy al nadador con una sonrisa.

—Siempre, doctora —contestó él.

Carlos inhaló la anestesia general a través de la máscara de respiración y se sumergió en un sueño incluso más profundo que cuando solía tener sus usuales pesadillas.

Amy y su ayudante empezaron a abrir el pecho de Carlos. Era la única parte de su cuerpo que estaba completamente al descubierto, además de su cabeza. El bisturí cortó la carne y llevaron a cabo el procedimiento habitual hasta que el corazón de Carlos quedó a la vista para poder ser operado.

Pero algo hizo que la doctora y su ayudante fueran incapaces de seguir con la operación. Se quedaron estupefactas al verlo. Intercambiaron una mirada de asombro y volvieron a mirarlo, como si intentaran reafirmarse en el hecho de que no eran ellas las que estaban en medio de un sueño. El corazón de Carlos latía con fuerza y de forma lenta y espaciada. Era más grande de lo normal para una persona de su tamaño. Tenía un color azul intenso y estaba lleno de escamas brillantes, que tenían diferentes tonos de azul.

Durante unos segundos, las encargadas de realizar la reparación valvular al corazón de Carlos no pudieron moverse. Estaban desconcertadas por lo que estaban viendo. De repente, el corazón paró de latir y el pitido del monitor cardíaco comenzó a sonar de forma ininterrumpida e intensa.

—¡No! —gritó Amy—. ¡Carlos! No te vayas... ¡Adrenalina!

La ayudante llenó una jeringuilla con un líquido transparente y se lo dio a su superior, que se lo inyectó a Carlos. Después de unos segundos eternos, su corazón seguía sin latir. No había funcionado. Lo único que no cambiaba era aquel pitido ensordecedor. A Amy le resbaló una lágrima por la mejilla.

Carlos ya no estaba allí, pero en algún rincón de su alma seguía plenamente consciente y pudo sentir la fuerza de su Padre, con el que todavía tenía algunos asuntos pendientes. Le dijo: “Perdóname, Padre, por mis errores del pasado. A ti, que gobiernas sobre la inmensidad de todos los mares, te lo pido: perdona a ‘La Bestia’. Por favor, perdónala”.

• • • •

Aquel arrepentimiento resonó a través de los siglos y generó el oleaje, haciendo que los marineros de todo el mundo temblaran en sus embarcaciones.

El hombre-pezu se movía con sigilo bajo el agua. Sus pequeños dientes afilados relucían amenazantes en las profundidades. Sus ojos negros acechaban atentamente y sus escamas brillaban de forma intensa, reflejando los rayos del sol.

Nadaba, como siempre, pero esta vez buscaba algo. Una manada de delfines se unió a él. Lo trataban como a uno más, incluso como si fuera el líder, y lo siguieron en su camino.

Este esperpento (un híbrido entre una persona y un animal marino) y Carlos eran las dos caras de una misma moneda. Lo llamaban “La Bestia” y era el hijo bastardo del dios de los mares.

Poseidón tuvo muchos hijos: Escirón, Nauplio, Alóadas, Oto, Crisaor y Pegaso, todos de madres diferentes. Pero tuvo otro hijo en secreto: un bastardo deforme del que se avergonzaba y al que no puso nombre. Los pocos que conocían su existencia lo llamaban “La Bestia”. Poseidón apartó del mundo y dio poderes especiales a su hijo bastardo, además de privilegios, con la única condición de que no contara quién era su verdadero padre. Pronto el monstruo creció fuerte y, alimentado por la rabia, se convirtió en el terror de los mares, en la pesadilla de los marineros. Causaba tempestades y tormentas a su antojo, hundiendo barcos y flotas enteras solo por diversión. Arrastró hacia el fondo del océano a todos los que no supieron apreciar su poder y su belleza deforme. Se llegó a nombrar a sí mismo como “El Nuevo Dios del Mar”. Poseidón, por supuesto, no lo permitió y empezó una guerra en la que derrotó a su hijo bastardo. Finalmente, lo desterró y lo condenó a vivir una vida humana para que aprendiera la lección. El cuerpo mortal que eligió Poseidón para castigar a su hijo fue el de Carlos. Desde entonces, “La Bestia” ha vivido dentro del joven nadador. De alguna forma, Carlos siempre lo había sabido, aunque no supiera explicarlo con palabras, ni siquiera entenderlo. El hombre-pezu llevaba demasiado tiempo enjaulado y buscaba salir de su prisión de una forma desesperada. Esta vez, para quedarse.

“La Bestia” siguió nadando entre delfines. Miró hacia la superficie y la vio:

una nube de color naranja fosforescente. Se alejó de la manada, tomando otra dirección; pero, antes de seguir, se dio la vuelta y se despidió de sus compañeros, alzando la mano para saludar a uno de los delfines. Este le devolvió la mirada y con un gesto ágil volvió con su grupo.

Antes de seguir, quiso despedirse del que había sido su hogar durante mucho tiempo y echó un vistazo a su alrededor, pero estaba decidido. Era el momento. “La Bestia” empezó a ondear sus aletas en el agua, en dirección a la nube de color naranja. Cada vez cogía más velocidad. A medida que se acercaba, se iba distinguiendo un poco mejor qué era exactamente aquello que daba forma a esa nube. Eran medusas, de colores variados (rosa, blanco, naranja y plateado), pero que daban como resultado una gran masa naranja que se percibía como una nube desde la distancia.

No lo dudó ni por un segundo. Siguió nadando y atravesó a toda velocidad la nube de medusas, metiéndose de lleno en ella. El estallido eléctrico resonó en las profundidades del mar y sacudió el cuerpo del hombre-pezu con una descarga brutal. Su rostro transmitía dolor. No iba a poder aguantar mucho más, pero tenía que seguir, pues ya era imposible dar marcha atrás. Continuó por el doloroso camino de color naranja, entre duras descargas de electricidad, aleteando lo más fuerte que podía. Empezó a gritar, soltando una cascada de burbujas por su boca y, de pronto, estaba fuera y se hizo el silencio. Ya había pasado.

No tenía fuerzas para moverse. Se dejó llevar y se quedó flotando en el agua, alejándose poco a poco de la nube, a medida que se acercaba al reflejo del sol en la superficie del mar.

• • • •

El híbrido entre hombre y pez ahora se encontraba desmayado en el muelle de llegada del lago de Como. No había nadie a su alrededor. Estaba en el suelo, tumbado. Inmediatamente, se despertó, soltando el agua por la boca. Su respiración era entrecortada. Por primera vez, “La Bestia” fue capaz de respirar fuera del agua.

## 16. El sueño que se repite

Carlos abrió los ojos en su camilla del hospital. Había pasado en ese sitio mucho más tiempo del que le hubiera gustado. Amy estaba a su lado, sentada en una silla, observándolo. A Carlos le dio la impresión de que ella había estado durante un buen rato en esa posición, sin apenas moverse, esperando a que despertara.

Se sentía aturdido y había perdido completamente la noción del tiempo. Tenía la sensación de haber estado mucho tiempo fuera, como si se hubiera ido a una especie de intercambio universitario en el extranjero, solo que más lejos y más profundo.

Intentó incorporarse un poco sobre la cama, para tener una mejor visión de la persona que estaba al lado suyo.

—Has estado dos semanas en coma —le dijo Amy—. Bienvenido. Pensamos que te habíamos perdido.

Carlos miró a la doctora. Se sentía más débil que nunca.

—¿Dónde has estado? —quiso saber ella.

—Nadando —contestó Carlos con voz ronca.

—Cuando te operamos, vimos tu corazón. —La doctora se detuvo unos segundos, sin saber cómo decirlo—. No sé cómo...

—Lo sé —dijo él inmediatamente, antes de que Amy dijera nada más. En el fondo, lo había sabido durante toda su vida, pero ¿cómo iba a explicar algo que ni siquiera él era capaz de entender?

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde siempre —dijo él.

—¿Alguien más lo sabe? —siguió indagando Amy con curiosidad.

—No. ¿Qué pasa con la ayudante de la operación? —se preocupó Carlos.

—No tienes que preocuparte por ella. Hemos comprado su silencio con una generosa cantidad de dinero.

Hubo unos segundos de silencio, que ambos aprovecharon para asimilar todo lo que había pasado en tan poco tiempo. La mente de Carlos fue aterrizando lentamente en aquella habitación, a medida que tomaba el control sobre su conciencia y sobre su realidad.

—¿Hay algo que me puedas contar que me ayude a entender un poco más todo esto? —preguntó Amy, que todavía se mostraba desconcertada.

Carlos pensó su respuesta con detenimiento, al tiempo que buscaba en su mente algunas imágenes que tenía grabadas en la retina y que le podrían ayudar a explicarlo todo.

—Desde que soy pequeño —empezó a decir Carlos—, tengo sueños, pero no sueños normales. Todos ellos siempre han tenido lugar en el fondo del mar. ¿Sabes lo que se siente al estar en tu verdadero hogar? Yo solamente lo he sentido en mis sueños. En el que más se ha repetido a lo largo de los años, estoy nadando en las profundidades del mar junto a una manada de delfines. Ellos me aceptan como si fuera uno más, pero yo me siento avergonzado porque sé que nunca seré uno de ellos. Al final del sueño, decido abandonar el agua, salgo a la superficie y muero asfixiado. Ahí es cuando siempre me despierto.

Amy volvió a tomarse otro momento para pensar en lo que acababa de oír. Carlos la miraba, intentando averiguar si ella lo creía o si, en cambio, pensaba llamar a la seguridad del hospital para que le pusieran una camisa de fuerza. Sin embargo, la respuesta de la doctora lo tranquilizó:

—Será nuestro pequeño secreto. Descansa, Carlos. Cuando te recuperes, quiero que me acompañes a un sitio. Necesito saber algo. Hasta entonces, creo que hay gente que tiene muchas ganas de saber que has despertado.

Carlos seguía descansando en su cama del hospital. Se abrió la puerta y entró todo su equipo y su familia, al completo: Julia, Amy, Antonio, Steve, Albert, Julian, Josean y Michael.

Carlos los miró a todos, emocionado. Aunque aquel fue uno de los momentos más felices de su vida, no podía evitar sentir algo de tristeza debido a la ausencia de Jennifer en aquella habitación.

Todos lo fueron abrazando, uno a uno. El primero fue Steve, que se adelantó al resto; y luego vino el abrazo que le dio Julia, que fue el más largo. Tanto Carlos como su madre se pusieron a llorar. Antonio observaba aquella imagen, en la que su exmujer y su hijo se fundían en un emotivo abrazo. El último en acercarse fue él. Posiblemente, fue uno de los pocos abrazos que le había dado a su hijo en toda su vida, pero se lo dio con tanta fuerza que fue como recuperar todo el tiempo perdido, como si con aquel abrazo le estuviera dando todos los que no le dio en el pasado.

Durante las dos semanas que Carlos estuvo en coma, Antonio había tenido mucho tiempo para reflexionar y para plantearse las mil dudas que asaltaban su mente. Entre ellas, si había sido o no un buen padre.

El vivo recuerdo de esos días en los que casi pierde a su hijo todavía lo

atormentaba. Como cuando él y Julia estaban en la cafetería del hospital, cansados, aturridos y esperando la peor de las noticias:

Ella tomaba una infusión caliente; Antonio permanecía sentado en su silla, con los brazos cruzados y la mirada perdida.

—Todo esto es culpa mía —dijo Antonio con arrepentimiento.

—De nada sirve que nos culpemos ahora —lo consoló Julia—. Y también es culpa mía.

—Estaba tan obsesionado con que pudiera llegar a ser lo que yo nunca pude que me olvidé de que se trataba de su sueño y no del mío. —La mirada de Antonio pasó de estar clavada en la nada a estar clavada en la mesa de la cafetería—. Tendría que haber estado a su lado durante estos cuatro años de sanción, pero me sentía traicionado. Me dolía mirarlo a la cara.

—¿Cómo te crees que se sintió él cuando tú y yo nos separamos? A mí tardó dos años en perdonarme —dijo Julia.

Ambos hablaban arrastrando las palabras, como resultado del cansancio, pues se pasaban día y noche pendientes de que su hijo despertara. Antonio seguía mirando la mesa y Julia se dio cuenta de que había algo más que lo atormentaba.

—¿Qué te pasa, Antonio? ¿Quieres contarme algo más?

Quería decirlo, pero no sabía si tenía el valor para hacerlo.

—¿Y si no despierta? Tengo tantas cosas que contarle, tantos años que recuperar... Y ahora que está en esa habitación, la sola idea de pensar que no le voy a poder decir lo que siento me rompe el corazón —dijo Antonio. Él siempre había sido una roca, el hombre de hielo, pero también tenía sentimientos. Era otra bestia incomprendida.

Julia le dio la mano y se la apretó con fuerza.

—A lo mejor no tienes otra oportunidad para decirle todo lo que sientes, así que mejor que lo hagas pronto...

Antonio entró en la habitación del hospital en la que Carlos permanecía en coma, conectado a mil tubos y con el sonido de fondo del monitor cardíaco, que mostraba un pulso estable.

Su padre se sentó en una silla, al lado de él. Le costó encontrar las palabras, pero finalmente dijo:

—Carlos... No sé dónde estás ahora mismo, pero, si me oyes, me gustaría decirte que... te quiero, hijo. Te he fallado durante mucho tiempo y me mata pensar que hemos tenido que llegar a este punto para que me diera cuenta. Lo siento. —Se detuvo unos segundos para observar el rostro de su hijo—. No sé

si te acuerdas del primer día que te metiste en la piscina. Eras el niño más patoso que había visto en mucho tiempo. Nadabas con tus manguitos e ibas con tu inhalador a todas partes. Los otros niños se reían de ti, porque “nadabas como un perrito”, o eso decían ellos. Y la verdad es que tenían razón, por mucho que me molestara que se rieran de ti. Un día te pregunté que si querías dejarlo, que a lo mejor la natación no era para ti. Me dijiste: “No, papá, lo voy a seguir intentando hasta que lo consiga”. Nunca me imaginé que aquel niño patoso se convertiría en el campeón que eres hoy. Solo quería decirte eso... Que estoy orgulloso de ti, Carlos. Siempre lo he estado y siempre lo estaré. Pase lo que pase. Vuelve... Por favor.

Antonio se acercó a su hijo y le dio un beso en la frente, mientras las lágrimas resbalaban por su cara.

• • • •

Amy llevó a Carlos a la playa cuando este por fin estuvo preparado para dejar el hospital. Necesitaba averiguar algo.

El nadador se acercó al agua, con su bañador puesto y el reloj que marcaba sus pulsaciones. La doctora, que permanecía sentada en la orilla, estaba pendiente del medidor cardíaco, que podía ver en su tablet, y se dio cuenta de que el ritmo del corazón de Carlos era muy rápido y tenía pulsaciones muy cortas.

Siguió avanzando y se metió en el agua. A medida que se adentraba en el mar, el ritmo de su corazón iba disminuyendo y las pulsaciones se hacían cada vez más fuertes. Carlos hundió su cabeza en el mar y cerró los ojos.

Amy vio en el dispositivo lo que estaba pasando. Por fin, entendió que el corazón de escamas de Carlos necesitaba estar en el mar. El puzle estaba completo.

Sumergido en el agua, empezó a dar brazadas y a avanzar en el océano. Salió a la superficie, como si fuera un delfín, nadando a mariposa con intensidad. Su cuerpo todavía no estaba recuperado para someterse a ese nivel de esfuerzo, por lo que sus pulsaciones se dispararon de golpe.

Amy se levantó rápidamente de la arena y metió los pies en el agua.

—¡No estás recuperado! —gritó ella, pero no sirvió de nada, pues Carlos seguía avanzando en el agua, nadando a toda velocidad—. ¡Carlos, vuelve!

Finalmente, tiró la tablet al suelo y se volvió a sentar en la arena. Se empezó a reír ella sola. Se trataba de una risa de impotencia y se resignó a aceptar otra gran verdad acerca de Carlos: sencillamente, hay bestias que no pueden ser domesticadas.

De vuelta en Miami, Carlos estaba sentado en su lugar secreto. Se encontraba en el muelle en el que había tenido su primera cita con Jennifer. Observaba el mar, como de costumbre.

Antonio llegó y se sentó a su lado. También contempló durante unos instantes la belleza del océano.

—Steve te ha estado buscando —le dijo Antonio—. Quería decirte que la herencia que os dejó Alonzo ya está en manos de las ONG más importantes del mundo.

—Es una buena noticia —dijo Carlos en un español perfecto; Antonio lo miró

completamente sorprendido, ya que hacía mucho tiempo que su hijo no hablaba en su lengua materna—. Siento mucho todo lo que ha pasado.

—No, no tienes nada por lo que pedir disculpas —dijo Antonio, siguiéndole la corriente a su hijo y hablando en el idioma de Cervantes—. La culpa ha sido mía. He cargado sobre tus espaldas un peso que no deberías haber llevado nunca. No solo sacarnos adelante con los patrocinios, sino... Quería verte consiguiendo lo que yo nunca pude conseguir. Lo siento.

Antonio miró a Carlos, que le devolvió la mirada, pero su padre no tardó mucho tiempo en quitarle la vista para volver a mirar al mar.

—He calculado cuánto dinero has ganado desde que eras pequeño —siguió Antonio—. Te lo devolveré. Lo prometo.

—No tienes por qué hacerlo —se sorprendió Carlos—. Nunca me importó el dinero.

—A mí sí me importaba —confesó su padre.

—¿Cómo va el club? —le preguntó Carlos.

—Mejorando.

—¿Y Matt?

—Hace un mes que dejé de entrenarlo —dijo su padre—. Es un capullo.

—Me alegro —confesó Carlos.

—Sí, ya me imagino —dijo Antonio riéndose—. Hacía muchos años que no hablabas en español...

—Lo sé —dijo Carlos.

—He pensado que podemos volver a España, si quieres. Empezar de cero desde nuestro hogar.

Carlos se lo pensó, pero acabó diciendo:

—No, da igual. Este también es mi hogar. Mi sanción acaba en una semana —dijo mirando a su padre—. ¿Volvemos a intentarlo una vez más?

—Cien veces, si hace falta —dijo Antonio—. Creo que hay una persona que quiere verte...

Antonio señaló a Jennifer, que estaba a unos diez metros de ellos, mirándolos. Ella saludó con la mano y Carlos le devolvió el saludo.

—Te visitó varias veces cuando estabas en coma —dijo su padre—. Desde tu operación, ha llamado todos los días para saber cómo estabas. No fue a verte cuando despertaste porque creía que no querrías verla. Esa chica te quiere. Te veo mañana.

Antonio se levantó del banco y le dio un beso a Carlos en la cabeza.

Carlos miró a Jennifer y se dirigió a ella.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Mejor. ¿Y tú? —quiso saber Jennifer.

—Mejor.

—Siento mucho...

Antes de que Jennifer completara la frase, Carlos se acercó a ella y le dio un beso.

—No tienes que decir nada —le dijo él.

Ambos sonrieron y se volvieron a besar, al tiempo que se abrazaban.

• • • •

Todo había vuelto a la normalidad, aunque no se podía hablar de normalidad en el estricto sentido de la palabra cuando se trataba de la rutina diaria de Carlos, que nadaba a crol en el mar, esta vez con neopreno. Jennifer, Antonio y Steve lo seguían de cerca desde la lancha.

—¡Vamos! ¡Más fuerte! —lo animó su padre.

Steve cogió su megáfono, que ya era una herramienta de trabajo más para él, además de la chaqueta y la corbata que llevaba puestas, y también lo animó:

—¡Vamos, Carlos! Has superado cuatro años de sanción, has vencido a la muerte, así que para ti volver a una piscina va a ser como jugar al ping-pong.

Antonio lo miró seriamente, incluso un poco molesto por el hecho de que Steve estuviera cumpliendo con una función que le correspondía a él.

—Steve, si no te importa, yo soy el entrenador —dijo Antonio.

—Sí, sí. Por supuesto, señor —le dijo Steve a modo de reverencia, siendo demasiado cordial—. Dios me libre de...

Antonio le quitó el megáfono antes de que Steve pudiera acabar la frase y habló por medio de este para ampliar su voz:

—Dos días, Carlos. Dos días para verles las caras a todos otra vez.

El deportista seguía nadando, como de costumbre.

• • • •

Llegó el día. Había cumplido con su sanción y esos cuatro años se habían hecho muy largos, pero a la vez muy cortos. Era una sensación extraña. El que pareció ser en su momento el peor de los castigos se acabó convirtiendo en la mayor de las aventuras.

Carlos se encontraba en los vestuarios, justo al lado de la salida hacia el pabellón, junto a los demás nadadores. Cada uno de ellos realizaba su rutina de concentración y de calentamiento. Carlos simplemente respiraba profundamente y trataba de mantener la calma.

Había mucho ruido, procedente de las gradas abarrotadas de gente. Varios nadadores miraban a Carlos, y no con simpatía precisamente. Matt no le quitaba el ojo de encima y le dijo desde la otra punta del vestuario:

—¡Espero que tu sangre esté limpia!

Carlos no hizo caso del comentario, de hecho ni siquiera se molestó en mirarlo.

Todos los nadadores empezaron a salir hacia el pabellón. En las gradas, había diferentes pancartas en las que se leían varios mensajes: “TE ECHÁBAMOS DE MENOS, CARLOS” o “TRAMPOSO”. El corazón del público, por lo visto, estaba dividido.

Los competidores se prepararon, cada uno al lado de su trampolín de salida. Se quitaron las sudaderas, se colocaron los gorros y se pusieron las gafas. Carlos llevó a cabo el mismo ritual de siempre. Mientras que sus rivales vestían ropa deportiva de conocidas marcas internacionales, él seguía con AquaSteve, la marca revelación de los últimos años en todo el mundo. Se colocó debidamente su bañador verde y movió los brazos para entrar en calor.

Oliver Smith, el habitual showman que solía comentar las retransmisiones televisivas de la natación, realizó su discurso previo dirigiéndose a espectadores de todo el mundo:

—El hombre del que todo el mundo habla, ya sea para bien o para mal. ¡Carlos González ha vuelto! —dijo el comentarista con su particular voz grave —. Cuatro años después de que diera positivo en un control antidopaje, Carlos vuelve a la competición profesional. Durante este tiempo, no solamente se ha dedicado a las famosas travesías acuáticas de larga distancia, sino que

también ha superado recientemente una operación de corazón, de la que hay que decir que se ha recuperado muy rápido. También ha lanzado, junto al líder de su equipo, una exitosa marca deportiva: AquaSteve. El que fue su gran rival en categorías inferiores, Matt Gordon, viene de ganar cuatro oros y un bronce muy polémico en los Juegos Olímpicos. Muchos aficionados y expertos siguen creyendo que se merecía la segunda posición en lugar de la tercera. En cualquier caso, lo que está claro es que hoy tendremos una competición interesante...

Antonio lo observaba desde la grada, junto a Julia, Jennifer y Steve. Carlos subió a su trampolín. Estaba plenamente concentrado y llevaba el control de su respiración al milímetro. Sonó la señal de salida y los nadadores saltaron de cabeza. Todos salieron del agua realizando imponentes brazadas de mariposa, pero uno de ellos todavía seguía sumergido.

De repente, emergió del agua un monstruo marino. Lo llamaban “La Bestia”, y tenía claro que en la persecución de todo sueño llegaba un momento en el que te tenías que preguntar si merecería la pena fracasar en el intento. En su caso, había merecido la pena acercarse a la muerte por ese sueño.

## **NOTA DEL AUTOR**

Esta novela es una historia ficticia protagonizada por personajes que son fruto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad es una coincidencia.

Es un homenaje a las hazañas y récords conseguidos por los nadadores dedicados a las travesías de natación de larga distancia.

# AGRADECIMIENTOS

Gracias a los primeros lectores y correctores de esta novela: mi familia. Gracias a Beatriz, mi hermana; gracias a Abi y a Yeya, mis abuelas; gracias a Yolanda, mi madre; y gracias a Corviniano, mi padre.

También quiero darles las gracias a mi tío Rafael, por corregir este libro; y a mi tía Matilde, por dar vida al personaje de Amy, aportando sus conocimientos como doctora. Gracias a Tomás, por realizar el diseño de la cubierta del libro.

Gracias a todo el equipo de Abril Entertainment, por su apoyo incondicional. Y gracias a ti, lector, por compartir mis pensamientos, mis miedos y mis sueños a lo largo de las páginas de esta historia. Esta novela no habría sido posible sin todos ustedes.

# COMENTARIOS

Desde la editorial Abril Entertainment esperamos que hayas disfrutado leyendo esta novela escrita por Rafael Clavijo.

Puedes dejar tu comentario y una puntuación sobre el libro en Amazon en el siguiente enlace:

[www.amazon.es/gp/aw/cr/B072QZX1TF/ref=mw\\_dp\\_cr](http://www.amazon.es/gp/aw/cr/B072QZX1TF/ref=mw_dp_cr)

Muchas gracias.